

revista del centro de estudiantes de filosofía y letras

centro

10
buenos aires
1955

CENTRO

LAS HERAS 2176

BUENOS AIRES

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, afiliado a la Federación Universitaria de Buenos Aires, edita la Revista "CENTRO", cuya aparición, prevista en los estatutos de la entidad, tiene por objeto ofrecer lugar de publicación a los trabajos intelectuales de todos los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las colaboraciones se seleccionarán de acuerdo a la calidad literaria y pueden versar sobre distintos temas. Se aceptarán ensayos, poesía, cuentos, notas, comentarios bibliográficos, etc..

Los originales no se devuelven. No se mantiene correspondencia acerca de las colaboraciones recibidas. La responsabilidad de los juicios emitidos queda a cargo de los autores.

COMISION DE REVISTA

<i>Ivonne Bordelois</i>	<i>Nannina Rivarolo</i>
<i>Jorge Lafforgue</i>	<i>León Sigal</i>
<i>Carlos F. Lafuente</i>	<i>Ernesto Veron</i>
<i>César Magrini</i>	<i>Rita Zungri</i>

Publicidad y distribución: Irene Dab

Condiciones de suscripción por 3 (tres) ejemplares:

Argentina	20.— m\$ <i>n</i> .
Sud América	25.— m\$ <i>n</i> .
Norte América	3.50 dólares
Número suelto	8.— m\$ <i>n</i> .

La reproducción de los trabajos contenidos en el presente ejemplar sólo será posible mediante autorización previa.

Viñetas de Inés Futton

PUNAPRINT

Impresiones

**IMPRESIONES
EN OFFSET**

PUNA 3541 91 - 8529

★ **BAR AMERICANO**

Lunch económico
Precios especiales para estudiantes

RECONQUISTA 650

LIBROS - IMPRENTA - ENCUADERNACION
PAPELERIA - REVISTAS - ARTICULOS
RELIGIOSOS - BIBLIOTECA CIRCULANTE

a. m. l. e. s.

PARANA 1097

T. E. 41 - 8849

GALERIA BONINO

**PINTORES ARGENTINOS
Y EXTRANJEROS**

EDICIONES DE ARTE

Maipú 962

31 - 2527

Librería General de Tomás Pardo

CASA FUNDADA EN 1914

**FILOSOFIA, HISTORIA,
LITERATURA, Etc.**

MAIPU 618

T. E. 31 - 0496

FILOSOFIA
LITERATURA

HISTORIA
LINGÜISTICA

LIBRERIA VERBVM

VIAMONTE 411

T. E. 31-2255

BUENOS AIRES

Novedad de AMERICALEE para su colección

ANTOLOGIAS UNIVERSALES

Selección y prólogo de ANTONIO G. BIRLAN

Titulos de la colección ANTOLOGIAS UNIVERSALES

LA LIBERTAD

El Amor y la Amistad

El Hombre y la Mujer

Cultura y Civilización

Los Europeos

Progreso y Evolución

La Historia

Pueblos y Razas

Ciencia y Filosofía

El Estado, la Patria y la Nación

Instrucción y Educación

Los Siete Pecados

Las Leyes, el Derecho y la Justicia

Conciencia y Conocimiento

El Tiempo y el Espacio

La Religión

Música y Poesía

La Vida y la Muerte

El Arte

Cada volumen reúne en torno a un problema esencial, el pensamiento de cien autores, de todos los épocas, países y tendencias. Material diverso, —a veces contradictorio, polémico— ofrece una visión total de los problemas que el hombre tiene planteados, materiales, morales e intelectuales; políticos, sociales y religiosos. Y del problema que el hombre mismo es.

PRECIO \$ 18.-

Editorial AMERICALEE - Tucumán 353 - T. E. 32-3758/0958 - BUENOS AIRES

REVISTA

SABER VIVIR

ARTE Y LITERATURA

SAN MARTIN 649

T. E. 31 - 8852

Suffern Moine & Cademartori

PROPIEDAD HORIZONTAL

VENTA - FINANCIACION - ADMINISTRACION

FLORIDA 621

TEL. 32 - 7538

**Clases particulares
individuales
o colectivas
de LATIN y GRIEGO**

OSCAR ANDRIEU

23 - 2724

Casa Cecil

MODAS

LENCERIA FINA

Librería Concentra

Esquina del Arquitecto

Cuotas personales

VIAMONTE 541

T. E. 31-5765

MEDRANO 52

62-4325

Ernestina Lafuente

Primer Premio y Medalla de Oro
del Conservatorio de Música de Bs. Aires

ARMONIA • COMPOSICION

TUCUMAN 875

BUENOS AIRES

ESCRIBANIA NACIONAL

BERGALLI

HIPOLITO YRIGOYEN 434

T. E. 33 - 6460

PEINADOR

ARTHUR

INVITA A UD. A VISITAR SUS SALONES DE
BELLEZA Y PEINADOS

◆ *City Hotel*

BOLIVAR 160

T. E. 33 - 6299

Máquinas Mecánicas

de

Reparación de motores
en general

Buenos Aires



SAGITARIO

Revista trimestral
de Humanidades

DIRECTOR:
CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

FLORIDA 910 - 3° B
Buenos Aires

Talleres Mecánicos

— DE —

C. Lafuente Quintana

Reparación de automotores
en general

Estomba 245 Buenos Aires

VAN RIEL

GALERIA DE ARTE
BUENOS AIRES

FLORIDA 659 T. E. 31-0225

Préstamos Hipotecarios

sobre

CASAS y para edificar, ampliar y refeccionar en esta
Capital y Gran Buenos Aires.

CAMPOS en la Prov. de Buenos Aires, Sud de Cór-
doba y Santa Fe.

COMPRAMOS créditos hipotecarios sobre loteadas o
propiedades.

Las mejores condiciones.

Plazo fijo o con amortización mensual.

R. RIGOU y Cía.

Av. de Mayo 981

T. E. 38 - 7451 y 37 - 1844

CENTRO DEL VIRREY

Números atrasados

No. 1 . . . \$ 20.-

Nos. 2 - 3 . . \$ 12.-

Nos. 4-5-6-7. \$ 10.-

No. 8 . . . \$ 5.-

No. 9 . . . \$ 8.-

**Librería
Papelería**

☆

CALLAO 1399

42 - 2164

Librería Letras

NOVEDADES:

Dylan Thomas: "Collected Poems, 1934-1952"

" " "Under Milk Wood"

" " "Quite Early One Morning"

" " "The Doctor and the Devils"

Derek Stanford: "Dylan Thomas"

Viamonte 472

T. E. 31 - 2612

IMPORTANTE

Ya en imprenta el presente número, recibimos colaboraciones que, por dicha circunstancia, no pudimos incluir. Son ellas, una nota de JUAN RAMON JIMÉNEZ, y un trabajo del profesor LEON DUJOVNE sobre Alejandro Korn. Ambas, junto con el artículo del profesor ADOLFO P. CARPIO, que nos prometiera desde Puerto Rico y que aún no hemos recibido, serán incluídas en las próximas entregas de CENTRO.

A nuestros suscriptores:

Dado su excepcional tamaño y su carácter extraordinario, el presente número equivale a DOS NUMEROS DE LA SUSCRIPCION. En consecuencia, con él caducan las suscripciones iniciadas en el número nueve. Recomendamos efectuar a tiempo la renovación correspondiente.

10

CENTRO

ADHESIONES •

ENRIQUE ANDERSON IMBERT
FRANCISCO LUIS BERNARDEZ
JORGE LUIS BORGES
ADOLFO P. CARPIO
AMÉRICO CASTRO
SALVADOR CANALS FRAU
LEÓN DUJOVNE
VICENTE FATONE
TULIO HALPERÍN DONGHI
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
RAIMUNDO LIDA
RICARDO E. MOLINARI
FEDERICO DE ONÍS
LEÓN OSTROV
ANTONIO PAGÉS LARRAYA
ALFREDO L. PALACIOS
MARIANO PICÓN-SALAS
ALFONSO REYES
HORACIO RIVAROLA
NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE
RICARDO ROJAS
JOSÉ LUIS ROMERO
ANÍBAL SÁNCHEZ REULET
HOMERO SERÍS

• Todas recibidas con anterioridad al 10 de setiembre.

CENTRO

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS
BUENOS AIRES • NOVIEMBRE 1955

SUMARIO

ADHESIONES	Pág. 2
EDITORIAL	7
FRANCISCO ROMERO, Algunas reflexiones sobre la filosofía en Hispanoamérica	9 ✓
RISIERI FRONDIZI, La libertad no basta	13 ✓
JUAN MANTOVANI, Valores permanentes de la educación	17
ROBERTO F. GIUSTI, Un maestro: Alejandro Korn	20 ✓
CARMELO M. BONET, Recuerdos de vida universitaria	28 ✓
HECTOR P. AGOSTI, Los recuerdos actuales	44
DAVID VIÑAS, Solamente los huesos (fragmento)	51 ✓
GERARDO A. ANDUJAR, Reforma universitaria, siempre	72
ERNESTO VERON THIRION, La circunstancia universitaria	78
MARTA LOPEZ GIL, ¿Para qué sirve la filosofía?	85
CHANSONS DE TOILE	88
JORGE RAUL LAFFORGUE, Los dientes del deseo	91
CESAR MAGRINI, In memoriam	93
BIBLIOGRAFIA SOBRE J. B. ALBERDI	95 ✓
SAN MARTIN Y VIAMONTE	103

R. Zungri: "Línea de la vida", de Alberto Girri; C. F. L.:
"Constitución y revolución. Juan Bautista Alberdi", de
Bernardo Canal Feijóo; J. G.: "La Casa del Angel",

	de Beatriz Guido; I. Bordelois: "Cayó sobre su rostro", de David Viñas.	
PERIFERIA		„ 109
	Esther M. Smud: "Vinoba", de Lanza del Vasto; Ernesto Veron Thirion: "Ensayos de convivencia", de Julián Marías; Libros recibidos.	
CINE		„ 116
	Vocabulario especial; E. V. T.: "Juventud, divino tesoro", de Ingmar Bergman.	
REVISTA DE REVISTAS		„ 120
	León Sigal: "Ciudad"; Rodolfo Mario Pandolfi: "Comentario"; Jorge Raúl Lafforgue: "Contorno"; I. Bordelois: "Criterio"; R. M. P.: "Davar"; Ernesto Veron Thirion: "Estudios"; Ernesto Veron Thirion: "Gente de Cine"; José María González: "Historia"; C. F. L. "Imago Mundi"; I. Bordelois: "Mairena"; Ester M. Smud: "Sagitario"; H. Burghi: "The Catholic Worker"	

Como antiguo Decano y Profesor de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, felicito al Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por su quincuagésimo aniversario. Quizás antes que a los economistas, los políticos y financieros, acosados de tan contradictorios intereses, corresponda a los filósofos y humanistas integrar la vida espiritual y la conciencia común de nuestras divididas naciones latinoamericanas; recoger y expresar esa alma escindida con que nuestra Cultura se presenta ante el mundo. Del universalismo, desinterés y espíritu de estudio de nuestras juventudes americanas mucho puede esperar la Historia contemporánea, cuando fortifiquemos nuestra solidaridad, nos estimemos y coozcamos mejor, y tracemos sobre nuestras fronteras un puente de comprensión cordial. Que la causa de América es indivisible y que ella se vincula plenamente a la libertad y al mejoramiento moral del hombre —meta necesaria de toda Filosofía— es la fe con que se completa nuestro aprendizaje.

MARIANO PICÓN-SALAS

Caracas, septiembre de 1955.

Syracuse 10, New York

Centro de Estudios Hispánicos.

17 de octubre de 1955.

Sr. D. N.N.

CENTRO, Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.
Buenos Aires, Argentina.

En nombre del Centro de Estudios Hispánicos, que cuenta entre sus miembros tan ilustres universitarios como los Sres. Américo Castro, Tomás Navarro, José F. Montesinos, Jenaro Artiles, Eduardo M. Torner, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas, Rodolfo Oroz, Fidelino de Figueriiedo, Marcel Bataillon, Jean Sarrailh, S. G. Morley, Sturgis E. Leavitt e Irving A. Leonard, me honro en adherirme a la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que tan intensa y fructuosa labor ha realizado en pro de la cultura hispánica.

Uno de sus instrumentos más eficaces y que más brillantes resultados ha obtenido en la consecución de su ministerio es la revista *Centro*, continuadora de *Verbum*. Con destino al número extraordinario que la revista consagra a la celebración de este medio siglo de tareas y "al homenaje a aquéllos que pasaron por los claustros universitarios y cuyo alejamiento fué una enseñanza más", me complace en dedicarle esta salutación y desearle otra media centuria de éxitos.

HOMERO SERIS

Director del Centro de Estudios Hispánicos
Universitarios de Syracuse, Nueva York.

Si hay algo que este número de CENTRO necesita, y con urgencia, es una explicación. En especial una explicación negativa. Es decir: queremos aclarar, ante todo, lo que este CENTRO no es —y quiso ser— para que así cobre significación lo que en resumidas cuentas acabó siendo.

La idea primitiva quería que el número que festejara el quincuagésimo aniversario del C.E.F.Y.L. fuese un planteo, de largo alcance, de problemas universitarios. De este modo, la inclusión de trabajos de “profesionales de la literatura”, ex profesores, etc., tenía un sentido muy definido: les iba a permitir hacerse escuchar en un orden de temas que para la generalidad no resultaba usual y además, según nuestros propósitos, conformaría una visión histórica al respecto. Por otra parte, era particularmente interesante que manifestaran lo que la vida universitaria había significado para cada uno de ellos.

La puesta en práctica de este proyecto original resultó desde un principio desalentadora. (No hacemos nombres, no porque algún particular principio nos detenga, sino porque sería preciso establecer cuidadosamente las excepciones y sus matices, en especial respecto de quienes colaboran en el número y construir un equilibrado resumen de todas nuestras entrevistas, lo cual haría de este editorial un artículo más. Nos limitamos, pues, a la impresión general). Desalentadora no sólo por la ausencia de interés en el asunto, sino por la estrechez curiosa que nos pareció descubrir. Ante todo una seguridad, consciente o inconsciente, en cada uno, acerca de su posición en la cultura argentina; después, un círculo cerrado de ideas y problemas del que era desesperado todo intento de hacerlos salir. En fin: el país atraviesa una tras otra estructuras complejas que ofrecen nueva problemática y nuevas potencialidades para la tarea de una cultura enraizada y muchos de nuestros “intelectuales” —una gran parte, qué duda cabe— continúan marcando obstinadamente el viejo paso de sus primeras armas literarias.

Se podrá o no, plantear problemas generacionales, analizar actitudes o establecer conexiones sociológico-políticas. De todos modos, el hecho concreto puede ser significativo: *quisimos hacer un número de revisionismo comprometido y no lo conseguimos.*

En cuanto al propósito de homenaje, éste sí permaneció intacto y se cumplió en la medida de lo posible. En nuestra intención, a través de quienes figuran en estas páginas, el homenaje se extiende a todos los que hubiéramos debido y no pudimos, por razones obvias, incluir. Al menos están representados, los que entre nosotros tuvieron que aban-

donar un modo de palabra y los que siguieron manteniendo ese modo —pero desde lejos.

Se impone otra aclaración general. El material del número estaba en su casi totalidad ya preparado antes de la violenta conmoción política de setiembre. No quisimos reorganizarlo, ni introducir modificaciones. En todo caso, lo que era una denuncia se habrá transformado en un testimonio del pasado inmediato, —así lo esperamos— en una recapitulación ante el futuro abierto. Pero es de capital importancia no olvidar cuál era la atmósfera psicológica y espiritual en cuyo seno se preparó y concretó el número.

Esta posición transicional es en el fondo muy valiosa. Todas las confrontaciones posibles se vuelven así más nítidas. En especial, hay que tener en cuenta las raíces que la conmoción ha dejado al descubierto. No podrá ser más oportuno el plantear el hecho de la experiencia de un hacer literario ajeno a nuestra realidad o que sólo la enfrenta con efectismos, dudosas metafísicas o —lo que es peor— malas intenciones. Es urgente, es desesperada una tarea limpia a la que nos entreguemos con todo, para abrazar las vísceras de nuestro ser espiritual histórico. O se entabla el diálogo entre nosotros —enteros— y nuestra literatura o caemos en una mudez sin remedio, porque el silencio, como el tiempo, es irreparable.

Algunas reflexiones sobre la filosofía en Hispanoamérica

La filosofía es flor tardía; supone una meditación de índole crítica y metódica que sólo es posible cuando la civilización ha alcanzado un alto grado de madurez. Otras manifestaciones elevadas de la cultura, por los impulsos espontáneos que obran en ellas o por los intereses inmediatos a cuyo servicio se hallan, aparecen primero y se fortifican bien pronto en su ejercicio: así la poesía y las artes, y también las organizaciones y regulaciones sociales y estatales. La función expresiva y representativa es don primigenio de la humanidad, y las necesidades de la convivencia suscitan desde bien temprano instituciones y normas. En cambio, las tentativas para lograr ideas claras y ciertas sobre las cosas, sobre el universo y la vida, sólo sobrevienen mucho más tarde y quedan de ordinario recluidas en las zonas más cultas del ámbito social. Sólo en los últimos tiempos la filosofía adquiere carta de naturaleza en nuestra América; esto es, deja de ser una pura obligación formal y académica, o la solitaria preocupación veraz de unos pocos, y se convierte en una dimensión normal de la vida intelectual. Desde cierto punto de vista, todas las formas de la cultura son maneras de colonización de la naturaleza por el hombre. La naturaleza en Iberoamérica —la naturaleza en sentido corriente y lo que en el hombre es naturaleza o "naturalidad"— ha sido colonizada primero por la técnica, por la estructuración política, por la educación, por la idealización y transfiguración estéticas, por la indagación e interpretación his-

tóricas; con todo esto se promovía la conciencia de esa realidad y se la espiritualizaba. Eran, sin duda, las empresas de mayor urgencia. Más tarde llegó la hora de aquellas tareas que exigen una gran intensidad del pensamiento reflexivo, como la ciencia y la filosofía.

La tardanza de la aparición de la filosofía no debe sorprender a nadie. En primer lugar, siempre hubo filosofía, desde la Colonia, pero regularmente con un tono escolar, sin modernidad ni vigor; en segundo término, hubiera sido perjudicial y hasta inconcebible que se dedicaran a estos empeños las fuerzas que, en el período de constitución de nuestros países, eran indispensables para necesidades perentorias de la comunidad, para sentar en ella las bases de la vida civil. Por otra parte, los que denuncian a veces el precario desarrollo de nuestros estudios filosóficos, suelen olvidar que únicamente muy contados países del orbe han contado con una actividad filosófica enérgica, prolongada y consistente. Si no nos ciega una pueril vanidad y arrojamos sobre el mapa filosófico universal una mirada comprensiva que lo abarque, advertiremos que no ocupamos los últimos puestos y hasta podemos sentirnos halagados, siempre que hagamos el cómputo puntual de nuestros logros, sin duda modestos, y de las circunstancias, con frecuencia no muy estimulantes y hasta hostiles.

Hay una condición favorable al arraigo y desarrollo de la filosofía en Iberoamérica: la manera especial de nacer y constituirse estas nacionalidades, a plena luz de conciencia, en un proceso acelerado en el cual la inteligencia ha estado de continuo presente. Nótese la gran diferencia con las nacionalidades de los otros sectores del Planeta, nacidas y diferenciadas a lo largo de inmemoriales y oscuros procesos históricos, de un modo que podríamos llamar inconsciente y vegetativo. Desde la preparación de la Independencia, las ideas han desempeñado un papel considerable en nuestra historia, y no un papel lateral sino central, asumiendo el carácter de una potente fuerza histórica. La Independencia significó dos cosas: la liberación política y el designio de levantar rápidamente estos países a niveles muy superiores a los de la existencia colonial. Tanto el empuje independizador como los subsiguientes afanes para la aceleración del ritmo social, debieron mucho a las ideas filosóficas, a las de la Ilustración primero y a las del Positivismo después; cualquier crítica que formulemos a estos movimientos ideológicos, para ser justa, debe admitir de antemano el hecho de que constituyeron poderosos alicientes para la autonomía y modernización de nuestros países cuya situación actual sería incomprensible sin ellos.

Este origen, acertadamente denominado "arquitectural" por Carlos

Alberto Erro, de nuestros países, hace consustancial con ellos el ingrediente ideológico, lo pone en sus cimientos y proporciona a nuestra gente un sentido originario para la dilucidación filosófica. Pero también ha configurado durante algún tiempo una situación adversa para la especialización filosófica y aun para cualquier estricta especialización teórica. Porque, mientras en otras partes la vida social y política seguía un curso prefijado y como espontáneo, aquí, según se indicó, se edificaba de acuerdo a diseño, con determinación de fines y selección de medios, y las mentes más preclaras no podían consagrarse de lleno a sus particulares vocaciones intelectuales, sino que debían contribuir a la faena arquitectural, o, mejor dicho, la sentían como su primera e ineludible obligación. Pasadas las urgencias constructivas, cuando algunos de los hombres de gran inteligencia y sentido del deber pudieron desentenderse de la inmediata intervención en los trajines de la vida pública, siguieron desempeñando una múltiple actividad como los educadores de sus pueblos, como los patriarcas de una cultura naciente, función que no les permitía restringirse a una ocupación única; en ese magisterio debía ocupar su sitio lo que es inseparable de cualquier alto adoctrinamiento espiritual, sobre todo en países jóvenes: la incitación ética, la promoción, con el necesario formulismo del precepto y la vital animación del ejemplo, de una vida más elevada y pura, como conviene a la dignidad del hombre y a la estabilidad y dicha de las naciones. Si, para no recordar sino pocos nombres, pensamos en tres notables filósofos latinoamericanos muy distantes entre sí geográficamente, el cubano Varona, el uruguayo Vaz Ferreira y el peruano Deustua, poco trabajo nos costará descubrir que, dadas nuestras circunstancias, les debemos algo mucho más considerable y efectivo, para sus países respectivos y para toda Hispanoamérica, que una aportación intelectual abstracta y sin conexión con su contorno. Los tres han sido maestros de pensamiento y de vida, grandes fuerzas renovadoras en permanente acción. Mucho tardará antes de que les retribuamos la deuda que tenemos contraída con ellos y con otros de su misma línea, los que yo he llamado en más de una ocasión, al tratar de nuestra incipiente filosofía, "Los fundadores". Con su obra y su vida —dos caras de la misma cosa en estos varones de excepción— han realizado esto que es acaso lo más grande que pueden hacer los hombres: fundar. La fundación no es la mera creación excelente, sino mucho más; es la creación que no sólo vale por ella misma, sino que además, por especial virtud y fecundidad, se convierte en origen y norma de otras muchas creaciones, que las estimula y las orienta. No debe entenderse esto en el limitado sentido de una fundación de escuelas o sectas, de grupos más o menos estrechos de

adherentes o secuaces que prolongan la enseñanza de un maestro en postura discipular; esto tiene sin duda sus ventajas y hasta es indispensable para extraer todos los frutos de cualquier aportación magistral, cuyas posibilidades suelen ser muy ricas y de ordinario sobrepasan la capacidad de realización del hombre que la encarna; pero me refiero ahora a otra cosa. Lo que tengo en vista al calificar de fundadores a ciertos pensadores nuestros, es la fundación de una tradición y no de una escuela. En la escuela caben pocos, sólo los que aceptan los principales esquemas teóricos del maestro; a la tradición se acogen muchos, todos los que reconocen la validez de su estilo general de pensamiento y de vida. Mientras que el influjo de la escuela suele restringirse a su recinto propio, la tradición irradia, se difunde, opera en formas y grados muy distintos y se convierte en factor social, aprovechado hasta por quienes ignoran el foco del cual partió el primer impulso. Nuestra filosofía tiene una de sus más seguras garantías de autenticidad, afianzamiento y progreso futuro, en la indudable existencia de una tradición, originada en el haz de excelsos varones que he denominado "los fundadores".

Los inconvenientes para la regularidad del trabajo filosófico son todavía muchos en nuestros países, y han sido destacados repetidas veces. Irán atenuándose con el tiempo, con el mejoramiento de nuestros usos universitarios y con el crecimiento del interés común por estos asuntos. Y así será menos ardua y más fructífera la labor de quienes en nuestros días se aplican a estos estudios, a la zaga de los iniciadores insignes. Entre los motivos que justifican dichas previsiones, el primero es la vocación y el fervor de las nuevas promociones filosóficas, y el segundo su voluntad de intercambio y comunicación que, al establecer vínculos intelectuales y personales, va preparando la integración de los esfuerzos en una filosofía de amplitud iberoamericana, algunos de cuyos rasgos específicos son ya perceptibles.

Martínez, (Buenos Aires), abril de 1955.

La libertad no basta

Escasó tanto la libertad política en estos diez años que llegamos a convertirla en el fin último de nuestras vidas. Pero cuando parece ponerse al alcance de nuestra mano, advertimos que tiene, en el fondo, un carácter instrumental. Muchas veces se ha dicho que ella es el oxígeno que permite nuestra existencia. En efecto, no se puede vivir sin respirar; tampoco se puede vivir espiritualmente sin libertad. Pero no cometamos el error lógico de identificar los dos términos: respiramos para vivir, pero no vivimos para respirar.

Lo mismo sucede con la libertad. Necesitamos de ella para poder vivir espiritualmente, pero no podemos reducir nuestra vida espiritual al puro goce de la libertad. En un principio podemos desahogarnos y usar —y abusar— de ella. Queremos compensar con gritos el tiempo que tuvimos la voz apretada en la garganta. Cuando nos desahoguemos, sin embargo, tendremos que reconocer que la libertad no era nuestro fin; que luchábamos por ella porque nos faltaba, como lucha quien se asfixia por el oxígeno que necesita para sobrevivir.

¿Qué haremos con la libertad, ahora que la tenemos? ¿Qué haremos, además de atrincherarnos, para no perderla jamás? ¿Qué haremos además de luchar para que esta libertad la gocen todos los pueblos de todas las razas y de todas las latitudes?

Hay que dar a la libertad un sentido positivo. No podemos haber combatido por ella para pasar luego el resto de nuestras vidas sentados cómodamente a la sombra de un árbol. La libertad no puede consistir en la falta de restricciones. A la libertad negativa —por la que hemos luchado tanto tiempo— debe seguirle la libertad positiva, que no es otra que la libertad creadora.

La libertad adquiere sentido en la obra creadora. En el momento actual argentino la creación será, fundamentalmente, reconstrucción. Y la reconstrucción debe comenzar en el plano de la conciencia. Diez años de dictadura demagógica, de cinismo, de morboso deleite de negación de la cultura y los valores espirituales, exigen, ante todo, una delicada tarea de reconstrucción moral y educacional, y una toma de conciencia de los niveles de la reconstrucción.

No hay duda que habrá que reconstruir la economía, la organización política y jurídica, el prestigio internacional, y que la tarea deberá extenderse a muchos otros campos. Pero debe atenderse, primordialmente, a la conciencia moral. No sólo porque la conciencia moral ocupa un rango superior, sino porque a ella es que la dictadura ha dañado más profundamente. Con la prédica y con el ejemplo, Perón y sus imitadores convirtieron al éxito en el fin último de la vida. No importaban los medios ni los principios; lo importante era el objetivo. Y el objetivo era claro: aumentar las propias riquezas materiales. Perón y Jorge Antonio eran los símbolos que debía seguir la juventud. Y muchos hombres y jóvenes se lanzaron por esa ruta. Que no todos los argentinos teníamos el mismo ideal de vida lo prueba el fin del régimen. Y la resistencia, pública y clandestina, durante diez años. Pero la manzana putrefacta ha contaminado muchas otras. De ahí la necesidad de la reconstrucción moral y educacional.

No basta señalar el hecho, desde luego. No se puede iniciar, sin más, la reconstrucción deseada. Es una obra delicada y lenta. Muy poco se parece a la reconstrucción de los edificios quemados o derrumbados por la dictadura. Se parece más al cultivo de una flor que a la reconstrucción con hierro y cemento. La conciencia es un elemento vivo y hay un aliento interior que la anima. A ese aliento interior —y no a las formas exteriores— es que hay que atender primordialmente.

Porque el camino es largo hay que ponerse inmediatamente a la tarea. Pero no basta con proponérselo. Tampoco bastan las buenas intenciones, el patriotismo y el desinterés. Son elementos necesarios —imprescindibles— pero no suficientes. Antes de iniciar la labor habrá que despejar la mente de errores, prejuicios y mal entendidos.

En primer lugar, la reconstrucción no significa —no puede significar— el regreso a la situación anterior. No se corrigen las cosas volviendo atrás el reloj de la historia. No puede volverse a un punto anterior; la historia es irreversible. Y si se pudiera, ¿desearíamos volver a tal situación? No, desde luego. Si las ideas y valores de entonces fueron incapaces de solucionar los problemas de ayer, con mayor razón serán incapaces de solucionar los problemas de hoy y de mañana.

Tampoco se puede reconstruir la vida moral y cultural de un pueblo afirmando mecánicamente lo contrario de lo que sostuvo y practicó el régimen que repudiamos. Si así fuera, la reconstrucción sería muy sencilla. Bastaría cambiarle de signo a todas las ideas y valores y tendríamos una carta de navegación perfecta. Si sabemos que eso es falso, ¿por qué nos empeñamos, durante tanto tiempo, en defender lo opuesto a lo que sostuvo el régimen que combatimos? ¿Acaso una idea noble y fecunda se convierte en vil y despreciable cuando la sostiene nuestro enemigo? Hay que tener la valentía de reivindicar las ideas, y aun las palabras, que pueda haber envilecido la boca que las pronunció.

La reconstrucción es muy complicada, tremendamente complicada. No podrá ser la obra de un remendón. Se puede tapar un agujero sólo cuando la barca navega sin dificultad; no cuando hace agua por los cuatro costados. No podrá ser tampoco una reconstrucción verbal: no basta llenarse la boca con grandes palabras para corregir el mal. Toda reconstrucción seria, responsable y permanente, debe guiarse por una brújula teórica.

La brújula tendrá que ser fundamentalmente axiológica. ¿Cómo podría intentarse una reconstrucción de la vida moral y cultural de un pueblo si no se tiene una idea clara de los fines hacia los cuales se tiende? Y es evidente que los fines se sustentan en valores. ¿Adoptaremos un sistema rígido de valores sancionados por la religión, la tradición cultural o la costumbre? ¿O preferiremos dejar librada la escala axiológica a las vicisitudes de la historia, a los vaivenes de la política, la conveniencia o el gusto del tiempo, ¿Qué criterios usaremos para determinar esa escala axiológica? ¿Dónde iremos a buscar el fundamento de los valores? ¿Qué haremos para que se incorporen a la vida moral y cultural de nuestro pueblo? ¿Cómo le aseguraremos una vida permanente? Estos y otros muchos problemas axiológicos teóricos y prácticos, habrá que plantearse y aclarar antes de meter mano en la realidad concreta que enfrentemos.

No creemos oportuno intentar aquí la exposición de una teoría axiológica completa, en la que estamos trabajando desde hace varios años. Queremos tan sólo afirmar —en estas notas apresuradas que dedicamos a la noble juventud argentina— la necesidad de una sana teoría de los valores para que la reconstrucción moral y cultural tenga sentido y permanencia, y no se realice a tropezones o improvisadamente. No está en nuestro ánimo la creencia de que debe adoptarse una supuesta teoría absoluta de los valores, como las que proponen ciertas organizaciones religiosas o filósofos un tanto dogmáticos que confían exageradamente en la infalibilidad de la intuición, sea emocional o eidética. Creemos que

la axiología actual ha superado la reacción al subjetivismo que representa la monumental axiología de Max Scheler —y la de Nicolai Hartmann— divulgada en el conocido artículo de Ortega y Gasset sobre los valores. Tal afirmación no debe entenderse, desde luego, como una adhesión al subjetivismo axiológico. Ni subjetivos ni objetivos —o ambas cosas a la vez—, los valores tienen realidad y sentido dentro de una *situación* humana, concreta, real histórica. No en un mundo supra-empírico, donde resulta fácil construir una teoría, puesto que no hay hecho que pueda desmentirla.

Cuando enfrentamos la teoría axiológica con el deseo de orientar una obra de reconstrucción concreta, es que resulta más necesario tener los pies bien sentados sobre la tierra en que vivimos. No hay que confundir, sin embargo, la tierra —noble y firme— con el fango. Y no olvidar que el contacto directo con el suelo que nos sostiene no impide que mantengamos la vista puesta en el cielo.

La necesidad de fundar la reconstrucción moral y educacional de una sana teoría axiológica muestra la íntima conexión que tiene la filosofía con los problemas concretos de la vida. La filosofía genuina es, al mismo tiempo, una forma de conocimiento y un modo de vida. Ambos aspectos son inseparables. Se desea conocer para poder actuar de acuerdo a los principios descubiertos. Sócrates es el ejemplo máximo. La historia de la filosofía está llena de ejemplos menores. Desmienten nuestra afirmación tan sólo aquellos profesores de filosofía que se refugian en el mundo de las ideas para ocultar su fracaso, o su cobardía, en el mundo de los hombres. Cuando la filosofía “vuelve la espalda a las angustias y dolores del hombre no es auténtica filosofía” —escribimos hace nueve años, cuando la dictadura nos despojó ilegalmente de nuestras cátedras. “Es vana y estéril preocupación de doctor de salón, de académicos con alma desecada, de intelectuales que juegan con las ideas y que, por cobardía o por ceguera, hipostasían un mundo celeste donde poder refugiarse sin compromisos cuando la realidad contraría sus profecías o deseos. No; la teoría filosófica no puede volver la espalda a la realidad. Si lo hace, es mala teoría, juego intelectual, entretenimiento de salón con nombre griego.” (Cfr. *Realidad universitaria y teoría filosófica*, página 3).

Que lo recuerden los jóvenes estudiantes de filosofía que mañana tendrán la responsabilidad, no sólo de enseñar filosofía en las aulas, sino de orientar, con la palabra y con el ejemplo, las conciencias a veces vacilantes de la juventud.

21 de setiembre de 1955.

Valores permanentes de la educación

Desde 1928 hasta 1946 fui profesor adjunto, primero, y extraordinario, después, de Ciencia de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; y desde 1941 hasta fines de 1946 tuve a mi cargo sucesivamente la dirección de seminarios sobre Educación de la Adolescencia y Filosofía de la Educación.

La enseñanza superior de materias pedagógicas se realiza en esa Facultad desde 1898, casi en seguida de su fundación, como complemento especial para la formación de profesores de filosofía, historia y letras. Más tarde, en octubre de 1936 se creó el profesorado especial de Pedagogía. Con anterioridad, el 9 de octubre de 1929, se instaló el Instituto de Didáctica de esa Facultad, creado por ordenanza del 5 de octubre de 1927, con el objeto de realizar estudios e investigaciones relacionados con la educación y la enseñanza, especialmente argentinas.

La cátedra de Ciencia de la Educación tuvo como titulares a prestigiosas figuras de nuestra cultura: Francisco A. Berra, Carlos O. Bunge, Horacio C. Rivarola y Juan P. Ramos. Durante el período de mi actuación me correspondió trabajar al lado del doctor Ramos: todos los años yo dictaba una parte del curso, variable en sus temas, por cuanto era norma del titular renovar anualmente la materia del programa. De común acuerdo determinábamos la parte de éste que me correspondería desarrollar, y así, en distintas épocas, traté en mis clases cuestiones teóricas o históricas de la educación: principios de la educación, el pensamiento escolástico y la educación, organización de las universidades me-

dievales, aspectos pedagógicos del pensamiento de Montaigne, Rousseau, Pestalozzi y Herbart, y su influencia sobre la pedagogía actual. La cátedra de Ciencia de la Educación no se limitaba a desarrollar estrictamente lineamientos pedagógicos, sino también a efectuar el análisis de temas y problemas educativos sin separarlos del ámbito histórico-cultural al que pertenecen. Los problemas educativos eran vistos y valorados sobre el trasfondo de la cultura y la sociedad de su tiempo. De este modo el estudio de la Ciencia de la Educación recobraba la jerarquía perdida, en parte, a causa del empirismo predominante durante el auge del positivismo.

Como lo he sostenido muchas veces, no hay concepto verdadero de la educación si no se asienta sobre una imagen del hombre que se quiere y se debe formar, si no hunde sus raíces en la vida cultural. La suerte de la pedagogía está estrechamente ligada a la historia de la cultura y al desenvolvimiento de la filosofía. En ellas busca un ideal que nutra de sentido y fines a la educación, determine sus contenidos y permita que surjan los medios adecuados. Una teoría educativa no es de origen arbitrario, sino producto, en primera instancia, de una visión del mundo y de la vida. "Todo sistema de filosofía lleva implícita o explícitamente una doctrina pedagógica", ha dicho Emile Boutroux. A la inversa, toda pedagogía es siempre un empeño por realizar principios o valores que caracterizan una concepción del mundo o una filosofía. A ello se debe la afirmación de Dilthey de que "la última palabra del filósofo es la pedagogía".

A través de los seminarios de Filosofía de la Educación correspondientes al Profesorado de Pedagogía insistíamos sobre la necesidad de tratar filosóficamente los problemas de la educación, lo que nos llevaba indefectiblemente a hacerlos girar alrededor de un centro: *el hombre*, es decir, la *humanidad* del hombre. Un humanismo orientador de la educación debe entender al individuo, en parte, como ser funcionalmente autónomo y, por otra, en función de todos, en conexión con el medio entero. El hombre no es libre sólo cuando está desligado, sino cuando, sometido a circunstancias ineludibles, es capaz de ejercitar la iniciativa y responsabilidad de su pensamiento y de su conducta. La educación verdadera no se apoya en el individualismo abstracto, ni en la realidad del hombre masa. La primera ley de un humanismo contemporáneo, en el campo de la educación, es la de restaurar el ideal de la persona humana, sobre todo el de la personalidad integrada, opuesto, como se sabe, al individualismo atomístico y al gregarismo masificador. Ese ideal implica, entre otros sentidos, considerar al espíritu como el

núcleo noble del hombre, que tiende siempre hacia valores, aún en medio de las deshumanizadoras potencias contemporáneas. Esta personalización del hombre permite realizar la libertad encarnada en actos propios y en compromisos no impuestos, y puede transformar las comunidades mecánicamente numéricas en comunidades orgánicas, la masa en pueblo. Este proceso depende de muchos factores colectivos y del esfuerzo de cada uno. Pero este esfuerzo depende, a su vez, de las convicciones que arraiguen en las que prevalezcan el sentido ético, una propia disciplina interior, que es lo más humano que el hombre puede alcanzar, y por medio de la cual puede usar de la libertad como libre ingenio, juicio, iniciativa, decisión. Es decir, se educa para no pensar por delegación ni obrar por consigna, lo que puede dar lugar a un vivir tranquilo, pero no a un vivir esencialmente humano. Una educación que enseña a trabajar como esclavos, sin propia iniciativa ni responsabilidad, no es educación, porque le falta sentido formativo y culminación ética. La educación debe enseñar a trabajar, a pensar y a vivir con humanidad, es decir, con personalidad y solidaridad.

Este ideal es necesario, pero es muy difícil alcanzarlo en un mundo que ha perdido sus virtudes educadoras elementales y en el cual dominan, en lugar del valor, invencibles potencias deformadoras del hombre. El más arduo e inaplazable problema contemporáneo de filosofía de la educación es el de fundar, en medio de los obstáculos que hoy lo circundan, una pedagogía que enseñe al hombre el respeto de sí mismo, la educación del autorrespeto, que no significa excluir los caminos de la solidaridad con los demás, vivir en la integración.

Un maestro: Alejandro Korn

La Facultad de Filosofía y Letras, cuyos umbrales pisé por primera vez el 4 de abril de 1904, y su Centro de Estudiantes, en cuya fundación yo participé el año 1905, se juntan en el recuerdo de mis años primaverales en una sola imagen múltiple. Cuando evoco el pasado no puedo disociar sus elementos: las ambiciones, que eran sueños, separarlas de la humilde vida bohemia, hoy convertida para mí en poesía; las vigiliadas estudiantiles, de la alegre camaradería y el rudo batallar por esto o por aquello en las aulas y en la calle no, no puedo quebrar aquella imagen, sin deformar sus elementos.

Alejandro Korn, aparecido en la Facultad el año siguiente al de la fundación del Centro, amigo de los estudiantes por natural vocación de maestro, ocupa en ese pasado un lugar preeminente, junto a otros maestros a quienes estoy dispuesto a evocar en esta revista más adelante si sus directores me lo consienten.

No sé si son conocidas las circunstancias en que Korn se incorporó a la enseñanza universitaria. Mediaba el curso escolar de 1906, cuando quedó de pronto vacante la cátedra de Ética y Metafísica que dictaba con carácter interino el profesor J. Alfredo Ferreyra.

Este noble maestro, egresado de la Escuela Normal de Paraná, y uno de sus hijos más eminentes, se había hecho cargo de la cátedra ese mismo año por primera vez, por impedimento del titular, el doctor Rodolfo Rivarola. Pero el profesor Ferreyra no tenía mentalidad uni-

versitaria y encaró el curso con un criterio muy personal, de fervoroso adicto a las doctrinas de Comte, no sólo a su filosofía positiva, que fué la que informó la enseñanza en la escuela de Paraná, sino a la curiosa religión —parodia de la católica— inventada por el pensador francés al término de sus días bajo la influencia de Clotilde de Vaux. Nuestro curso, frecuentado por una docena de alumnos, había sido condenado a la tarea estricta de comentar el catecismo positivista de Augusto Comte, en una especie de conversación muy vagamente socrática en que llevaba la voz cantante y cubría siempre con ella la del profesor, Alberto de Diego, aquel muchacho de tenebroso rostro barbudo, viva fantasía y corazón generoso, vilmente asesinado en Quilmes años después por unos matones políticos. Cuando nos hartamos de reirnos del santoral comtiano, un día de clase, no sabría decir si por acuerdo previo entre los estudiantes, que tal vez no lo hubo, se produjo una silenciosa deserción total. No necesitó más el profesor Ferreyra, espíritu delicado y caballeresco, para comprender que su enseñanza no era de nuestro agrado, y presentó su renuncia. Venturoso acontecimiento en la historia de nuestra cultura. A las pocas semanas aparecía en la cátedra un nuevo profesor, encargado de remendar el curso descosido. Un hombre alto, más que cuarentón, de tórax robusto, de rostro franco e inteligente, algo brusco, de lacio cabello castaño con reflejos dorados, que se nos dijo era médico y venía de La Plata. Nada más sabíamos de él. Así fué como Alejandro Korn abandonó su serena existencia de estudioso solitario para convertirse en maestro de la juventud. Poco intimó con nosotros en ese final de curso en el cual se vió obligado a encuadrar a duras penas sus rigurosas lecciones sobre metafísica en un programa que difícilmente él hubiera podido aprobar. Pero esa fué la iniciación.

El año siguiente hubo jaleo en la Facultad. Los estudiantes, agrupados en el centro de reciente formación, repudiamos con juvenil franqueza y valentía a buena parte de los profesores suplentes designados por el Consejo entre gallos y medias noches, a espaldas de las ordenanzas. El presidente del Centro, el hoy doctor Francisco D'Andrea, y el secretario, que lo era yo, fuimos castigados con un apercibimiento, aunque no nos faltaron defensores en el propio Consejo. Recuerdo aún la tarde en que el decano José Nicolás Matienzo nos llamó a su despacho para comunicarnos la sanción, que nos negamos resueltamente a aceptar por juzgarla mal aplicada. Cuando el cortés coloquio, en el cual el decano adoptó un aire paternal, derivó hacia la consideración del problema de encontrar profesores competentes para ocupar todas las cátedras, el doctor Matienzo nos hizo una ca-

lucrosa apología del nuevo profesor incorporado a la de Ética el año antes. Más o menos vino a decirnos cuán difícil era hallar en el país docentes de filosofía dignos de la cátedra universitaria y cuánta había sido la suerte de la Facultad el descubrir a un estudioso serio y bien informado, que se había dejado persuadir de hacer abandono de su meditativo aislamiento para traer al aula el fruto de sus lecturas.

Ignoro, porque nunca se me ocurrió preguntárselo al doctor Korn, quien fué su descubridor. Quizás, presumo, lo fuera el propio doctor Matienzo; en tal caso debe la cultura argentina agradecerle el señalado servicio de haber incorporado a la cátedra quien sería en pocos años renovador de los estudios filosóficos en nuestras universidades, al apartarse —aunque médico y psiquiatra—, del ya infecundo positivismo que hasta entonces había privado en la enseñanza superior y secundaria —del cual el mismo Matienzo era típico representante— llevándonos a los nuevos cauces por donde corría el pensamiento europeo.

Volví a ser alumno de Korn en la cátedra de Historia de la Filosofía, en la cual reemplazó al profesor Guillermo Keiper. Al término de una visión panorámica del curso del pensamiento occidental desde los presocráticos, tratamos en particular el *Discurso del Método* y las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes. Mis impresiones no pueden diferir de las de muchos alumnos que siguieron sus clases en Buenos Aires y La Plata durante los largos años que ejerció la docencia. Todos recordamos la claridad de sus disertaciones, su aptitud para la síntesis, su comprensión histórica de las doctrinas que examinaba hasta hacerlas suyas en el momento de la exposición, su agudeza crítica, su felicidad expresiva, no disminuída un ápice por la ecolalia con que remataba los párrafos, especie de martilleo final que parecía contribuir a clavar más firmemente la idea. Su información era copiosa y de primera mano, y no sólo consistía en la bibliografía francesa, italiana y española utilizada hasta entonces entre nosotros, sino en la alemana, incorporada por él a nuestra cultura filosófica. En sus cursos de Gnoseología y de Axiología, más personales por su propia naturaleza, era donde mejor se advertía la fecundidad de su pensamiento creador, como lo atestiguan sus sólidos ensayos. Su crítica del positivismo no era la fácil burla negadora, sino una integración y superación de aquel pensamiento con una documentación más amplia y más nueva, y una incitación a más hondos buceos en los problemas del espíritu y la cultura. Su comprensivo relativismo mal podía ensañarse con fenómenos que el his-

toriador y el filósofo deben comprender so pena de negarse como tales. Apenas si un amable humorismo, que volaba a veces en rápidas y agudas flechas, ponía una leve nota de amenidad en sus severas exposiciones. Así fué como mantuvo siempre con José Ingenieros una amistad cordial fundada en la recíproca estimación personal e intelectual.

Pocos años más tarde insensiblemente me convirtió en uno de sus jóvenes amigos. Con algunos compañeros, entre los cuales recuerdo a Francisco Chelia y Emilio Ravignani, lo visitamos más de una vez en el Hospicio de Alienados de Melchor Romero, cuya dirección ejercía. Allí, sentados sin etiqueta a una mesa bien servida y mejor rociada, se hablaba dichosamente de todo y no poco de poesía, de la que Alejandro Korn era buen gustador. Justamente, su primer contacto, en marzo de 1913, con la revista *Nosotros*, fué publicando en ella un artículo sobre un libro de un poeta platense, conocido en las horas de la renovación modernista bajo el seudónimo de Oscar Tiberio. No quiso Korn declarar entonces su nombre al pie del artículo, quizás, como decía al pie la dirección, "para que sus graves colegas no se enteraran de que se ocupaba de versos", y sólo lo firmó con las iniciales W. W. Entre burlas y veras sustentaba el maestro en este juicio, sazonado por una cortés ironía, una sana doctrina estética cuya validez es perdurable. Doctrina reforzada por la sabrosa página con que meses después colaboró, manteniendo el tono zumbón y voluntariamente despreocupado, en una encuesta sobre el valor del *Martín Fierro*, suscitada por las famosas lecturas de Leopoldo Lugones. Quien estudie la evolución de su pensamiento encontrará aun en estas páginas accidentales, elementos nada desdeñables para caracterizar algunos de sus aspectos, no el menos importante en sus incitaciones a la formación de una conciencia vital de nuestras cosas y nuestros problemas, rechazando la imitación servil de modas extrañas. "¿Acaso —preguntaba irónicamente, y téngase en cuenta que esto se escribía hace más de cuarenta años— hemos de tener el valor de nuestros propios sentimientos y afecciones, hemos de pedir a nuestro propio ambiente la inspiración artística, hemos de descubrir una veta en nuestro genio nacional y un paisaje en nuestra llanura? Jamás; nosotros nos vestimos correctamente y pensamos modernamente y escribimos convencionalmente; nunca incurrimos en nada que sea agreste, individual o sincero."

Así era el hombre, ese criollo bien plantado, nacido en parte muy castiza de la provincia de Buenos Aires, cuando todavía se debatía

el pleito entre ella y la Nación; hijo de sólidos inmigrantes, una suiza y un alemán acriollado. De éste debió de heredar, junto con el amor a la libertad —porque el padre era un proscrito de los movimientos del 48—, la salud física, la voluntad, el espíritu de iniciativa, la disciplina mental, y ¿por qué no?, la afición racial al manejo de las ideas generales. Y ya que hablamos del radical argentinismo de este profundo conocedor y admirador de la cultura europea, señalo otro artículo suyo, punzante y sarcástico, también firmado simplemente con las letras W. W., publicado bajo el título de *Teddy*, en diciembre del mismo año, en ocasión de la visita de Teodoro Roosevelt, “el gran cazador”. Merece ser leído, porque anunciaba un tema sobre el cual volvería en ensayos posteriores: la afirmación valiente, no exenta de amargura, de la necesidad de tener una personalidad nacional, “sin necesidad de protectores officiosos y sin solidarizarnos con todos los atavismos indígenas y exóticos, que en el continente se encaminan a cumplir la melancólica ley de su crepúsculo.”

Buen criollo, sí, Alejandro Korn, quien, así como no temía a ninguna idea, no le hurtaba el cuerpo a la vida. No era un profesor más universitario, aunque se diga de gran valor; era, ante todo, un hombre. A este filósofo idealista, que había meditado sobre los más altos valores morales y vivía conforme a ellos una vida sin reproches, hasta podía juzgárselo un epicúreo, porque no se apartaba con hipócrita o enfermizo ascetismo de aquellas honradas satisfacciones que hacen tolerable la existencia, ni aconsejaba a nadie comer solamente acelgas hervidas, y sin sal para mayor castigo. Yo he descendido con Alejandro Korn y otros amigos respetables hasta abyectos lugares del hampa, y lo he visto atravesarlos siempre digno, sin perder su línea de gran señor, como turista curioso que no le hace asco a nada cuando se trata de conocer el espectáculo vario y pintoresco que la vida ofrece. A un gran maestro mío, nuestro profesor de griego Francisco Capello, pude compararlo con el abate Coignard; ni lejanamente era eso Alejandro Korn; no el sabio de estirpe rabelésiana, sino el hombre honesto que vive con sinceridad y sin vanos melindres y temores, porque sabe que nade tiene que reprocharse. Por eso su conducta limpia mereció siempre el respeto de la juventud; por eso hizo y tiene discípulos, quienes aprendieron a comulgar con él en la vida del espíritu, en la frecuentación diaria y personal que prolongaba las enseñanzas del aula.

Él, de su parte, creía firmemente en la juventud. Nadie se lo figure el anciano que busca rehacerse una juventud mezclándose entre

los jóvenes. El "viejo Korn" no necesitaba de esa mentirosa fuente de Juvencia. Fuerte y optimista hasta el fin, superando con la voluntad y la jovialidad los achaques de los años, en él la juventud del alma era una virtud natural, de raíz física y ética. Marchaba a la vanguardia sin esfuerzo, obedeciendo a órdenes irrenunciables de la sangre y la mente. El movimiento reformista universitario lo sorprendió a punto de pisar los sesenta años; pero lejos de asustarse de él, lo comprendió enseguida y explicó en notables páginas publicadas en 1919 en *El Argentino* de La Plata. "¡Toda la humanidad se halla conmovida, escribía, y no había de inquietarse la juventud argentina!" En su opinión, reducir el movimiento a las proporciones de una gresca estudiantil, era falta de visión, no tener la sensación del momento histórico. "Es imprescindible la intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad", afirmaba el primer decano nacido de la Reforma, comentando la huelga estudiantil platense. "Ellos y solamente ellos, decía de los jóvenes, representan el ímpetu propulsor, la acción eficiente, capaz de conmover la inercia y de evitar el estancamiento".

Tales sentimientos explican la adhesión espontánea que siempre prestó a los grupos juveniles renovadores, primero en Buenos Aires, más tarde en La Plata, cuando anunciaba en *Atenea* el comienzo de una vida nueva o aglutinaba a los muchachos del grupo "Renovación" que tuvieron en él al patriarca y el inspirador y acabaron por confiarle la dirección de la memorable revista *Valoraciones*. Era el "escéptico optimista y activo", como lo definí yo mismo en una ocasión, con una fórmula que, lo confieso, todavía me gusta y podría justificar.

Sobre el problema universitario tenía opiniones firmes y muy personales, cada vez más heterodoxas en el correr de los años. Creía en la cátedra libre, rodeada de estudiantes libres, dueños y responsables de sus actos, y la tuvo a su medida, cuando, jubilado en la enseñanza oficial, continuó sin descanso y con absoluto desinterés su magisterio desde la cátedra del Colegio Libre de Estudios Superiores, entre cuyos fundadores se contó, y en las más diferentes tribunas, algunas muy humildes, de la capital y el interior de la República. Rechazaba los pomposos cargos oficiales, decanatos y rectorados, que le ofrecían, e iba a enseñar a tierra de infieles.

Era Korn una conciencia recta e insobornable, y eso los jóvenes saben valorarlo. Era un espíritu sobremano valiente. Baste un re-

cuerdo. Alguna vez describí la tumultuosa asamblea del Teatro Nuevo, donde, con espanto de la burguesía porteña, habló José Ingenieros la noche del 22 de noviembre de 1918, a los pocos días de firmado el armisticio, sobre la *Significación histórica del maximalismo*. Pues ¿quién estaba sentado en el centro del escenario? El decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Alejandro Korn. No había acudido deliberadamente a presidir el acto; pero sí a enterarse sin miedo de lo que diría su buen amigo el conferenciante. Si algún imbécil o maligno lo acusó de haberlo presidido, allá él.

¡Por lo que se le importaba la opinión de los necios! Bien lo probó años más tarde, después de la revolución de setiembre de 1930, cuando creyó era su deber tomar posición, entrar en el Partido Socialista, y arrojarle septuagenario a la lucha por la justicia y la libertad.

Sus convicciones no eran solamente, como suele ocurrir, arabescos de la pluma o motivos oratorios; arraigaban en su ser íntimo, las vivía con pasión. Porque Korn era hombre de pasiones fuertes, aunque sabía reprimirse. Su indignación contra los malos pastores, su desprecio hacia los maniobreros audaces o astutos de la política y la universidad, las raras veces que estallaban, fulminaban. Con igual intensidad sentía la amistad y la admiración. Una vez lo vi enojarse de un modo para mí desconocido hasta entonces en él. Fue en defensa de un político cuyas prendas morales él estimaba altamente, contra otro político, amigo suyo, sin embargo, que había atacado con rudeza al primero.

La vida de Alejandro Korn, al contrario de la de tantos que, renegando de las ideas de la juventud, se tapan en la vejez los oídos con algodones y se esconden detrás de ventanas tapiadas para no oír los clamores de la calle, fue una continua ascensión a planos más elevados. Se sabe que murió como un filósofo antiguo. Dos días antes de morir había perdido ya el habla; pero conservaba la lucidez de su espíritu. En un instante en que los hijos rodeaban su lecho, él, casi por señas, mandó que trajesen una botella de champaña. Con el corazón desgarrado hubo que obedecer. Hizo servir tres copas y con la mirada invitó a los suyos a que bebieran por él. Y como oyera que en la habitación inmediata había alguien, dos jóvenes amigos que también velaban, afligidos, indicó que se les hiciese entrar y que también bebiesen.

La satisfacción moral de haber conocido a un maestro cuenta en

la existencia. Haber conocido a un hombre animado de un poderoso impulso vital que lo empujaba hacia las zonas superiores de la inteligencia y la conducta, a un filósofo que, además de expositor disertador y vivificador de doctrinas ajenas, había pensado la propia filosofía, aportando en sus libros, que tan celosamente escondía a la curiosidad profana, una contribución original del pensamiento argentino a la doctrina de los valores; a un maestro estimulante y cordial, de trato agradable y ameno, comprensivo y tolerante, juntador de voluntades y esfuerzos, que de cada discípulo merecedor de ese nombre hacía a la larga un amigo de siempre, hasta la muerte, y más allá de la muerte, como lo pruebo hoy una vez más al rendirle este homenaje en una revista de estudiantes, quienes, supongo, también andan en busca de maestros.

Recuerdos de vida universitaria

La facultad que yo vi

La fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1896, fue un acto de fe y de esperanza. Era menester seguir el ejemplo de los países retores, en los cuales, con vigencia secular, existían casas de altos estudios, de estudios desinteresados: filosofía, humanidades, investigación erudita. Y ese ejemplo lo siguió un puñado de "claros varones", creando, como una tienda en el desierto, este reducto en medio de la atmósfera fría y plomiza de la Buenos Aires finisecular, para que en él se cultivara solamente noble semilla. Era lo más acuilatado en el campo de la cultura argentina: Mitre, Cané, Obligado, Groussac, Pellegrini, Norberto Piñero...

En tales circunstancias, esa iniciativa parecía un reto al crudo positivismo de la época. Estamos —conviene recordarlo— todavía en la Buenos Aires de Julián Martel! La palabra mágica es "negocio". El dinero domina omnipotente, como hoy. El dinero da prestigio, poder, jerarquía social. Todos, por lo tanto, buscan el enriquecimiento rápido, fulminante, y a él se llega, más que por el trabajo, por la especulación, el negocio turbio, la audacia y la falta de escrúpulos.

Se diría que el destino hubiese hecho nacer al nuevo instituto como antídoto. Era un pequeño oasis en aquel clima espeso, de utilitarismo rabioso y asfixiante para los espíritus finos.

En ese fin de siglo, el espíritu refugióse no sólo en la modestísima institución que acababa de fundarse, sino también en la redacción de

algunos diarios y en los cafés y cervecerías donde los hombres de pluma se citaban para charlar. Eran los tradicionales mentideros de Europa o, mejor, de París y de Madrid, trasladados a Buenos Aires. En esas tertulias no se hablaba de negocios sino de los colegas y de sus pariciones literarias. En ellas fue centro de atracción un hombre grande que terminaría en grande hombre, un mestizo genial que arrojaba sus margaritas sobre la incomprensión agresiva de la ciudad. Ese hombre de mirada triste y dulce y habitualmente taciturno, según el testimonio de quienes lo conocieron, tenía manos de marqués. Y con esas manos había escrito, del otro lado de las montañas, en Santiago de Chile, una prosa de tónica nueva, desenfaticada y alada; y había escrito versos que denunciaban garra de león.

Un tal huésped recibió Buenos Aires en 1894. Entonces no tenía más credenciales que un pequeño volumen, *Azul*. (Lo anterior no cuenta). Pero en ese volumen amanecía una nueva estética preformada en el Parnaso y en el Simbolismo, y a la cual más adelante se le daría sabor castizo con unas gotas del buen vino de Berceo y otras del complicado licor gorgorino. Allí estaba potencialmente lo que se llamaría Modernismo, que contó en la Capital porteña con su Bautista: Carlos Guido Spano. El poeta de las *Poesías griegas*, como vate, como vaticinante, intuyó en Rubén Darío, la presencia del genio y le dió la bienvenida.

En torno al nicaragüense, se fué arracimando una capilla, gente bohemia que desafiaba a los filisteos, a los burgueses, a los enriquecidos. con sus anacrónicas melenas, sus corbatas flotantes, sus chambergos aludos. Rezagos del romanticismo. Esto inadaptados oficiaban en cervecerías y cafés de la calle Corrientes. El más notorio, el "Café de los Inmortales" que ha historiado, no hace mucho, Vicente Martínez Cuitiño. Se vaciaban copas, se fumaba en pipa, se discurría sobre versos y se mezclaban fobias e idolatrías. El menos locuaz, pero el más seguro de su fuerza, el extraño forastero. Después del espaldarazo de don Juan Valera, todo para él había sido camino llano.

En 1896, el año en que se funda la Facultad, nace *Prosas Profanas*, libro que había de revolucionar la lírica española, y del cual eran anticipo las estampas de *Los Raros*, confesión de las devociones del poeta.

En la ínsula cultural formada por Darío, Payró, Piquet, Pagano, Martel y otros menores, se introdujo Leopoldo Lugones, caído de su Córdoba natal, elástico como un felino, desbordante de juventud y

de talento. Los dos americanos se entendieron. Sus espíritus fraternizaron en seguida y anudóse una amistad limpia y duradera. Temperamentos disímiles, cada uno tomó su ruta. No se estorbaron en la conquista de la fama. *Prosas profanas* era la epifanía de un nuevo Garcilaso. *Las montañas del oro* con que se inicia Lugones, era un conjunto de sinfonías mallarmeneanas: voces de bronce, lava rugiente, restos de pesadillas.

Del otro lado del río, José Enrique Rodó, maduro en plena juventud, escribía, señero, en la Revista Nacional, páginas de antología; y Julio Herrera y Reissig, ruiseñor perdido en un talar, escandalizaba al Montevideo pueblerino con su esoterismo importado y sus geniales extravagancias.

La Facultad de Filosofía y Letras nació, según se ha visto, bajo el signo de dos grandes poetas: Darío y Lugones, poetas que, naturalmente, no existían para la cátedra, pero que estaban en el corazón de los muchachos.

Se instaló en la casona señorial de la calle Viamonte que todavía ocupa. E inicióse con un problema angustioso: ¿de dónde se sacaban profesores? El problema se resolvió mejor que se creía: el país contaba con insospechadas reservas de cultura, con estudiosos capaces de afrontar, en rápida adaptación —la función hace el órgano— la enseñanza de las nuevas disciplinas. Pudo, así, integrarse un primer claustro de profesores con personalidades de categoría y con algunos universitarios de formación europea.

Otro problema: el alumnado. No era tampoco de fácil solución. ¿Qué joven con ambiciones, con deseos de abrirse camino, iba a seguir una carrera que aparentemente no servía para nada? Cultivaba asignaturas que carecían de aplicación práctica: lenguas clásicas, filosofía, literatura. Los hijos de familia "bien", contagiados por el afán de lucro, de éxito fácil y de figuración social, que respiraban en sus hogares, seguían carreras universitarias que conducían al logro de esos fines. Y con mayor razón los hijos del comerciante, del profesional, del rentista, del empleado. Se explica entonces y justifica la penuria inicial de alumnos. Las primeras promociones se perdían, como náufragos en una isla, en los sombríos corredores. En ese período heroico hubo, como en ciertas repúblicas de opereta, más generales que soldados. El presunto candidato preguntaba: Filosofía y Letras... ¿para qué sirve eso? Siendo estudiante, con optimismo panglossiano, intenté dar respuesta a esa pregunta.

La inutilidad práctica de la carrera —por lo menos aparente— dió unidad espiritual al alumnado de los primeros lustros. Era, en su inmensa mayoría, un alumnado vocacional. Estaba en parte constituido por gente de suicida vocación literaria. Abundaban los periodistas, los oficinistas, los maestros. No faltaban los inadaptados, los revolucionarios sentimentales, los estrelleros, los díscolos y soñadores. En más de uno había prendido el mensaje de *Ariel* que, por esos años, marcaba rumbos a la juventud de Hispanoamérica. Había quienes se ganaban el café con leche en la redacción fría y desmantelada de diarios de vivir agónico. Ellos, y los otros, se allegaban todas las tardes, como autómatas; iban a sumergirse en una atmósfera distinta, a vivir la ilusión liberadora del arte y del pensamiento, a olvidar por unas horas los apremios económicos, las angustias del pan amargo y el tufo de cocina de la casa de pensión.

La Facultad pronto se convirtió en una peña. En los pasillos, en el hall, en el amplio patio de entonces, se parlotaba de libros y de autores; se pontificaba y se pedanteaba. Y como en toda reunión de gentes de letras y de mujeres, se alacraneaba. Pero era aquél un alacraneo sonriente, escaso de veneno. En esa charla mariposa, las muchachas ponían su toque de gracia y de frivolidad. De esa generación vocacional surgieron excelentes profesores, críticos de nota, poetas, novelistas... Algunos terminaron en académicos, como Roberto Giusti y Carlos Obligado.

Puertas adentro, todos se emparejaban: ricos y pobres, católicos y liberales, derechistas e izquierdistas. Todos gozaban del mismo clima de altura. Todos pertenecían a la misma Orden, la Orden de los selenitas —como la bauticé en su momento— pues todos vivían un poco en la luna. Puertas afuera estaba la realidad con sus candentes problemas, con su áspera contienda de intereses, con su choque brutal de ambiciones y egoísmos. Era entonces de sabios vivir en la luna.

Generación gárrula, alegre, algo escéptica —como formada en la lectura morosa de Anatole France— no hacía migas con el fanatismo y la intolerancia que pocos años después llenarían el mundo de escombros, de odios y de lágrimas. Todavía alentaba en nosotros el espíritu del “estúpido” siglo XIX, como se ha dicho estúpidamente. La verdad es que el hombre nunca fué tan libre, tan dueño de su destino.

Dos tertulianos de aquella peña, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, habían creado la revista “Nosotros”, que tuvo vida larga y aza-

rosa, y cuya influencia cultural nadie puede desconocer. Ningún valor de ambas orillas del Plata, dejó de colaborar en ella. Sus comidas mensuales eran famosas. En locales que tenían más de bodegones que de restaurantes, se reunían escritores, periodistas, pintores, músicos, catedráticos, jueces, estudiantes y bohemios. Ingenio, buen humor, vino en abundancia. Imposible concebir ágapes más divertidos.

El público general tenía, desde fines del siglo anterior, su revista, "Caras y Caretas", donde semanalmente competían la gracia peninsular de Eustaquio Pellicer y Luis García, con la criollísima de Fray Mocho. La ilustraban dibujantes tan seguros e intencionados como Mayol y Cao. No había público para más de una revista. Por eso otras: "P. B. T.", "Fray Mocho", "La Mujer", "Pulgarcito", "Tipos y Tipetes", etc., etc., nacieron con los días contados.

Retomemos el hilo. El avance de la Facultad fué lento y precario durante las primeras décadas. Debía abrirse paso abatiendo obstáculos como un rompe-hielos. No podía ser de otra manera: en un medio de exacerbado utilitarismo, se creaba un centro de estudios desinteresados. No pegaba. Tal vez por eso fué sino de la Facultad vivir rodeada de hostilidad difusa. Difusa y alguna vez declarada. En sus días matinales, nada menos que un ministro de Justicia e Instrucción Pública —hoy en piadoso olvido— encarnando esa subestimación, casi la suprime de un plumazo. Evitó la consumación de un acto de desgobierno tan vergonzoso, la oportuna intervención de Mitre, quien sabía, como historiador, cuánto importan para una nación, los productos espirituales. No todo consiste, como piensa el *homo economicus*, en labrar la tierra, en construir casas, en crear industrias, en acrecer la riqueza. Todo eso se traduce en bienestar físico y debe estimularse. Pero no quedar ahí, sino servir para sustentar el ocio horaciano en sus pensadores y la vida holgada en sus artistas. Pues la república necesita para salir de su estado de factoría, artistas y pensadores. Tuvo algunos en su primera centuria, ¡pero qué lucha titánica la de estos autodidactas! Debieron hacer patria en medio de la soledad y de la barbarie. No hay, si bien se mira, industria que dé tantas "divisas" como la obra de arte. Y sino que lo digan Italia, Francia, España y demás países turísticos. ¡Qué dividendos no les han dejado los artifices y artesanos que levantaron catedrales, castillos y palacios; y los escultores y pintores de un pasado glorioso. Aquellas generaciones pusieron el genio y la vida. Las de ogaño, el platillo, los hospedajes y los guías.

Sigamos: a propósito de la hostilidad difusa, no faltó el diputado

economista, nutrido en las ubres del materialismo histórico, que de tiempo en tiempo, lápiz en mano, no recalcase cuánto costaba al erario público cada egresado de Filosofía y Letras. Y no faltó el franco tirador, el plumífero anónimo que desfogaba, en hojas irresponsables, su impotencia, su encono, su resentimiento, arrojando piedras sobre nuestro tejado. Los perros ladran, la caravana sigue...

La Facultad, en 1910, año de euforia patriótica, de apoteosis, era ya una institución prestigiada por catedráticos de jerarquía universitaria, argentinos y extranjeros. La mayoría agregaba a la función docente la de publicistas, como es común en Europa. Unos tenían mayor volumen intelectual que otros, pero ninguno desentonaba. Durante la década siguiente, se fueron incorporando nuevos valores. He aquí los hombres que en esos años enseñaban en la Facultad, salvo omisiones involuntarias. La mayoría yace hoy en los cementerios: Rodolfo Rivarola, Alejandro Korn, José Ingenieros, José Nicolás Martienzo, Ernesto Quesada, Carlos Octavio Bunge, Horacio Piñero, Carlito Oyuela, Juan Agustín García, Francisco Capello, Antonio Dellapiane, Enrique del Valle Iberlucea, Rodolfo Senet, Luis María Torres, Roberto Lehmann Nitsche, Mauricio Nirestein, Rómulo D. Carbia, Félix Outes, Juan Chiabra, Leopoldo Longhi, Antonio Porchiatti, Clemente Ricci, Juan Keidel, Juan B. Ambrossetti, Salvador Debenedetti... Viven: Cristofredo Jakob, Ricardo Rojas, Rómulo Martini, Kurt Schüller, Mariano de Vedia y Mitre, Aníbal Moliné.

Después vinieron algunos españoles de muchos quilates: Américo Castro, Amado Alonso, Julio Rey Pastor, Claudio Sánchez Albornoz.

Por esas calendas empezaron a desfilar por el aula magna forasteros ilustres: profesores de la Sorbona y de las grandes universidades de Alemania, de Italia, de Inglaterra, de España y de la América Latina y Sajona, pensadores y escritores eminentes. Es difícil, sin papeles a mano, recordarlos a todos. Fueron muchos. He aquí algunos mezclados al azar: Einstein, Kevserling, Waldo Franck, Diehl, Ferri, Ferrero, Farinelli, Arduino Colasanti, Maritain, Martinenche, Paul Langevin, Paul Rivet, George Dumas, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Eduardo Marquina, Manuel García Morente, María de Maeztu, Carlos Vaz Ferreira, Luis G. Urbina, Pablo Neruda...

La Facultad sumaba, así, a la labor silenciosa, cotidiana y casi familiar de las aulas, esta otra de irradiación de alta cultura que se

efectuaba desde su tribuna máxima. Ya tenía Buenos Aires un sitio (rincón perdido entre la aristocrática Florida y el "Bajo" cosmopolita), desde donde era posible transmitir la síntesis de hondas meditaciones, de sabiduría acendrada, de experiencias fecundas. Merced a este continuo trasiego del saber foráneo, comunicado de viva voz, y que completaba la información de libros y revistas, al estudioso argentino le era fácil estar al día en lo que respecta al movimiento de las ideas.

La extensión universitaria, desde nuestra casa, contó —¿hay necesidad de decirlo?— con el aporte de lo más cotizado de la intelectualidad argentina. En efecto, es difícil señalar una figura saliente en la esfera de la historia, de la filosofía, de la pedagogía, de disciplinas hermanas, que alguna vez no haya honrado con su presencia y su palabra la tribuna mayor.

Finalmente, —last, but not least— no olvidamos a los profesores de la Facultad, entre quienes había hombres de sólido saber y expositores de palabra grávida y fluente. Requeridos por centros de cultura, o por las autoridades de la misma casa, solían pasar del tono conversado de la clase común, a la conferencia magistral desde el aula magna.

Todos: europeos, americanos, argentinos, todos han gozado en esa tribuna de la más completa libertad. Bajo el amparo de una tolerancia jamás interrumpida, personas de todas las creencias, de todas las razas, de todas las ideologías, han podido emitir sus opiniones sin otro requisito que la forma culta y decorosa, sin otra cortapisa que la de no subalternizar las cuestiones con estados pasionales del momento.

No paraba en esto la acción civilizadora de la Facultad. A pesar de lo exiguo de su local, fué escenario de representaciones teatrales y de conciertos, a cargo, la mayoría, de los mismos estudiantes. Las audiciones musicales, así como frecuentes actos conmemorativos, solían estar respaldados por sociedades o instituciones de reconocida solvencia moral e intelectual, vinculadas a la Facultad por lazos tan nobles como simpáticos. Entre todas, se destacaba la "Institución Cultural Española" que dirigía don Rafael Vehils.

La extensión universitaria se practicaba asimismo fuera de la casa por obra de sus profesores, los que han ocupado las más exigentes tribunas del país, y también las otras, las más humildes, pero no menos meritorias. Desde "La Prensa", "Los amigos del arte", "El Circu-

lo" de Rosario, el "Colegio Libre de Estudios Superiores", las Facultades hermanas del interior, y las Universidades de Montevideo y de Santiago de Chile, hasta el ateneo la biblioteca de barrio, o los centros culturales, chicos y grandes, de la provincia de Buenos Aires, se ha esparcido el pensamiento de profesores o graduados, siembra que posteriormente completó la transmisión radial.

Por otro conducto ha llegado hasta el público nuestro —y más de una vez hasta el extranjero— la labor silente, pero tesonera, de la Facultad: por la letra impresa. Las primeras manifestaciones escritas de su existencia, fueron dadas —creo— por los estudiantes. En cuanto su número lo permitió, editóse un Boletín: páginas sin pretensiones para consumo interno, ennegrecidas casi todas con apuntes de clase. Fenecido el Boletín, fundamos "Verbum", en mayo de 1912, nombre explosivo y petulante. Su finalidad era muy otra; nada de apuntes, de notas, de secos esquemas que oliesen a aula. Se procuró pergeñar una revista bienhumorada, escrita e ilustrada por alumnos, que reflejase el vivir de la casa visto desde el ángulo juvenil. Quien desee captar el ambiente de esa época, el ambiente de la Facultad en su adolescencia, no puede omitir ese material de información: crónica de pequeños sucesos de la pequeña república, caricaturas de profesores, escarceos primerizos de alumnos poetas, ensayos aurorales de futuros prosistas. En definitiva: deporte, pasatiempo, diversión intrascendente. Corrido el tiempo, "Verbum" se puso seria, tomó aires de revista adulta. Mermó, por consiguiente, la colaboración estudiantil y se insertaron trabajos de catedráticos y de firmas de cartel. Salieron números de notable calidad.

Pocas revistas habrán tenido una existencia más aleatoria, como que estuvo condicionada por los vaivenes de la política casera. Sin embargo, hay que reconocerlo: jamás "Verbum" se utilizó como arma en campañas electorales. Para esas campañas se empleaban volantes, hojas sueltas, periódicos circunstanciales, páginas de una virulencia inexplicable en personas que respiraban la atmósfera sedante de la filosofía. Ese accidentado vivir dependía también de la unión o desunión de la masa estudiantil. "Verbum" era órgano del viejo Centro, y cuando se producía un cisma —¿qué año no lo hubo — el grupo disidente hacía rancho aparte y fundaba, cuando podía, su revista, tan efímera como el grupo mismo. Una de las más enjundiosas fué "Peñola", otra "Bases". En cuanto a "Verbum", yace en sueño cataléptico desde diciembre de 1942. No sabemos si algún día despertará de ese sueño.

Posteriormente, por iniciativa del entonces decano, Coriolano Albe

rini, la Facultad resolvió poseer su órgano oficial, y se fundó "Logos", colocándose a su frente a un hijo de la casa, a un joven profesor, experto en estos achaques (había dirigido "Verbum") y de reconocido talento: Angel J. Battistessa. Presentación gráfica de primer orden, colaboraciones seleccionadas, notas bibliográficas ceñidas y abundantes. Reemplazaba a "Verbum" en la estimulante misión de acoger, hospitalaria, cuartillas iniciales de alumnos distinguidos.

Entre tanto, los Institutos habían ido tomando cuerpo en consonancia con las posibilidades de sus respectivos presupuestos. En ellos se trabajaba sobre documentos y libros, se completaba y refirmaba la enseñanza necesariamente teórica, y cifrada de las aulas. Crecía año tras año el caudal de sus bibliotecas y se intensificaban sus actividades específicas: exhumación documental, exégesis erudita. Tal esfuerzo concretóse en publicaciones que obtuvieron vasto mercado en el país y en el extranjero.

Publicaron obras de fondo el Instituto de investigaciones históricas, de Historia antigua y medieval, de Historia de la cultura española medieval y moderna, de Filosofía, de Literaturas clásicas de Literatura argentina, de Estudios germánicos, de Filosofía, de Biología, de Didáctica, y el Museo Etnográfico.

Algunos Institutos editaban, además, tesis sobresalientes, boletines, revistas especializadas. Se destacaba por lo copioso y valioso de su contenido, el Boletín del Instituto de investigaciones históricas, que dirigía Emilio Ravignani. Igualmente, digna de encomio fué la revista de Filología Hispánica, a cargo del malogrado Amado Alonso, revista que se difundía en el país y en el extranjero, particularmente en los Estados Unidos. El Instituto de estudios germánicos, creación del doctor Juan C. Probst, agregaba a su utilísima labor de traducciones y ensayos sobre literatura alemana, una revista de información sumaria. El Instituto de Psicología Experimental coleccionó en sus "Anales" trabajos de esa especialidad, bajo la vigilancia del doctor Enrique Mouchet. De aparición más reciente fué el Boletín del Instituto de Sociología, conjunto de estudios escritos por especialistas en esa disciplina y egresados que empezaban a cultivarla. La dirección la ejercía Ricardo Levene. El Instituto de cultura latinoamericana, de escasos recursos, repartía mensualmente un modesto Boletín en el que sobresalía la información bibliográfica, hecha por egresados y supervisada por Arturo Giménez Pastor. El Museo Etnográfico, en 1931, en tiempos de Félix F. Outes, publicó "Solar" como "órgano de divulgación", magnífico esfuerzo que, por falta de dinero, no pudo llevarse adelante.

Durante los primeros años, la Facultad desarrollaba sus actividades con suficiente holgura en el actual edificio. Bastaban muy pocas aulas. Casi todas estaban provistas de una larga mesa que rodeaban estudiantes y oyentes a manera de comensales. En la cabecera, una tarima, la cátedra y el profesor.

Algunas clases atraían mayor concurso —alumnos de otras Facultades y público general, en su mayoría femenino— y se dictaban en lo que es hoy el aula magna, reducida entonces a la mitad. En ese recinto, cuyos asientos escalonados formaban gradería, y cuyo acceso, por detrás, era una empinada escalerilla, disertaban, en mi tiempo, ante auditorios bien granados, Horacio Piñero, José Ingenieros, Ricardo Rojas. Y en ese recinto, como hoy, tenían lugar los actos oficiales y las conferencias de intelectuales visitantes.

Ese local, con el andar de los años, sufrió transformaciones radicales. En uno de los varios decanatos de Alberini —cuya vocación arquitectónica era manifiesta— se quitó la vieja gradería, se voltearon paredes, se trasladó al subsuelo el Laboratorio de Psicología que funcionaba adosado al aula magna, se colocaron butacas cómodas, se instaló la tribuna en un modesto y empurpurado proscenio, se mejoró la iluminación y se decoró el todo con sobriedad. El resultado fué una sala íntima, simpática, apacible, en cuyo ámbito sonaron voces de las más calificadas del mundo. Luego se aprovechó, además, para los cursos de población numerosa.

En el hall central existía un ascensor, temblorosa jaula que comunicaba con la Universidad. Se hacía peripatetismo y se flirteaba discretamente en un extenso patio, ogaño convertido en patizuelo. Límite de ese patio era la Biblioteca, salón luminoso de una sola planta. Años después se le encimaron ladrillos y libros, que a veces son la misma cosa.

En el subsuelo dormían los embriones del actual Museo Etnográfico. Atiborraban el tenebroso lugar esqueletos, cráneos, canoas, armas indígenas, cacharros, residuos de la cultura precolombiana, casi todo ello acarreado por la benemérita paciencia y el saber de Juan B. Ambrossetti. Continuó la faena Salvador Debenedetti, otro malogrado. En ese ambiente de cueva de Salamanca se dictaban algunas clases y retumbaban cavernosas y somníferas las voces de Lafone y Quevedo y de Camilo Morel. El Museo, ya adulto, fué a parar a la sede que abandonara la Facultad de Derecho y allí hicieron obra patriótica Félix F. Outes y Francisco de Aparicio.

La urgente necesidad de "espacio vital" produjo el desparramo de los Institutos. Surgió apremiante el problema de su ubicación. Debíó acudir al alquiler de fincas cercanas. Vivíamos, desde entonces, con la angustia de los vencimientos de contrato. Y durante años los libros y los bártulos de los Institutos ambulaban por las calles Reconquista, San Martín y Florida, sin encontrar asiento duradero. De ahí que nuestro problema más acusante fuese el del edificio propio. Hubo un momento en que la esperanza de alcanzarlo estuvo a pique de convertirse en realidad. Se obtuvo un terreno en la Recoleta, frente al monumento a Mitre, y se consiguieron fondos para iniciar la obra. Proyectada por el arquitecto y profesor de Historia del arte, don Martín Noel, se empezó a trabajar. Esto ocurría en la presidencia de Alvear y en el decanato de Ricardo Rojas. Se hicieron excavaciones, se construyeron sólidos cimientos, y cuando ya se había invertido una gruesa suma, se paralizaron los trabajos por orden superior. ¿Qué había sucedido? Algunas familias del barrio, barrio aristocrático —se murmuró entonces— habían protestado: les molestaba la vecindad del estudiantado. Y se les hizo caso.

Fallida esta esperanza, las autoridades de la casa y en especial sus decanos crónicos, Alberini y Ravignani, continuaron la porfiada tentativa. Logróse, así, como trueque del terreno perdido, otro mucho más grande, aunque en zona algo más alejada (Avenida Alvear y Tagle). El arquitecto Noel rehizo el proyecto, conforme con las dimensiones y perspectivas del nuevo emplazamiento, y teniendo presente las sugerencias de una "Comisión del edificio", nombrada por el Consejo Directivo y presidida por Alberini, cuyas aficiones arquitectónicas ya he señalado. Figuraba en el Presupuesto de la Nación una partida anual que permitiría iniciar y proseguir los trabajos. ¿Qué mejor manera de celebrar el cincuentenario de la Facultad? Pero todo quedó en veremos.

Huérfano de local, el viejo Centro se reunía en cualquier aula y guardaba librotos y papeles debajo de la escalera del hall, en el desván que fué de las escobas. Luego vino la sacudida de la Reforma. Desde el año 18, la vida de las Universidades, en todo el país, tomó otro ritmo. El Centro obtuvo, entonces, como sede, una de las salas de la casa, la ocupada hoy por la Secretaría (decanato de Alejandro Korn, primer decano de la nueva era). Fué su edad de oro. Una biblioteca rica y bien presentada, vestía las paredes; y los socios mostraban con orgullo una magnífica mesa, regalo del autor de *La gloria de don Ramiro*, a la sazón consejero. ¿Qué se habrá hecho todo ese patrimonio tan amo-

rosamente colectado? Después, por ampliación de la Secretaría, el Centro debió descender al subsuelo y allí muchos estudiantes fumaban a gusto y vivían en tertulia permanente.

Las primeras promociones estudiantiles no se inquietaban gran cosa por el manejo de la casa. Los decanos, casi todos hombres representativos, no se discutían. Lo profesores, unos accesibles, otros inabordables, eran, en general, queridos y respetados. Uno que otro, apenas tolerado. La disciplina espontánea, pues nadie sentía la presión de las autoridades. La rebeldía veinteañera, más biológica que ideológica, se desahogaba en el Centro de estudiantes o en la Federación Universitaria, en agitadas y bulliciosas asambleas, en las que hicieron sus primeras armas oratorias algunos futuros legisladores. Allí se fue gestando la Reforma Universitaria, movimiento de dilatada proyección y del cual todavía no es fácil hablar con la necesaria neutralidad. Por lo demás, no es tema para este sitio. Puede, sin embargo, afirmarse, como de camino, que a partir del grito de Córdoba, la tónica espiritual del estudiantado cambió radicalmente. Sintióse un poco dueño de casa y dejó de mirar con indiferencia el manejo y marcha de su Facultad. Ya no era un ente pasivo. Ahora gravitaba en esa marcha, pues, como primera providencia, se erigió en juez de sus profesores. Muchos tuvieron que irse y otros que jamás hubieran llegado con el antiguo régimen, llenaron los claros. La Universidad se democratizó.

Mediante el sistema de los concursos, pudieron subir a la cátedra valores nuevos, surgidos de todas las clases sociales. Una oligarquía —en la cual, ¿por qué negarlo, no ecaseaban las gentes de talento y refinadas por los viajes y el estudio— gobernaba no sólo la Universidad sino el país. Era la crema de una sedicente aristocracia de latifundistas enriquecidos por la valorización de la tierra. La ley Sáenz Peña en el orden nacional y la Reforma Universitaria en el más ceñido de la alta cultura, hicieron más poroso el tejido social y permitieron el acceso a los puestos de responsabilidad a hombres de acerada voluntad y clara inteligencia, emergidos de la clase media y aun del proletariado.

La Reforma universitaria remozó el plantel de profesores. En nuestra Facultad empezaron a tallar los hijos, los primeros egresados (el capital comenzaba a dar intereses): Coriolano Alberini, Emilio Ravignani, Alfonso Corti, Alfredo Franceschi, Lidia Peradotto, B. Ventura Pessolano, Jorge Cabral, Jacinto J. Cuccaro, Leopoldo Castiella, Horacio Rivarola, León Dujovne, Jorge H. Rohde, Alberto Freixas, Juan C. Probst, Luis J. Guerrero, el autor de estas líneas. . . (Escribo de memoria: es posible alguna omisión involuntaria). Omito a los "nie-

tos", pues es historia contemporánea.

Poco a poco, se fueron incorporando profesores formados en otros institutos: Juan P. Ramos, Francisco Romero, Rafael Alberto Arrieta, José A. Oría, José León Pagano, Ricardo Caillet-Bois, Sansón Ras-covsky, José M. Monner Sans, Juan Mantovani, Fernando Márquez Miranda...

De este conjunto de egresados e incorporados, algunos fallecieron, otros se jubilaron a tiempo, y un buen número debió alejarse ante la presión de fuerzas oscuras. Se fueron, después de una vida consagrada a la enseñanza, rodeados de indiferencia e ingratitud. Los mejores discípulos de Amado Alonso: María Rosa Lida, Raimundo Lida, Angel Rosenblat, Enrique Anderson Imbert, se refugiaron en universidades extranjeras, donde prosiguen la labor ejemplar de su maestro.

La Reforma trajo —¿para qué ocultarlo?— desbordes en la masa juvenil. Era la ebriedad del triunfo. Se relajó a menudo el sentido de la jerarquía. Proliferó el estudiante político, el estudiante que vivía ardorosamente y gozosamente las luchas electorales. Aparecieron líderes, caudillos, tribunos. Aparecieron "partidos" y campañas, como las de la política grande, con asambleas ruidosas, programas de acción, manifiestos, mensajes, discursos inflamados, volantes, panfletos, literatura pasional. Se acortaron las distancias entre profesor y alumno, a la manera europea. El profesor olímpico era ya un anacronismo, pero surgió el profesor "muchachista" y el decano demagogo; el profesor político que canalizaba en beneficio propio la sinceridad, el entusiasmo y la buena fe de la masa juvenil.

El nuevo estudiante quería conocer de cerca los resortes internos de su Facultad, que su antecesor mirara, despreocupado, desde afuera. Si convertido en Delegado estudiantil, daba forma a su inquietud, a su urgencia de innovaciones, con una lluvia de proyectos, muchos de los cuales acusaban natural inexperiencia: no eran viables y morían en las carpetas de las Comisiones. Otros se transformaban en útiles Ordenanzas. Hubo de todo en los Delegados: desplantes, demasías, excesos verbales, oposición sistemática y también sana fiscalización y colaboración eficaz.

La agitación estudiantil se agudizó y desbordó de su plano específico a raíz de la última guerra. Con los regímenes totalitarios creció en todas partes la cizaña de la intolerancia y el fanatismo. Y como resultado, la grey estudiantil se fué impregnando de ideologías políticas

y sociales y, dividida en bandos, vivió intensamente las pasiones de su tiempo.

No todos los estudiantes eran políticos. Naturalmente, no faltaban los neutrales, los apolíticos, los indiferentes, sea por razones temperamentales, sea por comodidad. Y hubo otro ejemplar: el estudiante para quien la política era simplemente un deporte, una experiencia, un pretexto para discutir y a veces para lucirse. Felizmente, en contados fué logrería o válvula de enconos personales.

En nuestra Facultad, transcurridas las dos primeras décadas, que fueron de arraigo lento, pero continuado, la población estudiantil empezó a aumentar en forma inesperada. En mucha parte esa afluencia se explicaba por el carácter profesional que fué adquiriendo la carrera. La Facultad dejó de ser una peña, un refugio de selenitas, de individuos tocados por "el mal metafísico". Se acabaron los estudiantes peripatéticos. Los nuevos no iban a platicar sobre doctrinas, autores y libros; ni se eternizaban en la casa por rutina. Iban a aprobar materias, el mayor número posible en cada fecha de exámenes, a fin de terminar pronto y obtener un título que valía, presuntivamente, para ganarse la vida. Ya no se preguntaba: ¿para qué sirve eso? Ahora ya se sabía: se estudiaban lenguas clásicas, filosofía, literatura, pedagogía, para ganarse la vida. Para ganarla enseñando todo eso. Como consecuencia, cambió la fisonomía espiritual del alumnado. Ralearon los estudiantes de vocación, los desinteresados, y colmaron las aulas los que acudían en procura de un título profesional. Ralearon, pero no desaparecieron. Todos los años se presentaban tesis reveladoras de esa vocación, vocación disciplinada, verdaderos aportes a la cultura nacional. Se aclaraba un mal entendido: la misión de la Facultad no estribaba en fabricar filósofos, ni escritores, ni historiadores, sino en formar docentes capaces. Salamanca no fabrica esos productos. La historia de nuestra incipiente cultura es el mejor ejemplo: fueron autodidactas, o poco menos, las mejores plumas y las mejores cabezas, desde Sarmiento y Mitre hasta Lugones y Ameghino. Pero Salamanca *puede ayudar*, abreviando el aprendizaje o tirocinio, disciplinando el estudio, sistematizando los conocimientos.

Muchos ingresaban todavía desorientados. Se inscribían en nuestra casa como lo hubieran podido hacer en cualquiera otra. Y poco a poco el ambiente los conquistaba. Iban tomándole afición a las disciplinas que en ella se cultivaban. La vida, ahora, adquiría para ellos perspectivas antes insospechadas: se había afinado el intelecto merced a la especulación filosófica; se había ensanchado el orbe al contacto

con la historia; se había enriquecido la sensibilidad en el roce y comercio con las letras y el arte.

Existía otro espécimen de estudiante: el que cursaba la carrera sin pena ni gloria. Asistía a las clases en los días nublados, cuando no tenía programa mejor. No leía un libro en todo el año. Al acercarse los exámenes, compraba, o pedía prestados, algunos apuntes, los nefastos apuntes. Los leía de prisa, malhumorado, porque había lagunas que no podía llenar, o incongruencias que no podía aclarar. Sin tiempo de digerirlos, pegaba los apuntes en la memoria. Y con ese pobre bagaje se sentaba ante la mesa examinadora, aplomado, sonriente, optimista, y los repetía con énfasis teatral. Era el clásico lancero. Los examinadores, hartos de oír lo mismo, el mismo introito, los mismos ejemplos, los mismos errores, se consultaban:

—¿Qué hacemos con éste?

Buenos Aires crecía y se transformaba de manera vertiginosa. La piqueta no descansaba. Año tras año cambiaba de piel. Y no era menor su avance en la esfera de la cultura. La juventud que estudiaba, ya entonces formaba legión. No había casa sin estudiantes. Facultades, colegios oficiales, institutos particulares, academias profesionales, no daban abasto. Nadie que quería se quedaba sin aprender. Todo resultaba chico. Por todas partes, en todos los barrios —espectáculo gratuito— ya ponían su nota cándida y fresca los guardapolvos escolares. Ahora las niñas no se conformaban con el título de maestras: querían ir más allá. Ahora alegraban con su juvenil presencia los claustros universitarios.

No toda la ciudad era turfista y futbolista. Vastos sectores sentían inquietudes que antes eran patrimonio de una minoría: se llenaban las salas de conciertos, se multiplicaban las galerías de pinturas, se pagaban altos precios por oír versos. Todos los días se pronunciaban conferencias en toda suerte de tribunas, sobre los temas más disimiles, frente a nutridos auditorios. Buenos Aires se convirtió en la capital del cine hablado en español y en el centro editorial más poderoso de habla castellana, hegemonía que ha perdido. Estábamos lejos de la Gran Aldea y lejos de esa Buenos Aires indiferente y utilitaria que vió nacer a nuestra Facultad, y a cuyos mercaderes arrojaba Rubén Darío sus margaritas.

En esta marea ascendente, la Facultad ha tenido su parte y no pequeña. La tuvo por la acción de los millares de jóvenes que han pasado por sus aulas y salido a sembrar cultura. La tuvo por la tras-

endencia de su cátedra máxima, jerarquizada, como he dicho, por los huéspedes más eminentes venidos de todas partes del mundo, y por lo más granado de la intelectualidad argentina. Y la tuvo, finalmente, por la obra de investigación y las publicaciones de sus Institutos.

Nada tan útil como el estudio inútil. Porque el estudio inútil —es decir, no técnico, no profesional— libera al hombre de la excesiva preocupación por el aspecto material de la vida. Sembrar la tierra, plantar árboles, levantar edificios, industrializar las materias primas, mercar: todo eso está bien, siempre que no quede en eso, porque lo primero es no descuidar el huerto interior, el perfeccionamiento espiritual de sí mismo. Lo demás viene por añadidura. Lo inútil aparente es lo que más dignifica la vida: los lirios del campo, como en la parábola de Jesús, el trino de los pájaros, la meditación ociosa del filósofo, el sueño vagabundo del poeta, la obra de arte.

Por eso, provincias de ingentes industrias y sólido comercio, han sentido la necesidad de las cosas inútiles y han fundado Facultades de Filosofía y Letras, en las cuales el hijo del comerciante y del industrial toman contacto con los hombres que consumieron su vida reconstruyendo el pasado, con los grandes espectadores del teatro del mundo, con los arquitectos de sistemas filosóficos, con los malabaristas de conceptos y, finalmente, con los poetas, con los cultores de la gaya ciencia: con los épicos que levantaron catedrales de palabras y con los líricos que trasmutaron en belleza su dolor de vivir.

Los recuerdos actuales

No me siento tan viejo como para dedicarme ya a escribir "mis memorias", supuesto que pudieran interesar a alguien más que a su redactor. Pero el recuerdo suele ser a veces ocasión para reflexiones cargadas de sentido actual. Y evoco entonces mis días de estudiante, allá por el 1930 lejano, que entonces nos parecía una anécdota y hoy vemos como el prólogo de los males que abruma al país.

Es posible que hayamos dicho algunas tonterías en aquellas asambleas estudiantiles, tan bulliciosas. (Evoco ahora ese recinto de libres discusiones que era el salón de actos de la Facultad, o el aula de la cátedra de psicología experimental, escenario habitual de nuestros debates, e imagino cómo habrían de mirarlos los estudiantes de hoy, impedidos de cualquier confrontación democrática a limpia voz y cara descubierta. Evoco esos días en que nos permitíamos expulsar de una asamblea al "consejero estudiantil" Coriolano Alberini, *deus ex machina* de la burocracia docente instalada en la Facultad de Filosofía y Letras. Aquellos eran pésimos tiempos de vida universitaria; ahora es la anulación misma de la vida universitaria). Es posible, insisto, que hayamos dicho algunas injusticias en aquellas asambleas donde Oscar Cortés Conde, tan tempranamente muerto, solía imponer su serena presencia. Nosotros, los jóvenes alumnos de primer año que fundamos el Partido Reformista Izquierda porque nos parecía poco elocvente la gestión del reformismo tradicional (muy sosegado en nuestra Facultad, ciertamente; acaso el más sosegado de todos), incorporamos un factor de inquietud en tales asambleas, hasta entonces serenas y académicas, limitadas en todo caso a la contienda electoral por la dirección del centro de estudiantes. Erwin Rubens me recordaba hace algunos días,

muy amablemente, el tono de nuestras peleas de entonces. "Nuestras peleas" derivaban del hecho de habérsenos ocurrido introducir el tema social en la Facultad: bajar de las abstracciones hasta las materialidades concretas de la existencia cotidiana. Aspirábamos a que la filosofía se manifestara en normas de vida dando decididamente la cara a la realidad angustiada del país. Y en esto ni siquiera éramos demasiado atrevidos puesto que hasta Ortega y Gasset, nada sospechoso de extremismos, reclamaba igualmente una implantación enérgica de la universidad en la actualidad como ejercicio de su "misión"... Sí, no dudo que dijéramos algunas injusticias. ¡Ay de los jóvenes que no las dicen y prefieren condenarse a la temprana resignación para no cometerlas! Pero en ese año de 1930 nos preocupaba sobremanera rescatar las esencias civiles de la vida argentina frente al mito de la conspiración venturosa que cada tanto retorna como los espectros ibsenianos.

1930 es fecha que conviene recordar en estos tiempos de sonoras frases y reiteradas amnesias. También por aquellos días la inquietud cívica sobrepasaba los demás problemas de la conciencia y buscaba a la Universidad como propicia caja de resonancia. Y la Universidad — lo escribió Palacios en una de sus resoluciones como decano de la Facultad de Derecho— no podía circunscribirse, "en la actualidad, y sobre todo en nuestro país", a transmitir simples conocimientos (1).

Había una desazón en el país. Pero ¿únicamente en el país? Nos habíamos empeñado reiteradamente en creernos europeos, en sentirnos fuera de América, sin advertir que estábamos enclavados terceramente en el destino común de los pueblos de América. Padecíamos, como todos ellos, de la misma irregularidad en el desarrollo general, de la misma dependencia frente a los consorcios imperialistas que desde lejos dictaban la política y sostenían a las oligarquías terratenientes. Y nos creíamos "europeos" porque la piel blanca predominaba en las calles porteñas o porque nos mostrábamos atentos a los catálogos de las librerías de París. Pero la República estaba ciertamente inquieta. Los estudiantes recibían los ramalazos de esa inquietud y entre el recitado de la metafísica neokantiana solían mezclarse los ecos de la calle para desarticular la antigua tranquilidad del claustro. ¿Fenómeno argentino? Todo el año 30 nos agitó la batalla contra Hipólito Yrigoyen, hecha en nombre de la democracia y la dignidad universitaria. Pero ese año 30, señalado por conmociones análogas en otras zonas de Amé-

(1) Véase ALFREDO L. PALACIOS: *En defensa de las instituciones libres*, ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936. Pág. 18.

rica y envuelto en penetrantes vaharadas de petróleo, coincidía con el impacto de la crisis mundial sobre la economía argentina. Hecho grave, muy grave, porque la crisis cíclica del capitalismo se instalaba sobre la estructura anacrónica del país: crisis de coyuntura sumada a crisis de estructura. Un profesor universitario y político de relieve hizo azoradas reflexiones a propósito de las huelgas y agitaciones populares consiguiente (2). Era una faz del problema, la manifiesta insuficiencia democrática de un sistema de representación política que no había alcanzado a ser eficiente porque no había realizado en los hechos la revolución democrática. La intacta estructura anacrónica estaba preparando el regreso de las sombras oligárquicas: terratenientes descontentos por la caída de las exportaciones, empresas petrolíferas amenazadas por el monopolio estatal. Eso apenas si por entonces lo veíamos los estudiantes. Ahora lo estamos viendo mejor; ahora comprendemos que no habrá democracia (verdadera, no simplemente declamada) en la Universidad, y mucho menos en el país, mientras los privilegios económicos de la oligarquía latifundista —la antigua y la nueva: cuestión de hechos y no de nombres propios constituyan el fundamento de su predominio político.

El país estaba inquieto porque advertía que la crisis desajustaba los mecanismos democráticos. Y entonces vimos que algunos antiguos abogados de empresas extranjeras, desplazados del poder, aparecían de pronto como campeones de la democracia en el aura clandestina del motín venturoso. Fueron muchos los estudiantes que de buena fe creyeron en el mito, mientras nacía lo que podemos llamar la teoría del convidado de piedra.

En aquellos días recogimos algunos agravios. ¿Cómo no recibirlos si éramos las ovejas negras en la casi unanimidad universitaria? Nosotros no éramos irigoyenistas. Más aun: arrastrados acaso por cierta jactancia juvenil, juzgábamos con exceso desprovisto de sentido histórico la función social de Hipólito Yrigoyen. Pero nos negábamos, eso sí, a creer en las excelencias del golpe de estado y preveníamos sobre sus funestas consecuencias para el desarrollo de la democracia argenti-

(2) A fines de agosto de 1930, hablando para un periodista uruguayo, el senador Diego Luis Molinari denunciaba los firmantes del manifiesto de la oposición anti-irigoyenista como abogados de las empresas petrolíferas yanquis, y agregaba: "Estamos amenazados por una revolución de las más extremas izquierdas, y los opositores, al atacarnos, no se dan cuenta que tratan de destruir el dique que contiene el agua..." Esa es la verdad, y mientras nosotros aguantemos todo irá bien. Más si abandonáramos el terreno, pronto se verían devorados ellos mismos". No puede pedirse claridad mayor.

na en su conjunto y para el interés de las masas populares en particular. Nuestra voz desentonaba en el coro de entusiasmos estudiantiles (3). Y aunque poco después llegara el desencanto, aunque poco después el gobierno provisional mostrara a las universidades como reducto de la anarquía, aunque poco más tarde comenzaran los destierros, las prisiones, las torturas y las clandestinidades, aunque luego los estudiantes reaccionaran con la dignidad civil que la historia reciente les reconoce, ¿era necesario, sin embargo, haberse prestado a ser coro propicio para la ruptura de una legalidad republicana cuyas consecuencias estamos padeciendo todavía?

* * *

Fué ese el tema de muchas discusiones en aquellos días. Recuerdo que las asambleas estudiantiles introducían un lenguaje nuevo en la Facultad de Filosofía y Letras. Para muchos pareció aclararse entonces —después del alto precio del desencanto— la cuota de responsabilidad que nos correspondía en el destino de la República; algo así como la iluminación, en nuevas condiciones históricas, de aquella “función social del estudiante” que la Reforma anunciara, entre trémolos románticos, en 1918. Muchos alcanzaron a ver que la conspiración venturosa no resolvía los problemas esenciales de la transformación estructural de la República. Y empezaron a sentir la presencia del pueblo, no siempre debidamente computado como agente de la realización histórica de la nación. La teoría del convidado de piedra (inconfesada, naturalmente, aunque practicada con rigor) iba desbaratándose también en esos días, sacudida por la rudeza de los hechos circundantes. No se trataba, ni entonces ni ahora, de ser obtusamente antimilitaristas; pero nos resistíamos a admitir que el pueblo, como organización civil de la República, y nosotros mismos, como parte del pueblo, careciéramos de función real y debiéramos resignarnos a esperar, como “convidados de piedra”, que actuaran y decidieran solamente quienes disponen de la fuerza armada.

Cuando a mediados de 1931 se constituyó la Agrupación de Partidos Reformistas de Izquierda, aquellas enunciaciones, lanzadas con mucho despilfarro metafórico, querían aludir sobre todo a la necesidad

(3) Es útil recordar que el Centro Estudiantes de Derecho creyó necesario dejar pública constancia de que en ningún momento se solidarizó con la actitud del doctor Palacios, que en su condición de decano de la Facultad de Derecho había resuelto no reconocer “una Junta de Gobierno impuesta por el ejército y cuya misión el pueblo creyó que consistiría sólo en la entrega del gobierno a las autoridades constitucionales”. Véase PALACIOS: loc. cit., págs. 19 y sigs.

de acabar con la Universidad prescindente. Deodoro Roca iba a decirlo con frase muy aguda: "El puro universitario es una monstruosidad"... Frente a tamaña monstruosidad se cuadró resueltamente el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios (1932): la sustancia de sus discusiones fué una apasionada búsqueda de lo más entrañable del país. Se alcanzaba a ver, en efecto, que los males de la Universidad no eran inseparables de los males de la sociedad argentina en su conjunto. Pero hay todavía una admisión del destino autónomo de la Universidad, que es por momentos como el retorno, también registrado de tanto en cuanto, de las ilusiones sobre la función hegemónica de las élites estudiantiles en el proceso renovador de nuestra América. La ilusión se radica, por momentos, en párrafos como éste: "no entiende la Universidad como el organismo del estado para la formación de las clases dirigentes y la cristalización de las verdades normales de la época, sino como un organismo de los estudiosos para transmitir sus conocimiento a todo el pueblo y el laboratorio donde se analicen las ideas científicas, filosóficas, artísticas y sociológicas, con el propósito de dar una cultura en función social para una actuación consciente en las diversas manifestaciones del vivir individual y colectivo". O como este otro: "La misión de la Universidad es... social en cuanto aquella enseñanza se orienta a incidir sobre la marcha y el perfeccionamiento íntimo y formal de la sociedad en que la Universidad actúa" (4). No me parece, sin embargo, que resultara suficientemente subrayado uno de los rasgos típicos de la crisis universitaria. En términos generales podríamos decir que esa crisis derivaba esencialmente del hecho que la Universidad no aparecía como centro unificador de una cultura nacional auténtica. La crisis de la estructura nacional, en definitiva; una crisis que se volvía melancólicamente contra las eficiencias de la cultura. Y la Universidad también entraba —decididamente— en el cono de sombra.

* * *

Digo que muchas de las discusiones en el sótano famoso de nuestra Facultad eran provocadas por la determinación de esa función social del estudiante. ¿Podía seguir alimentando la ilusión de que por un mero acto de cultura le sería dado realizar el proceso real de la emancipación argentina? Nosotros afirmábamos reiteradamente que los estudiantes no constituían una masa social independiente ni homogénea, pero que en las particulares condiciones argentinas podían ser

(4) Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios: **Documentación**, Buenos Aires, 1932. Págs. 21 y 22.

eficiente factor de transformaciones si se incorporaban a un gran movimiento de unidad popular democrática. Siempre dijimos que el mito del motín venturoso (puesta aparte la buena intención de muchos que confiaban en él generosamente) era esencialmente antidemocrático porque dejaba de lado la gestión y la voluntad del pueblo; siempre dijimos, también, que esa postergación del pueblo favorecía ostensiblemente la preeminencia de factores extranacionales, manejados por los monopolios imperialistas que palpitan en la oscura raíz de los motines americanos. Pero los estudiantes ya empezaban a redimirse de la peligrosa ilusión del mito, y pudimos verlos, en esos años en que la más oscura torpeza reaccionaria se apoderaba de la Universidad y asomaba el paso de las "legiones" por las calles de Buenos Aires, convertidos en elementos decisivos de un proceso de acción común entre las fuerzas políticas y gremiales de la democracia argentina. No importa que el proceso no haya llegado a su término, o acaso importe mostrarlo como una experiencia de lo que no fué, o como una certidumbre de que muchos males pudieron evitarse al país si aquella acción común se hubiera manifestado organizadamente. Pero lo que realmente importa señalar es la circunstancia de que la idea del motín venturoso (de aquél que debía traernos la democracia y nos hundió, por el contrario, en el gobierno militar y en la desvergüenza oligárquica del fraude) resultaba reemplazada ahora por la idea más fecunda de la acción civil de pueblo. (5) Acaso nosotros, actores muy directos del episodio, no advertíamos cabalmente que estábamos viviendo el inicio de la gran crisis argentina. El manifiesto del gobierno provisional quería hundir a la Universidad en el profesionalismo sin resonancias culturales, pero también pretendía cerrarla a cal y canto para que no pudiera penetrar el sople de las nuevas filosofías: (6) era el orden feud-

(5) Un ejemplo de esta certeza puede verse en la declaración de la primera convención de estudiantes platenses (12 al 19 de septiembre de 1936): "...proclama la necesidad de reforzar los organismos gremiales del estudiantado, popularizar y encauzar el movimiento que ha iniciado esta Convención en el sentido de la lucha y establecer una sólida unión con todos aquellos sectores organizados de la población que estén dedicados, en el terreno de los hechos, a luchar por reivindicaciones comunes." Esas "líneas de lucha" comprenden, entre otros problemas, el acercamiento de la Universidad al pueblo, la defensa de las libertades democráticas expresas e implícitas, la oposición decidida a la guerra, el apoyo a las reivindicaciones obreras, la lucha "contra el imperialismo económico que amenaza agotar nuestra capacidad productiva y apropiarse de las mejores fuentes de riqueza, coartando el libre desenvolvimiento de las instituciones políticas", y "contra los sistemas de coerción y violencia que ahogan las libertades en nombre de pretendidos dogmas providenciales..." (Véase: **Tercer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios**, Córdoba, 1942. Págs. 17-18).

(6) El 27 de septiembre de 1934 el consejo directivo de la Facultad de Derecho (decano: Clodomiro Zavalla) separaba de su cátedra, sin oírlo

dal que resucitaba, el anuncio de esta Universidad de ahora rebajada en su técnica, tan humillada en su pensamiento que reivindicar esa libertad esencial aparece como el presupuesto casi único de su reconstitución.

* * *

Evoco mis lejanos días de estudiante. Y veo que sobreviven los mitos que ya creíamos muertos, y que otra vez la teoría del convidado de piedra forcejea por instalarse entre las brumas del zarandeado golpe de estado. ¿Y nuestras experiencias, nuestros errores? ¿O es que ya no vale escarmentar en cabeza ajena? Evoco los apasionados diálogos lejanos y su continuidad irremediada en el tiempo argentino. No imaginábamos entonces que esos apasionados diálogos se prolongarían sobre un cuarto de siglo que encierra, ¡ay!, lo mejor de nuestras vidas. Sería triste que no aprendiéramos la lección. Porque, o superamos con el pueblo —activo, no “convidado de piedra”— la crisis argentina, o nos veremos sumidos —¿de aquí a otro cuarto de siglo?— en lamentaciones por lo que no hicimos.

ni permitirle defenderse, al profesor José Peco por “aparecer compartiendo públicamente la tribuna con representantes de organizaciones internacionales que persiguen el aniquilamiento del orden social y la destrucción de las instituciones”. Poco, como se ve, ha cambiado el léxico y los procedimientos... Véase JOSE PECO: *¿Defensa o acusación?*, Buenos Aires, 1935. Págs. 29 y sigtes.

Solamente los huesos

(Fragmento)

La derrota era lo único evidente en 1946. Primero fué un repentino deslumbramiento que nos sacudió a todos desbaratando toda nuestra eficacia, y todo el valor y el descaro que habíamos desplegado durante meses se diluyó de pronto. (Yo salí a la calle. Anduve dando vueltas entre grupos de hombres que comentaban todo eso. Pablo me esperaba: “—¿Listos?” “—Sí, liquidados”). De un día para otro nos encontramos desamparados de la vigencia de los discursos estupendos, de esa agresividad, de nuestra insolente libertad, de toda aquella violenta tensión del verano del 45. Era una brusca mutilación cuando más seguros estábamos del triunfo, de eso que habíamos apretado con una certeza desdeñosa. (Ese domingo fué un gran paréntesis silencioso colmado por filas de hombres hoscos que cargaban una insuperable complicidad. Parecían reconcentrados y titubeantes de respeto ante sí mismos y se arracimaban para comprobar su fuerza monstruosa, compartida cuando regresaban apurando el paso: estaban con nosotros y nos transferían su fuerza informe: habían deslizado la mano en algo clandestino para decidir la suerte de todos. Yo los señalaba: “—Ese es nuestro; ese también. . . ¿ese? No sé.” Y me apostaba en contra. Presentía que todos esos resolvían mi suerte. Yo estaba en sus manos y sin embargo algunos eran unos dioses mugrientos). Algo estentóreo también: nos bamboleábamos con el aturdimiento. Ibamos a hacer esto, estábamos seguros que nuestros dedos oprimían algo, íbamos a hacer lo otro, qué duda cabía, teníamos la implacable seguridad de que cada cosa se llamaba por el nombre que le habíamos acordado —nos habían asegurado que las cosas eran tal cual,

como los viejos lo enseñaban— y sólo faltaba que chasqueáramos los dedos —así, y listo— para que el mundo se pusiera en movimiento. Pero, no. No. Habíamos apostado a la libertad y a la mayoría, contábamos con ellas y se volvían contra nosotros. Era increíble: nos sentíamos traicionados hasta por nuestros principios. Esas cosas no tenían el rostro que les habíamos asignado. Les habíamos acordado un rostro sereno, majestuoso. Y no: eran Furias gritonas de sobacos hediondos pero de manos exactas. Toda nuestra sabiduría resultaba escolar, un lamentable catecismo de argamasa. Nubes, dioses, victorias de yeso pintarrajeado. (“—Pero en Buenos Aires tenemos que ganar” “—No; ni en Buenos Aires ni aquí ni en ningún lado. En ninguna parte”). De pronto nada respondió a nuestro llamado. No había eco donde según las reglas, tenía que haberlo y existía una multitud donde nuestra sabiduría marcaba un desierto. Todo permanecía impasiblemente aletargado aunque nos empecináramos en repetir y repetir eso que nos habían asegurado —sí, señor— que tenía que provocar los estupendos resultados. Y la burlona sordera de algunos nos escarnecía: parecía divertirlos que hubiéramos sido imbéciles y derrotados. (“La libertad de pensar, de reunirse, de expresar las propias ideas”, dije en un discurso en el teatro Marconi. Eran los obreros del vestido. Después cité a Estrada: “—Con las astillas de nuestras cátedras...” Me dolía el vientre y pensaba en llegar a casa para tirarme bajo la ducha caliente. “—Es necesario que nos pongamos codo contra codo para defender nuestras ideas. La democracia...”. Uno de los dirigentes sindicales que estaba en el escenario se hurgaba las uñas como desesperado, sentía frenesí por dejárselas bien blancas. No se me ocurrió pensar que yo parecía un cerdo pretendiendo poseer la verdad y el camino de salvación. “—Es necesario superar todo esto, lo que viene de abajo, lo que no es nada” —continué— “Hay que trascender lo inmediato, hay que saltar, y acordarse de lo más alto...” Al terminar se me acercó uno que había estado recostado contra las bambalinas. Yo lo miré con agresividad. ¿Qué quería ese? Desplazaba ese aire de aburrida superioridad de los pesquisas: “—Estuvo bien” —me dijo. Tenía una mano ancha y me conmovió que me palmeara. “—Estuvo bien” —repitió— “Pero no hay que hablar tanto de los principios, pibe. A estos guachos, yo los conozco, soy del oficio. Y la semana que viene les cae el aguinaldo”). Todo el aprendizaje había sido inútil y ahí delante estaba la Gran Eficacia. Una sola palabra y nada más.

Un nombre repetido y repetido hasta el agotamiento era lo único que conglomeraba y movía y hacía saltar y llorar y putear. Eso.

Y nada más. Todo nuestro frente se llenaba de eso y nos anegaba impasiblemente. Y ya —también— empezaba a fascinarnos. Habíamos llenado la calle pero los otros siempre eran más; habíamos gritado pero los de enfrente habían tapado nuestro ruido. Era tremendo: la realidad que suponíamos dominar nos rebalsaba. Siempre ellos más: más fuertes, más numerosos, y brotaban y seguían brotando por todas partes y eran más eficaces y más diestros. Las cifras: 304 mil, 450 mil 133 mil, 195 mil... —Hay que esperar”, nos decían. —“El que ríe último ríe mejor”. Pero esa absurda burbuja seguía creciendo. 85 mil, 61 mil... Y permanecíamos frente a las pizarras de los diarios hasta el anochecer, adelgazados de angustia, mientras sentíamos que a nuestro alrededor otros discutían o se frotaban las manos o se levantaban el cuello y se iban con los ojos brillantes. Nosotros los mirábamos para comprender o para provocarlos. ¿Quiénes eran esos? ¿De qué se felicitaban esos roñosos? 58 mil, 34 mil. Algún viejo me susurraba: —Nos queda tal distrito. Allí ganamos nosotros. Siempre ganamos nosotros. Seguro”. Pero nada se llamaba con el nombre que ellos usaban. Nada se podía apretar entre los dedos y decir “vaso, vaso”. No, no. Las palabras ya no servían para nada. “Vaso, vaso”. ¡No! Cualquier otra cosa. Y no había nada seguro ni se ganó nada. —Seguro, pibe”. Nada, nada, ni esa sabiduría de los que se creían diestros porque tenían la certeza de que todo se repite, que todo el juego daba vueltas hasta detenerse siempre en el mismo lugar. Los mejores falsarios —incluso— de los que podíamos haber echado mano, los conservadores, habían sido excluidos por su infamia reciente, tan recordada. Pero esa misma infamia hubiera sido la única eficaz por sus recursos más o menos nuevos frente a la Nueva Infamia. Pero si hasta nuestras trampas eran inocuas. —Seguro, pibe. Te lo digo yo. Siempre fue así”. La historia tenía que repetirse, el mundo giraba para el mismo lado. Dios era Dios y los hombres hombres y no laureles. Ellos, los que nos habían enseñado, pretendían saber lo que se traían entre manos. Poseían la impasible sabiduría de los viejos. —Lo de siempre, pibe”. 28 mil, 29 mil, 34 mil. —“El que ríe último ríe mejor, pibe.” Pero nadie se rió ni se movió. Nada. Ni nadie parpadeó ni dijo nada porque no había nada que agregar: estábamos derrotados —inmovilizados, eso quiere decir derrotados— y no quedaba nada más que contemplar ese Sol estupendo e inmundado que crecía sobre un universo manso. 37 mil, 19 mil... Y eso seguía, más y más, hasta el tope, todos. E inmovilizados sin límites, porque la derrota no tenía fronteras y estábamos condenados a conservarnos y sobrevivir ahí dentro. —No por mucho madrugar, pibe. Dejálos que se cansen,

pibe". Nada, deslumbrados. Eso. Nos habían asegurado que era "no" y resultaba "sí". Que todo era lo contrario y que la sabiduría de lo que se tenía que dar por las reglas y los precedentes y lo que se había visto en otra parte y lo que se había catalogado y lo justo y lo noble y los principios y la mierda y la mugre no se daban. No. Nosotros éramos "no". Una lamentable jeta que nos veíamos obligados a adoptar, que nos imponían: habíamos amontonado cosas y cosas y no existía montón; nuestras manos no se prolongaban en actos ni en puñetazos ni en nada. Y mucho menos nuestras palabras: nadie nos había entendido, o nos habían mirado con extrañeza o con asco metiéndonos debajo de la nariz las puntas de los dedos unidas: "—¿Qué, pibe? ¿Para qué decís eso, et No te entiendo, pibe. No te rompás." — las puntas de los dedos de todos los que habían entendido de qué se trataba y habían apretado el mundo y ahora era de ellos. "—Miráme a mí. Hacé como yo, pibe". De ese momento en adelante empezaba otro aprendizaje y cualquiera era capaz de enseñarnos su destreza. La súbita sabiduría de nuestros adversarios resultó implacable en su constancia. "—Hay que hacer así y no así. Esto y no lo otro. Esta es la manera de ganar. Se gana así. Como hice yo. Los dedos así. Así hay que poner los dedos para ganar". Y habían ganado. Y todo.

Después de ese inerte deslumbramiento sentimos que la indignación se nos caía encima como una sopa verde, intolerable. Sobre las rodillas, para irritarnos, y encima de las manos. Había que encontrar al culpable de todo lo que había acontecido. Los de enfrente no podían ser porque nos habían ganado con nuestro propio idioma. Eran macizos: sus nuevas trampas no cabían dentro de las viejas sanciones. Habían improvisado pecados inéditos. Nosotros mismos los habíamos tornado inviolables al asegurar que ciertos requisitos estaban consagrados y que bastaba poseerlos. Y ellos eran ahora los dueños, precisamente de eso. Entre nosotros estaba el origen de nuestra culpa. La derrota provocó una cabalgata de despanzurramientos. ("—Eso fue por aceptar a los comunistas". "—Pero si ellos se metieron." "—¿Que se metieron? Si fue para no aceptar a los conservadores." "—¡Ustedes, ustedes fueron!") Era el frenesí de las inculpaciones mutuas. Había que dar con el responsable: cualquier chivo emisario lamentable e indefenso para encajarle hasta los bofes nuestro desconcierto, la rabia del triunfo ajeno, toda nuestra impotencia y nuestra imbecilidad. Tenía que haber un culpable de que el Gran Triunfador creciera y alcanzara todo. ¿Quién sería? Alguno que se aguantara todo sin poder defenderse porque había sido destinado al sacrificio. Algún viejo. Todos los viejos, naturalmente, pensamos nosotros. Ellos, que no habían

advertido a tiempo que sus esquemas no servían para nada, que su vocabulario no encajaba con ninguna de las cosas que se movían alrededor de nosotros. Que estaban rezagados del mundo. Ellos, que habían hablado y comentado sus libros, sus antiguos trofeos, su fuerza contenida, el equilibrio clásico y las normas, todas las vejaciones que les adornaban el alma y que se habían saludado sus recíprocas dignidades, sus títulos, de Haití o de Calatayud y su táctica: “—Porque si esto va por aquí, lo contrario necesariamente tiene que venir por este lado”. “—Una cantidad dada más otra cantidad tiene que dar una cantidad mayor”. ¡No! Las reacciones necesarias y el principio del tercero excluido y los tomos abultados de Marx y el paralelogramo de fuerzas y Pareto y Spengler y la Virgencita de Luján. Y de vez en cuando una escapadita hasta los estantes de las grandes bibliotecas para ratificar su propia alma. Pero, no. En realidad, ya no creían en el triunfo, no creyeron nunca. Querían sacrificarse como dignos, altivos vencidos. Hasta habían perdido eso que hace creer a los demás que se es invulnerable. Eran impotentes para hacer creer que poseían algún secreto, algo que habían recibido a solas. Eran demasiado chiquitos para tirárselas de dioses. No. Ellos se esforzaron en exhibir su debilidad, su desamparo. Eran incapaces de hacer creer que desdébaban el botín. No; para ellos no había triunfo, sino botín. No eran unos ambiciosos, nada más que codiciosos, modestos angurrientos, imposibilitados para provocar en los que los seguían esa sumisión que tienen los que envidian. Ellos sí que eran incapaces de improvisarse la vida, sólo conocían un catecismo de ceremonia, de rictus más o menos prestigiados. No digo la infamia de todos, pero sí la infamia de los que habían sido los jefes hasta el 43. Y todo lo que se hiciera en contra de la estupidez de esos años, resultaba el Gran Triunfo. Eso era evidente, lo teníamos ahí delante y se nos imponía. Pero también estaba esa melancólica inoperancia de los que se habían conservado puros: la lamentable arrogancia de tipos caducos que adoraban el decoro de su propia invalidez. Y nosotros no pudimos menos de señalarlos, de acusarlos y condenarlos. No nos era posible ser piosos si pretendíamos salvarnos. Era imprescindible condenarlos para librarse inmediatamente de ellos, de toda su dignidad, de todos sus museos, de su interminable idealismo. Urgía liquidarlos. Ya habría tiempo para rendirles homenaje. Pero por motivos muy distintos. Su tajadita de gloria quedaba demorada. Que esperaran. No nos podíamos dar el lujo de ser ecuanimes. La realidad siempre se les había evaporado. Nunca habían visto nada y siempre se habían empecinado en imponer sus fantasías. Rápido, rápido, que había que pasar a otra

cosa. Había que arriarlos con impaciencia, con grosería, con desesperación porque atrás ya no nos quedaba espacio y el de adelante iba siendo ocupado momento a momento. Patearlos aunque fuera haciéndoles grandes reverencias, subrepticias e inocuas, pero pronto, aunque se sintiera pena, aunque se nos deslizara una dulzona condescendencia y aunque nos recordara que ellos nos habían amado o nos habían descubierto el Sol. Nada de eso: sin darles oportunidad para que desplegaran sus argumentos, nada, que no empezaran a convencernos de que al fin de cuentas, ellos. Nos repugnaban las verdades de sus razonamientos tan diestros, tan redondeados, tan completos. Su exactitud nos había envilecido. Y su antiguo prestigio nos provocaba asco: yo tenía la sensación de haberme prestado a una trampa confeccionada de antemano. Su sabiduría era de cuaderno y la vida en que habíamos pugnado por gastarnos estaba en la vereda, en medio de la calle, entre los hombres. No. Implacablemente había que pasar a otra cosa. Aunque fuera necesario golpearlos para que entendieran: “—Puño, puño, viejo, qué le vamos a hacer.”

Pero después vino la vergüenza: cuando entendimos que no sólo eran los viejos, los caducos, los ineficaces o los imbéciles quienes habían entendido que un dedo era un dedo y no la vara de Arón. Un oscuro sentimiento de habernos apresurado en deshauciar a los que al fin de cuentas no sabían nada más que lo que habían repetido desde siempre. Hasta la urgencia en salvarnos nos condenaba. Cuando notamos que la infamia no había empezado ni en el 45 ni en el 44 ni un poco antes. Supimos entonces de las vergüenzas del 39 y las infamias del 38 en las que habían chapoteado todos o casi todos. Y antes y antes también. Los culpables no se podían condenar apuntando con el dedo. Había que arrera. Era un interminable chorro nauseabundo el que se iba volcando sobre nosotros. Y nos untaba todo el cuerpo. No ya las manos, aquellas manos de siempre. “Todo, mi viejo. Todo” — pensaba yo. Y el 35 y el 33 y el 32 y ese 30 roñoso. Pero también antes. Por todas partes y en todas las ciudades. Sin pausa en la infamia. Ya no era solamente vergüenza de haber sido derrotados, de ser “no”, nada, ni de la estúpida jeta de *equivocados* —*en todo* que nos habían impuesto. Ya no había ninguna forma de pegar un tajo a todo eso que se prolongaba hacia atrás: estaba adherido a nosotros y no había forma de arrancarlo. Hubiera sido mutilarnos. Entonces había que asumirlo. Ser nosotros chivos y meternos la culpa hasta los bofes. Toda esa insoportable vergüenza: por nuestros padres, por nuestros camaradas, por esa condescendencia que habíamos espolvoreado sobre nuestros adversarios, por creernos estupendos, por sentirnos na-

da más que tipos jóvenes que podíamos en cualquier momento —cuando se nos diera la gana— desplegar nuestro desdén y nuestra increíble certeza. Pero si hasta habíamos perdonado de antemano a nuestros vencedores y les habíamos concedido graciosamente la suerte de escurrirse por algún rinconcito. Pero si hasta le habíamos otorgado un destino más o menos soportable —un cachito de dignidad— al Gran Triunfador. Si habíamos cometido la estúpida y divertida ingenuidad de conceder la vida cuando todos nosotros hedíamos a carroña o a cosa de encierro. Estábamos liquidados y nada habíamos visto: sólo nuestras estupendas manos que ahora sólo nos servirían para cubrirnos velozmente para deslizarnos en algún hueco a darnos puñetazos hasta endurecernos la carne y encubrir de cualquier manera nuestra vergüenza.

Eso fué lo que sentíamos —lo que sentía yo— al meterme en la Facultad: unas imperiosas ganas por mutilarme en toda mi arrogancia e incrustarme en algo lejano, donde se hablara cualquier idioma cuyos signos fueran definitivamente inamovibles.

Pero después de la derrota, vino la decepción. Aquella se me había caído encima cuando pugnaba por dominarla; yo me había esforzado contra algo, con mis minúsculos, con mis gritos chirriantes, corriendo por la calle para impugnar las cosas, tenso, todo mi cuerpo, oponiéndome y apretando mi carne sobre mí mismo. Había sido derrotado, pero después de largas camaraderías y de encuentros furtivos en cafés desiertos mientras pugnaba por pasar inadvertido y por mostrar una certeza agresiva al mismo tiempo. De cuchicheos y de cosas entregadas en casas que jamás había visto, de interminables guardias en habitaciones desconocidas (en una me recibió una muchacha. Oprimía deportivamente la mano al saludar, entregando unos dedos húmedos. Me preguntó quién era. Creo que sabía algo de un tío mío o de algún pariente; o lo inventó en ese momento. No estoy seguro. Tenía un aire divertido, como de excusa y de condescendencia, ese tono de adulto metido en una fiesta de chicos. Hablamos de cualquier cosa, vacilando; después me mostró las medallas de su padre: estaban ordenadas con una devoción efectista debajo de un cuadro gigantesco. Me las señaló una por una: “—Esta se la dió Alfonso XIII; ésta, Leguía, el del Perú. Esta es la más importante de Santo Domingo”. Yo me desconcerté: “—¿La República Dominicana?”. “—Claro”. “—Entonces se la dió Trujillo” —y me sonreí apenas. Ella contestó con una dignidad insultante: “—Ese hace lo que se le da la gana con sus negros. Es mejor que el de aquí, mucho mejor.

Ese los manda, los tiene en orden..." Se movía por toda la casa con un aire de posesión. Tenía unas pantorrillas macizas que se le hinchaban cuando se sentaba. "—¿Trajo algo?". "—¿Algo?" "—Sí. ¿O cree que vino aquí a tomar el té?" Yo me palpé el saco: "—Tengo una Parabelum". Ahora le tocó a ella el turno de reírse: "—Pero con eso no hacemos nada, pibe". Ella también me llamaba "pibe". Yo me sentía como si me amonestara amablemente. Me toleraba: yo era un muchachito al que habían mandado para que me apostara en su casa que quedaba frente a la estación. Yo era un muchachito juicioso que defendía su casa y las medallas del papá y el color verde y el color amarillo del invulnerable Trujillo. Pero en realidad, yo había dejado una bolsa con un fusil ametrallador y cinco o seis cargadores junto a la puerta de servicio. "—Tengo todo afuera". "—¿Así?". "Sí. Una Colt" —ella no respondió: parecía asombrada y se tironeaba las mejillas: esa no quería que la agarraran con la piel tersa, desprevénida— "Una de la guerra del Chaco"— agregué. "—Pero son viejas esas, pibe". "Esta, no. Es formidable". Ella pareció interesarse; cuando me pidió que se la mostrara ya tenía otro acento. Se mordisqueaba las cutículas con un gesto de urgente malignidad. De pronto se saltó sangre y se secó varias veces en la blusa. "—Vamos". "—Sí". Bajamos juntos por la escalera; ella repetía: "—No me tenía confianza ¿eh Por eso la dejó abajo ¿eh Nada de confianza, nada. Yo también estoy metida en esto. Bien metida —y golpeaba el pasamanos—. Tanto como usted por lo menos. Usted hará su parte y qué se yo, pero yo presto mi casa..." Ella cargó con la bolsa y subimos corriendo; iba adelante y yo le contemplaba las pantorrillas apelotonadas, tan seguras. Cerró la puerta de entrada con un cerrojo plateado, algo que yo nunca había visto. Era una casa segura esa. Allí se podía estar bien. Nadie entraría nunca. Era una casa de tipos fuertes, de tipos tan sólidos como las pantorrillas de esa muchacha. Ella se había sentado sobre la alfombra: deposité los cargadores a un costado, cuidadosamente, pero las balas sueltas rodaron por todas partes; ella las juntó pasándoles la mano por encima como si fuera el lomo de un cuzco obediente. "—Es formidable —comentó con las comisuras de los labios llenos de saliva—. "—De primera, te lo aseguro, pibe..."— y me miraba triunfalmente. Yo entendí: ella me envidiaría, pero al mismo tiempo participaba de todo eso).

Los paquetes de volantes pasados de mano en mano con un respetto clandestino, con un orgullo contenido, como si se tratara de la dirección de alguna prostituta puntual, inteligente. Y la derrota había liquidado todo eso; esa estupenda camaradería mezcla de devo-

ción hacia el grupo, hacia la unidad fervorosa, no hacia cada compañero en particular —porque ocurría que de a dos permanecíamos en un desabrido mutismo— y de odio indiscriminado hacia los otros, contra todos los que no estaban con nosotros; afán por empequeñecer para ser más, romper y deshacer para ratificarse en esa destrucción como si presintiéramos que ya no estaba con nosotros la propia ratificación, sino que residía en los adversarios. En la liquidación de los adversarios. El mundo era simple, un cubo liso segmentado en dos partes: blanco y negro. Era fácil. Nosotros, aquí, bien; el resto, roña. Y esa necesidad de no hacer nada solos, de que del odio eso había que hacer participar a los que estaban del mismo lado. Porque también se presentía que no habría ratificación a solas. A ver quién era el primero, el que hacía todo y lo mejor, pero inesperadamente. Siempre existió entre nosotros esa trampa ruda de las competencias. Es que todavía cabía la demora, esa morosidad del lucimiento aún cuando todo era definitivo. No compartir nada más que una parte de los proyectos, dejando siempre un resquicio para el invento, para lo que a cada uno le quedara de sí mismo. Gritarles a los nacionalistas: “¡Judíos!” o “—No insulten en idisch” o “—¿Por qué no pelean, boletos despuntados?”. Y sentir que todo era lícito: subirse a una tribuna y largar todo lo que se tenía adentro, sin control, sin pensar para nada en el orden, en que venía antes o después y calcular fugazmente que todos esos que estaban ahí abajo escuchándonos se iban a mover con un solo grito nuestro o silenciarse hasta que se nos antojara; advertir que cualquier gana súbita se prolongaba en una orden acatada; injuriar hasta saciarse, provocar —“vengan, vengan”— aunque fuéramos menos, y por eso mismo, para demostrarnos que ellos no hacían nada espontáneo. Que eran incapaces de improvisar. Que esos tenían aprendidos hasta los insultos. Todo era tan arbitrario que no había ni necesidad de pensar en hacer lo que se nos antojaba; bastaba con dejar caer el peso del cuerpo. Y después comentar indefinidamente los destrozados, la violación de alguno de sus comités, las nocturnas pintadas de casas con un sigilo intolerable: cuernos o svásticas o sexos monumentales. Presentir, de pronto, que nos habíamos asimilado a sus propias tácticas y que ya no se pensaba en nada ni se buscaba ganar o convecer a nadie. Nos habíamos olvidado de que empezamos creyendo tener razón. Sólo había que dar y dar hasta enmudecer a los otros. Y miedo, sentir miedo, algo que se nos escurría por las ingles, tibio, insinuante y que fascinaba con su letargo, con sus lentas y perfectas justificaciones para cualquier cosa. Sobre todo que brotaban de nosotros mismos: “—¿Qué hacés en esta esquina? No te asomes tanto”—

y uno agradecía su tino, esa reserva tan juiciosa.— “Tomátelas. Si esto no le interesa a nadie. Andá. Tomátelas”. Yo presentía que esa parte de mí mismo tan oportunamente lúcida era la más sólida y la que veía mejor las cosas. La más complacida en sí misma, la que tenía muy recontados mis méritos y las felicitaciones. Pero también iba advirtiéndome que no había blancos y negros en el mundo. No. Que todos esos tipos que andaban a mi alrededor no podían ser divididos en ángeles entalcados ni en demonios roñosos. No. Ni yo mismo. Sino que apenas me quedaba un brazo, o tres o cuatro dedos, o la boca y un pedazo de cara, o el sexo, que no se dejaban envilecer por el resto de mi propio cuerpo. Y esos pesados comentarios después del castigo que había recibido alguno de los nuestros para calcular el culpable o proyectar la revancha, esforzándonos para no resultar elocuentes y poder amontonar todas las posibilidades de memoria: que ningún agravio quedara arrinconado, que todo acicateara esa revancha. Eso. Dar para preveírse, olvidando que se trataba de tipos que tenían manos y sudaban como nosotros. Habían nacido distintos. Qué duda podía haber. No existían ni matices ni pasos intermedios —algo más, un poco menos, apenas distinto—. No, no. Todo lo que ellos tenían nos faltaba a nosotros, sobre todo esa ventaja que los hacía ganar siempre, sentirse más fuertes. Era angustioso, sofocante, saber que siempre ellos iban a terminar ganando. Y ganar era ser, ser más, poseyendo y amando, comiendo todo. Habían recibido unas llagas del cielo. “—Somos los mejores porque lo heredamos”. No. Y eso provocaba el odio que crecía incesantemente como en una bolsa tensa y transparente con ganas de rajarse. Por la diferencia que iba entre los que pretendían poseer porque sí y los que queríamos disputar sintiéndonos desamparados en nuestra propia fuerza. Y no había forma de reconocerse. Estábamos empecinadamente en el dorso de algo y resultaba imposible alcanzar el envés. Sólo quedaba dar para adelantarse y para que no fuera el otro el que ganara. Y endurecerse cuando caía el golpe: que todo el cuerpo se hiciera espalda. Y prevenirse o jugarse arbitrariamente improvisando cada día. Y los desquites para que fueran los otros los envilecidos, los escarnecidos, los que nos daban risa y tiempo para comentarlos entre injurias, muchas, brutales, increíbles y renovadas para no cejar en esa excitación estupenda que nos confrontaba los cuerpos y nos ratificaba a cada rato; cuando sospechábamos que todo nos iba a decir “sí” unánimemente, porque ese idioma absurdo tenía que apuntalar y mantener nuestra arbitrariedad imprescindible, algo así como ceremoniosa, casi sagrada. Y eso se había liquidado con la derrota.

La decepción en la facultad fué una mansa niebla gris que se balanceaba en las muñecas, tal vez un poco sobre las sienas. No era violento; no. Y nos zambullíamos en eso silenciosamente, sin oponernos porque eso no sacaba de quicio ni sobresaltaba. Era cuestión de dejarse anegar, aunque aquella esperanza inicial de cosas inamovibles se nos escamoteara precisamente así: nada se iba a mover velozmente, de aquí para allá. No. Allí dentro todo cargaba con una paciente sabiduría de babosa: blando, sutil, con todo ese tiempo de lo que está definitivamente muerto. Tiempo de tipos muertos el que se nos impregnaba allí metidos. Y la decepción se advertía cuando uno estaba anegado en todo eso, recién cuando se empezaba a heder. ("—No; no cierras la puerta". Yo me había quedado con la mano sobre el picaporte. "—Prefiero dejarla abierta". Ella se rió exagerando su descaro: "—¿Tenés miedo de que venga alguien". "—No; no es por eso". "—¿Y entonces?". Yo sacudí los hombros mientras hacía aparecer y desaparecer la lengüeta del picaporte que crugía. Crugía al asomar. Me demoré en contestarle: pensé en la lengüeta —untar eso o mi lengua, porque tenía sed— en la muesca del borde, en el filo herrumbroso y en que se descascaraba como una uña roja de mujer. Y en que esa muchacha tendría las uñas de los pies pintadas a medias desde el verano anterior.

"—¿Qué? ¿Me querés hacer creer que es para estar cerca de la paraguayá?". Era indecisión nada más: yo había ido a esa casa para estar apoyado durante horas en el marco de la ventana, mirando las vías que surgían del tinglado de la estación mientras escuchaba esa radio abierta: los discursos a medias y las interminables pausas cortajeadas por el eco de esa multitud lejana y por los comentarios de desprecio de esa muchacha: "—Son unos imbéciles. Unos pobres imbéciles..." —y la voz que correteaba desde esa caja reluciente y tan atractiva como un caramelo gigantesco, liso. El mundo era liso y reluciente allí dentro, y allá abajo, al fondo de ese agujero temblaba esa multitud empequeñecida y borrosa. "—El es un cerdo —rezongó esa muchacha—. Como los otros. Como Yrigoyen. Igual a Yrigoyen..."— después había jugueteado con la bolsa de las balas, las había dejado caer adentro, las había vuelto a sacar frenéticamente reflexiva, y vuelto a meter hasta que las fué poniendo una al lado de la otra mientras murmuraba algo en un oscuro juego de lotería. "—¿Vas a estar siempre ahí parado?". Me tuteaba; yo estaba de espaldas y podía hacer de mí lo que se le antojara: tirarme con un puñado de balas gritándome algo, que yo me parecía al Yrigoyen o que tenía los fundillos gastados o que cargaba con todo ese aspecto

de lamentable pretensión de los burguesitos que alguna vez habían escrito una bonita composición o que habían leído cuatro o cinco libros más o menos gordos, o acercárseme sigilosamente apoyándose en esas pantorrillas apelonadas por el esfuerzo y darme un papirotazo en las orejas y gritarme: “—¿Qué hacés, pibe, a quién mirás por esa ventana, si nadie va a salir por el ferrocarril, si no va a pasar nada y vos sos un imbécil que hacés algo que viste en el cine?”. Eso lo podía hacer en cualquier momento, pero yo me había quedado junto a la ventana desconcertado: todo mi poder, mi potencia increíblemente absurda y arbitraria que se podía poner en movimiento con que sólo salieran tipos en manifestación y enderezaran hacia el jardín de esa casa. Nada más. Con que al alguno se le ocurriera que por ahí se llegaba más rápido a la plaza y resolviera convencerlos a los demás. No un tipo al que los otros obedecieran, sino que su voz se oyera por encima de las del resto. O que todos dejaran de gritar y otro sin voz ni nada que los distinguiera de nadie intercalara sus grititos en ese hueco. Bastaba eso. O que yo me inquietara porque en realidad esos supuestos tipos no avanzaban por ahí suficientemente rápido y se me ocurría llamarles la atención. Porque yo titubeaba, porque siempre “faltaba algo”. Nada era tan completo en la violencia ni en la arbitrariedad del Gran Triunfador que justificara todo. Siempre dejaba una ranura en lo que hacía; por allí se inflaban nuestra libertad y nuestras justificaciones. Todavía. Lo otro vino después. Por eso no era lícito que yo utilizara el arma hasta el final. Aunque empezara a desear que la arbitrariedad fuera total y que todo eso se clausurara definitivamente sin ningún resquicio para concretar mi propia violencia. Pero yo no podía ser el primero sino tenía que esperar a que los de enfrente optaran. Ellos tenían que dar el primer paso para su propio desgarramiento. Nuestras razones no terminaban de convencernos. Y esa ambigüedad en todo. Faltaba una dramaticidad decisiva para no sentir confeccionada nuestra desesperación: pero el Gran Triunfador jamás se asumió impuro; sus foganazos de violencia no se prolongaban porque él persistía cuidadosamente en su pureza originaria; supo renovarse diariamente y jamás ofreció su pasado. Estar contra él era confortarse en el pecado y hay que convenirse mucho para admitir la necesidad del pecado en uno mismo. El amparaba su propia historia y nosotros cargamos con la vieja que era impura y concluimos enfrentados a nuestros propios principios. Era lamentable esforzarse constantemente contra nuestras propias ideas desvirtuadas. Pero también sirvió para ver su propia endeblez. Todo fué ambiguo: era muy difícil establecer matices cuando nosotros mis-

mos los habíamos desbaratado, o empezar a negar el mundo del Bien y el mundo del Mal, cuando habíamos empezado apoyándonos en ese esquema. Aunque lo hubiéramos visto a Salón golpear con la cabeza como un ciego idiota y dar y dar chiquetazos con ese cuerpo de goma contra la impasible estatura de Roca, queriendo decir algo: que se la habían dado, que al final pero desde atrás, que no aguantaba ese calor en el lomo, que todos los que seguíamos viviendo éramos unos cobardes, mientras segregaba un chorrito rojo. Pero hacía dos horas que yo estaba ahí parado y tenía que pasar algo, cualquier cosa y pronto para que yo me justificara y me ratificara por estar junto a esa ventana, apoyado en esa herrumbada ametralladora paraguaya, y esa otra muchacha que no sabía cómo se llamaba estaba ahí, echada sobre la alfombra espesa rodeada por una guarda azul —sí, era azul con rombos rojos y no verdes ni amarillos—. Pero lo único que pasó en toda esa tarde fué que esa muchacha que me había mostrado la Gran Orden de la República Dominicana gobernada por el Reluciente Mono Trujillo se me acercó y me levantó el saco y la camisa y se frotó la mejilla contra mi espalda. “—¿También vas a apagar la luz?”— ahora estaba echada en medio de la cama y se rascaba el pecho y los hombros como si allí tuviera una comezón insoportable. “¿En serio que querés apagar la luz?”. Yo no dije ni que no ni que sí; sólo pensaba que tenía las medias agujereadas. Ella comentó desabridamente: “—Seguro que te educaste con los jesuítas, pibe”).

Y ahora estaba en la Facultad para aprender griego y saber cómo eran los versos de un tipo Juan de Tejada, que había escrito algo que se llamaba “El peregrino en el Parnaso”. Porque si hacía poco había alardeado, había llegado el tiempo de mutilarse, de entender que no se puede vivir impunemente; que había que taponarse los oídos para purgar una culpa gratuita, vieja de estupidez y renovada por los de mi generación. *No habíamos entendido*. De eso se trataba. Andando por ahí, más o menos libre, no hubiera tolerado esa frustración en suspenso. No. Tenía que asumir mi culpa, que se me volcara encima y me pasara hasta acostumbrarme a ella, que ella me hundiera por primera vez en la tierra. Me tenía que recoger sobre mí mismo para que no repararan en mí, para que no se evidenciara aún más esa vergüenza necesaria y acatada, de tipo que necesitaba arrinconarse para sumirse en su desabrimiento, en una impotencia que pretendía ser definitiva y que ansiaba escamotearse a todo lo que se movía y cambiaba. Que necesitaba mutilarse de tanta facilidad.

Al comenzar 1946 los más agresivos habían sido liquidados; los vie-

jos que no quisieron que los ultrajaran, se fueron: habían intentado vejarlos, el tono destemplado los aturdía, ellos se iniciaron en un mundo que los había acatado de una forma u otra; incluso, habían caído en la emboscada del éxito paseándose entre sus propias estatuas y habían insistido en sus vidas en función de eso. Y eran buenos: algunos nos habían acariciado la cabeza instándonos a que nos miráramos en ellos; poseían la ternura de un mundo ordenado y suponían haber sufrido porque alguna vez les escamotearon algún premio, cierta inasible condecoración. Los habíamos escuchado, aprendimos lo que quisieron enseñarnos, muchas veces fuimos dóciles y nos reimos un poco de todos ellos. Y se fueron de a dos, de a tres, alguno a solas farfuleando sus Principios. Fueron dignos, y los que entre ellos habían toqueteado a la sirvienta al pie de la escalera, fueron oportunos. Oscilaban entre creer que el mundo había concluido o que todo se desbarataría dentro de poco. Cada día, a lo largo de estos años, tenía que ser el último; a cada rato se justificaban de las derrotas que no habían llegado a producirse y no hicieron nada más que vivir para sus presagios de repuesto. (Toda una noche me quedé haciéndole compañía. El esperaba con una certeza conmovedora y hacía grandes proyectos. El, yo, todos. Hasta admitía sus antiguos errores. “—Las cosas se dejaron tocar el trasero por nosotros”, explicaba. Todo muy fácil, muy simple: pocos, buenos amigos, un folleto sobre algo, sobre cualquier cosa, otorgaba jerarquía y salvación. Esa noche hizo una serie de diagramas con un lápiz. Después prendió la radio. Yo presentía que estábamos viviendo en un mundo de tipos escuchando, pasivos, atentos espectadores y nada más. Lúcidos e impotentes espectadores porque siempre el gran asunto parecía resolverse entre otros. Nosotros quedábamos en el dintel de las cosas. Esperamos aquella noche. “—Esto se acaba”. Cinco horas, seis horas. “Ustedes, los tipos jóvenes nos tienen que criticar. Nos tenemos que apuntalar recíprocamente, criticándonos en cada caso. Todos hemos sido tolerantes con nuestros propios pecados, nuestros pecados nos halagaban. Eso. Crítica es lo que ha faltado entre nosotros —se sonreía y yo me sentía amado—. Todos hemos tenido demasiados amigos aquí”. Fumaba con fervor mordisqueando su pipa. Toda la noche estuvo oscilando entre sus duros presagios y sus melancólicas confesiones. “Esto no aguanta más; le faltan apoyaturas morales”. Esa era una de sus palabras; él las tenía cerca de sus manos: “apoyaturas”. Me complacía tratar con alguien que pudiera tirar esas palabras al aire y retomarlas con el brazo invertido. Era destreza; su destreza: “apoyaturas”. Y otras: “tónica”, “invariante”, “instrumentalizar”; servían para cualquier caso pero siem-

pre con un aire de precisión. Yo pensaba entonces que era un idioma técnico y esas palabras individualizaban a cualquiera. "Tónica". Era formidable. Comimos; él bebía con un descaro reciente, así me brindaba su tierna camaradería. Después atendió la radio con devoción: hundía las manos entre las rodillas con un gesto de chico respetuoso. "Esto se acaba". Habían pasado once o doce horas. Yo comencé a hojear unas revistas; había una fotografía de Vargas recuadrada con lápiz rojo: "Cortar", se leía al margen. Vargas entornaba los ojos detrás de su gigantesco cigarro. Había que esperar. Vargas soltaba el humo con una sonrisa tranquilizadora, eficaz. Fumaba porque podía. Y él podía. El Brasil. El Brasil era un par de estupendas nalgas donde él pegaba pataditas juguetonas. Serían las cinco de la mañana. Eso se iba a acabar. "Se cae solo, Viñas". La espera concluía el último día: eso era claro. "Solo, Viñas". "¿Sí?", levanté la vista porque creía que me había dicho algo; pero él se había quedado dormido junto a la radio: resultaba desamparado con ese ronquido que le hacía temblar la garganta). Pero, no. La expulsión fué implacablemente silenciosa. Que no quedara nada en pie parecía ser la consigna, que todos se humillaran, que se acostumbraran a eso y que estuvieran cómodos ahí postrados. Los que se quedaran debían aprenderse muy bien el agradecimiento y el cachito de sabiduría que debían recitar; y que — incluso — comenzaran a sentirse confortablemente infames. Yo los miraba trotar sumisamente por los pasillos, organizar los libros, sus hocadillos de sabiduría los horarios de sus excusas: no se podía llegar tarde a la miseria, había que rendir urgentemente una cuota diaria. Y todos ellos fueron puntuales.

Alguno abría los brazos: "Yo lo necesito" —tenía una blanda cara inexpresiva— "¿dónde voy con mi familia?". Su mujer, sus hijos, su multitud de hijos eran eficaces para explicar su decoroso empatecimiento. Y esos eran los mismos que pretendían reírse a escondidas: su lamentable libertad se desplegaba entre sábanas. Alguien me dijo: "Se la susurran a la bolsa de agua caliente". Y no era ni divertido: ahí, en ese rinconcito se animaban a levantarse la piel y a frotarse las manos de satisfacción porque creían existir. Esos vivían a escondidas satisfechos porque podían ubicarse en la cola de las jerarquías, del "hay que volver a casa porque esto se está poniendo fiero", de los que se habían salvado y sobrevivían la hecatombe, porque nadie había recordado ni su pasado ni su antiguo idioma. Eran los que crecieron cuando a su alrededor vieron a todos los demás liquidados. Los solitarios gigantes de un mundo vacío. Estaban tibiecitos; habían tenido suerte con su gran estatura de enanos. Eran tan

poca cosa que ni su traición resultaba evidente. A veces, pensaba que no, que nadie era capaz de acumular tanta mugre reluciente sobre sus espaldas y que creían en algo, que algo tenían que los podía salvar, pero ellos mismos se empecinaban en demostrarme su roña (ese había sido profesor mío en el colegio tres o cuatro años antes. Entonces anunciaba sus posibilidades, sus estupendos proyectos. El poseía su verdad: era un indudable globo de cristal. Lo encontré en la escalera de salida; me detuvo: “—¿No me saludas”— desplegaba un tono cínico de defensiva. “Ya nadie me saluda. Soy un apestado ¿eh?”. Después recordó algunas cosas, que yo era un chico con condiciones, que él me había defendido cuando me expulsaron. “—Eras una promesa. Una promesa”— repitió varias veces. Me quería reconocer: era yo quien debía aceptar o negar lo que él sugería. Yo quien tenía que decir definitivamente quiénes éramos los dos y qué estábamos haciendo ahí parados. Yo era el único que debía encajarnos nuestros propios nombres; “Antiguo profesor amado, joven estudioso”; “Dos caballeros conversando” o “Dos cómplices que se habían reconocido por el olor”. Entre los dos flotaba un corcho que se sacudía, cabeceaba con un estremecimiento, se hundía apenas y volvía a asomar. “—Una promesa”. Yo debía mostrar la lengüita y morder y quedarle agradecido. “Gracias, maestro. Usted es bueno, demasiado generoso”. Una lengüita rosada. Nada más que la puntita. El se conformaría con eso. Y con un poco de saliva. “—Este era el único lugar que tú podías tolerar. Nosotros no tenemos temperamento —agregó sonriéndose con complicidad— ni voluntad para aguantar una ciudad como esta. Nos tenemos que refugiar aquí. A mí me ocurrió lo mismo en el 30...”. “—¿Y esa corbata?”. El me miró perplejo: tenía unos lagrimales carnosos que se cubrieron de agua: “—¿Por el color?”. “—Ahá!”. “—No tiene importancia. Seguro” —me miraba y sacudía la cabeza de arriba para abajo para insinuarme mi propia aquiescencia—. “Seguro. La llevan todos...”. “—¿Todos”. “—Sí. Créeme. En el baño de profesores hay cuatro o cinco colgadas de la percha para el que desee tomarlas...”). Y ese que había entrado recién, escamoteándose: “—Nunca me dieron nada los señores maestros; y siempre esperé porque me prometían” —hablaba como si silbara—. “Me habían dejado de lado; peores que yo ahbía etnrado”. Ese había aprendido a hacer de la infamia su oportunidad. “—Ahora me llegó el turno” —concluía—. “Y yo necesitaba esto como cualquiera”. Y llegaba sin aliento, empalagado de obscuridad. También estaban los que ni hablaban y que sólo trotaban como una manada cansada y espesa. Esos no podían ni elegir un tipo u otro de servidumbre. Otro, que resultaba atractivo por su mirada

trasparente, de tipo que tiene mucho que ofrecer o cosas inesperadas que descubrir, me decía "—Pero usted entienda ¿qué sería de todo esto si nos fuéramos? ¿Si yo me fuera? Se vendría todo abajo ¿no cree usted?— yo entraba en su juego porque no se me ocurría pensar que en realidad todo debía ser aniquilado, que nada debía sobrevivir con restos de ellos, ni era posible lograr nada decisivo con requechos de otros lados. Que era necesario que todo eso se hundiera. "—Aquí se trata de practicar ascetismo y de padecer muchas cosas, usted lo sabe bien, para las que yo no estaba preparado"— y me miraba y yo empezaba a chapotear en esos ojos blancos. "—Usted está mucho mejor que yo porque usted puede hacer lo que quiera. Usted ha sabido conservarse libre". Y ahí estaba su emboscada: yo era libre y se lo debía a él, yo disponía de mí mismo gracias a su sacrificio, a esa entrega y yo me atrevía a insultarlo, a sospechar, mientras él se sacrificaba en mi nombre. En realidad era así: según él, él padecía los pecados, los feos pecados de todo el mundo. Y los míos especialmente. El se había aniquilado por mí y me lo susurraba en ese pasillo mientras una de las sonrisas del Gran Triunfador nos anegaba. ARGENTINA 1946. Una gran sonrisa enérgicamente atractiva. ARGENTINA 1946. Y ese pobre tipo que se ofrecía en holocausto por mí. ARGENTINA 1946. Sonriéndose se sacrificaba, tiernamente sonriente, paredes de sonrisas, manadas de sonrisas sacrificadas. Todo ganado, todos padeciendo para salvar las Grandes Palabras, todos correteando dichosamente cristos escarnecidos por mi culpa. ¡Cerdos!

Y todo era escamoteo de lo nuevo: esos se esforzaban en hablar de lo más caduco y lejano. Allí todos teníamos que gangosear esa sabiduría pastosa que se nos pegoteaba en el paladar de tanto repetir. Cinco o seis reglas bien distribuidas, bien encajadas adentro sin ningún titubeo y para siempre: Safo dejaba de ser una hembra cálida para convertirse en unas cuantas desidencias, Quevedo en una lista minuciosa de fechas y contrafechas. No había que olvidarse de nada y tampoco había que inventar nada. El mundo ya estaba descubierto. Ahora, todo esto, todo eso que traíamos encima, no contaba; nada de lo que vivía podía tener relación con lo antiguo: ni Villón había sido un estupendo borracho ni Whitman había padecido su confuso sexo. Voltaire era un sonriente amablemente inocuo. Pero, no. Todo era viejo y todo era muerto pero sin esa cosa definitiva que yo había buscado: había querido un mundo dado, algo válido en su conclusión, pero ahí sólo se conocía y se distribuía lo único que en realidad habían entendido todos esos impotentes para conocer a nadie de nuevo: ese gratuito conocimiento de notas y opiniones ajenas, todas, pero que

jamás cargan ese frotamiento doloroso de cada uno. Eran incapaces de descubrirse a sí mismos; con sólo hablar de la vida ya la liquidaban. Habían tomado todas sus precauciones contra lo que vivía. Ellos sólo mascaban las opiniones de otros sobre lo que estaban tratando. Pero precisamente todo eso otorgaba a sus ojos mayor validez, prestigiaba, era el enaltecimiento de lo que se sabe lejano de lo cotidiano: allí no se hablaba nada más que así y del pasado, de los altos y venturosos muertos. Había que empeñarse en ser muerto, cada vez más muerto, porque en las calles y en las veredas la vida resultaba trémula y penosamente comprometedora: mejor el siglo XVIII que el XIX, jamás el XX, no, no, de ninguna manera porque cargaba con la frívola contingencia de la vida. Mejor muertos, dignos cadáveres. La muerte santificaba, ordenaba y permitía que se pudieran enunciar las dos fechas separadas por el guión. “—Fulano: nació tal año, guión, murió en tal otro”. Ya sí pertenecía a la literatura. Así las momias medioevales se ennoblecían ante el Renacimiento. Y más y más. Lo cadavérico y las pirámides y ya ni lo que tuviera olor a osamenta y —aún mejor— donde no apareciera la forma humana. El ideal de todos esos era la arqueología y la tumba. Allí había que aniquilarse para valer, aunque nos sintiéramos furiosamente enajenados en esa biblioteca, sometidos a todos esos carteles que se sonreían de su prosperidad mientras había que repasar esos universos secos. (Allí conocí a Yaco. El cargaba con un aspecto de judío lamentable. Parecía asombrado, ineficaz. Eso era entonces. Los dos contemplábamos ese busto pintarrajeado de verde. “—¿Se sonríe?”. “—Seguro que sí” “—¿De?”. El sacudió los hombros: “—De nosotros ¿de quién sí no?”).

Dije que tuvimos que vivir en la ambigüedad: cuando nuestros argumentos no nos sirvieron nada más que para sobrevivir y cuando ya presentíamos que todo eso se podía volver razonablemente contra nosotros; cuando todos los precedentes extranjeros fueron abandonados y fué imprescindible confeccionar una explicación propia, creyendo en razones que nos soportaban a nosotros mismos y desconfiando de ellas cuando las oíamos en bocas de otros. Aunque siempre contáramos con alguna respuesta para escamotear esa jalea implacable (“—Hay que comprometerse”, me dijo uno de los diestros recién llegados. “—¿Comprometerse?”. “—Sí; ensuciarse las manos”. “—¿En dónde?”. “—Con todo esto; donde me he metido yo”. “—Pero si yo no busco nada más que eso, meterme en las cosas”. El balanceaba la cabeza: “—¿Y entonces? ¿Por qué no se mete de una vez?— me había agarrado en falta, me dominaba—. ¿Por qué no se ensucia esas manitos puras?”. “—Es que yo estoy dispuesto a ensuciarme con la roña,

seguro que sí, pero no quiero convertirme yo mismo en roña"). Todo fué ambiguo: ni la soledad servía para volcarnos sobre nosotros mismos, porque presentíamos que si nos encajábamos el pulgar contra el pecho no íbamos a encontrar nada ni poder decir con certeza: "—Yo, yo". Ni dejarnos caer en el desánimo, para jugar a o revolcarnos o qué sé yo, como en una charca que concluiría resultándonos confortable, indispensable. O dejar todo y que otros lo hicieran o que se resolviera solo porque ya desconocíamos las causas y los para qué y los hasta dónde. Ni cuando algunos se fueron a Europa o a cualquier lado después de gemir largamente su impotencia junto a nosotros, creyendo y esperando salvarse allí. Pero, no. Al fin de cuentas eso no resultó nada más que una gambeta (yo le decía a Yaco: "—Ya no podemos ir como hace veinte o treinta años a hacer que escandalizamos y volver para contarlo. La cosa está aquí. Y tenemos que asumirla y rellenarlos de todo esto hasta reventar. El me miraba y se sonreía: "—Estás demasiado elocuente para ser sincero"). Aunque los que teníamos que quedarnos sintiéramos esa rabiosa impotencia al no poder salir y con todo manejáramos tres o cuatro excusas y alguna razón legítima, sospechábamos que en el fondo éramos incapaces porque nos faltaba decisión. "Entrar en algo aquí", eso nos lo susurramos todos al oído, alguna vez porque —era lógico— si aceptábamos quedarnos había que meterse hasta el fondo. Descubrir de pronto que nos justificábamos con los argumentos de todos: "—Uno solo no puede salvar al resto"; "Hay que vivir, no se puede estar en el aire"; "Esto va a durar un rato largo y hay que salvarse para salvar algo". Todo eso. Incluso injuriábamos a los que nos repetían lo mismo que nosotros habíamos divulgado o enseñado; o impugnando a los que vacilaban más que nosotros o que no eran lo suficientemente hábiles como para sobrellevar su miedo. Los que no supieron pelotearse con el miedo y dominarlo a solas y tuvieron que exhibirlo porque se sentían atosigados, y que al fin de cuentas no eran sino unos desesperados mayores que nosotros, Y a los otros, los que prolongaban en una terquedad impotente el verano del 45, que nos avergonzaban por nuestra adecuación, por nuestra posición sin título, sin nombre propio y corriente. Por esa ambigüedad de estar insatisfechos con todos los elementos vigentes. ("—Estás en el término medio, ¿eh, viejo? ¿Ya te las tirás de sabio, de tipo virtuoso porque siempre te topás con los extremos y usás los argumentos de unos contra los de los otros como si fueran los tuyos propios y a la inversa...?", me dijo uno de éstos. Y aunque presintíamos que ese interminable hundimiento era endurecimiento; o que toda la espera no resultaría al fin de cuentas nada más que ratificación

de nuestra impotencia, a pesar de que algún viejo reflexivo nos quisiera halagar el alma: "—Ustedes, los jóvenes, son los que tienen que reaccionar, los destinados a hacer esto y lo otro". Mientras maliciábamos que nuestra única aventura iba a ser un "no" inocuo, un tejer y entretejer los dedos sobre nuestra frenética disponibilidad.

Es que hubo tiempo para todo: para ver avanzar a esos carteles satisfechos, para que la sonrisa perenne e inmutable del Gran Triunfador o la Ternura Infinita de su mujer nos alcanzara redimiéndonos hasta hacernos intolerable todo lo que sonara a salvación. Tiempo para oponerse y poseer convicciones ciertas y odiar y golpear a otros brutalmente, lamentablemente; y también para sentirse súbita e imperceptiblemente poseídos, deseando que la posesión avanzara y fuera definitiva y total. Para escupirlo y espiarlo y para desear que se nos incrustara adentro. A todos terminó por imponérsenos, y si empezamos desdeñándolo concluimos por vivir excusantes de sus menores gestos, comentando sus ademanes o sus tics o lo que se le diera la gana: algunos lo besaron y lo lamieron y no fueron nada más que lo que les mandaron; pero otros lo vomitaron y estuvieron cavilando mucho rato sobre su propio vómito. Otros se entregaron sin condiciones y fueron deshechados, infamados, utilizados para todo, hasta para lo que le daba asco al Gran Triunfador, y esos, algunos de ellos, se nos acercaron para frotarnos sus lágrimas y su aliento. Hubo tiempo para todo: para advertir el zigzagueo de los que supieron reconocer como incapaces de sentirse hombres, de que eso en realidad significaba algo, una cosa intrasferible y que no abultaba; y a los que tenían vocación de miserables también los vimos excusarse ante nosotros, alejarse con cautela, desaparecer y volver a asomar por allá o aquí cerca o volviendo la esquina: y nos miraron indignados de nuestra persistente imbecilidad. Vimos a los listos, a los hábiles, a los diestros, a los inteligentes, los comprensivos que nos perdonaban el alma, y a los lamentables. Todos hedían de una forma u otra. Ganaron. Y también hubo tiempo para tener miedo sintiendo ese hueco de desamparo —yo— ahí, aquí, sobre el vientre. Tiempo para desdeñar a los que se reservaban y para optar por gastarse de cualquier manera. Tiempo para arrepentirme y titubear ("—Hacé como yo, pibe") para reflexionar en la posibilidad y hasta en mis derechos; para desear libertad para desplazarme hacia cualquier lado y para ansiar que ese resquicio que se nos concedía para conformarnos se cerrara de una vez; para asegurar en todos los tonos —de importancia, de seguridad, de posesión, de desánimo insoportable— que lo único que correspondía era replegarse sobre sí mismo y prepararse, y tiempo para sentir

que eso era otra fórmula hueca; tiempo para advertir que iban creciendo los más jóvenes que nosotros, que algo creían o querían creer y que nada había para darles porque no servíamos ni para contarles nuestras experiencias frustradas. Tiempo para dejar que otros nos resolvieran la vida presintiendo que la única oportunidad se iba diluyendo a cada rato. Y tiempo para arrepentirme de haber imaginado esas cosas, de haberme dejado fascinar y para golpearme rabiosamente y darme y darme; y tiempo para odiar y desdeñar a los que estaban a nuestro lado, pugnando por diferenciarnos hasta en nuestros odios predilectos, y no admitir esa igualdad con los que se nos parecían porque en realidad sólo habían sido desplazados. Y también hubo tiempo para ansiar ser convencido para amar y abrazarlos a todos descansando de una vez. Pero, no. No.

Reforma universitaria, siempre

Si resulta dificultoso definir y explicar el sentido de cualquier movimiento vinculado a lo político-social en cuanto toca aspectos de su relación con el hombre, que lo determina o es determinado por aquél, esa dificultad cobra proyecciones serias cuando el movimiento que se requiere comentar presenta ciertas condiciones que lo desubican con relación a una época concreta.

De no ser así, y tratarse de un fenómeno susceptible de ser adjudicado a fecha cierta, puede en última instancia acudir el observador a ciertas explicaciones deterministas, que si bien no siempre resultan ser interpretaciones totales, suelen ser bien vistas por quienes se pagan del rigorismo histórico.

No es éste el caso de la Reforma Universitaria. Juegan en ella factores que podríamos llamar legendarios, despreciables desde el punto de vista de las ortodoxias, pero que objetivamente considerados tienen una importancia real cuando se trata de interpretar el fenómeno reformista. Haciendo las salvedades del caso, con la Reforma ocurre un poco lo que pasaría con un análisis de la civilización helénica que empezara cuando comienza a existir historia comprobable, dejando de lado por ahistórica la época de la mitología heroica de Homero.

Vano sería pues, según esta opinión, considerar la Reforma Universitaria como cosa de 1918, debida a diversos factores que se dan generalmente como incidiendo en su gestación y en su posterior des-

arrollo: la ascensión al poder político por parte de la burguesía progresista representada por el radicalismo, en 1916; la influencia ejercida en ciertos medios desde 1917 por la revolución rusa; la rebelión estudiantil contra la casta de los doctores, enquistada en la Universidad como en feudo familiar por ser este ambiente el último donde podían campar por sus fueros, desplazados del caudillismo agropecuario por el inmigrante extranjero y del caudillismo de casa rosada por la burguesía progresista.

Considerar, decíamos, a la Reforma como una resultante de uno de esos factores o de todos juntos, sería encasillarla en un ámbito definido tal vez, pero incapaz de explicarla como fenómeno que lo rebasa y trasciende, para proyectarse en todos los momentos posteriores, realidad increíble y siempre joven.

La dinámica del movimiento reformista, que dura en su insistencia monótona de reclamos desde hace treinta y siete años, no se presta a ese tipo de mentalidad ambiciosa de explicarlo todo, como si todo pudiera condicionarse a una metodología yogui, panacea al mismo tiempo de cualquier mal, una vez que se la identifica con el sujeto del hecho.

La Reforma responde a una realidad insatisfecha, pero sin objetivo. Nunca se la podrá dar por concluida por haber logrado sus fines: la Reforma no los tiene, ni está referida a doctrinas finalistas. Esto, que muchos le critican, constituye su más significativa característica. Según ella, siempre habrá algo que reformar, siempre existirá algún objetivo nuevo que una vez alcanzado dará lugar a otro problema y a otro objetivo más lejano; y así siempre. Porque todo nace de la comprensión del objeto de la educación como ente perfectible; es ilusorio plantearse cosas como finalidades últimas, al menos mientras el hombre tenga las características que le conocemos. Por lo demás, la fisura provocada en el hombre moderno por la liquidación en el terreno de los hechos de muchos fantasmas del pasado (desde la ciencia como piedra filosofal que iba a solucionar todos los interrogantes, hasta la revolución social que iba a instaurar definitivamente una sociedad igualitaria y libre) obliga a un replanteo desde el indiscutido devenir que preside lo humano.

La Reforma Universitaria ha entendido que ella no puede constituir un fin en sí misma. No tendría sentido, por lo demás, obtener los objetivos universitarios que se plantea la Reforma, en loco intento de abstraer la institución universitaria a las características del medio

en que está ubicada. Recordemos a Ortega y Gasset: "La escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota, que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros". En estos países al sur del Río Grande, hay un contacto demasiado íntimo entre la Universidad y el Estado, lo cual no deja de parecernos una desgracia —en cuanto a que la necesaria continuidad que demanda el hecho de educar se ve interrumpida por las frecuentes intromisiones de la voluntad de poder— ni de constituir una suerte, —en tanto ninguno de nosotros sería demasiado feliz con una Universidad profiláctica, del tipo suizo, desinteresada en absoluto de los problemas que se agitan en otros estratos. "El universitario puro es una aberración" decía Deodoro Roca en una frase muy vieja y muy citada; y una actitud de esa índole, por cierto, es algo que contraría los reclamos de nuestra sangre, además de aniquilar la solidaridad social y nutrir una suerte de cretinismo político bastante en boga en las Universidades que no tienen problemas fronterizos con el Estado.

Del mismo modo, y en razón de esa fuerza telúrica, podría decirse, no se puede pretender que nuestra Universidad deje de ser una consecuencia del medio, o que la Reforma posea su propia ideología, en lugar de tener el natural bagaje doctrinario que puedan proporcionarle las condiciones de ese medio.

Los objetivos que puedan constituir en este momento los postulados de la Reforma Universitaria —autonomía, representación estudiantil, enseñanza laica, etc.— pueden en consecuencia ser más que objetivos contingentes, proporcionados a su no-vigencia. El día en que se conquisten no marcará el fin de la Reforma por haber cumplido lo que se ha dado en llamar su "ciclo histórico". Aparecerán otros. Dicho de otro modo, y citando nuevamente a Ortega, "la reforma universitaria no puede reducirse a... la corrección de abusos. Reforma es siempre creación de usos nuevos".

Incluso la Reforma no puede definirse como estrictamente universitaria, en una especie de hipertrofia ya señalada muy bien por Damonte Taborda, sino que está vinculada estrechamente con los problemas de la enseñanza media y también de la primaria.

Si esta dependencia toma carácter evidente en el simple terreno de la enseñanza, piénsese en la importancia que adquiere cuando se la proyecta a lo político-social y la Reforma se define como gestora del movimiento de unidad latinoamericana, antiimperialista, defensora

de la libertad y la justicia social, solidaria con el movimiento obrero, etc.

Creo que la Reforma fué en 1918 una revolución estudiantil que arrancó el poder universitario de manos de la casta de los doctores, reivindicando la personería del alumnado como actor principal del hecho educativo, creando las condiciones necesarias para la adaptación de la Universidad a las nuevas condiciones imperantes en el país, y proclamando —acaso proclamando tan sólo— su identificación con las inquietudes de la masa en general y de los obreros en particular.

Con esto solamente, se constituyó como el movimiento progresista más vigoroso que hubo en el país desde fines del siglo pasado, cuando comenzó la organización proletaria.

No nació como movimiento ideológico, sino como resultante tal vez de un momento político. Y el no haberse querido constituir en ideología, manteniéndose como dinámica del estudiantado —de gente joven, en definitiva— es lo que la salva a lo largo de su historia frente a los augures de su decadencia y frente a las represiones de que fué y es objeto por parte del poder constituido en lo universitario y en lo político. Muchos le han criticado su falta de ideología y su carencia de bases doctrinarias. Dicen que es un movimiento amorfo, del cual no se ha estudiado aún el origen, la trayectoria, etc., etc. Y es probable que incluso sea cierto. Pero ello no alcanza a ser una crítica, y menos una crítica demoleadora, por cuanto nace de la no-comprensión de la Reforma, que nunca se hizo ilusiones ideológicas ni se interesó en cultivarlas. La prueba es que, pese a constituir en 1918 y hasta hoy un vigoroso movimiento de esencia política, no derivó después del período natural de su acción —lo universitario— en ningún partido político. Sólo podría citarse como caso contrario el de Perú con el A.P.R.A., creación de un dirigente universitario —Haya de la Torre— y no del todo, pues a la formación del A.P.R.A. concurren también otros elementos, tales como los grupos libertarios inspirados por González Prada, cuya influencia fué reconocida por el propio Haya.

Decíamos recién que la Reforma nació como resultante de un momento político. Convendría agregar que si bien nació en 1918, su concepción fué anterior, concretándose en 1918 con el movimiento de Córdoba. La cosa venía por cierto desde mucho antes. En lo que respecta a organización estudiantil, tenemos el caso de Centros de Estudiantes anteriores en veinte años a la Reforma —el de Ingeniería de Buenos Aires fué creado en 1894; el de Filosofía y Letras en 1905.

La misma Federación Universitaria de Buenos Aires (F.U.B.A.)

fué creada en 1906, y la Federación Universitaria Argentina (F.U.A.) el 11 de abril de 1918, meses antes del movimiento. Y en lo referente a los antecedentes del mismo, es muy conocido el de los estudiantes de Medicina de Buenos Aires, en 1906. Ya existía, pues, conciencia de los problemas que afectaban a la institución universitaria. Lo de 1918 fué una eclosión de esa conciencia, el momento en que el estudiante, como ya dijimos, se decidió a hacer actuar sus derechos y su responsabilidad frente a aquellos problemas.

Para entender por qué se produjo justo en ese momento y no en otro, es forzoso ir a las fuentes culturales y sociales del mismo. Entonces cabría analizar la influencia que ejercieron sobre el estudiantado de la época hechos tales como los que mencionábamos al principio de estas reflexiones. Y con lo que agregamos después sobre la influencia del medio en nuestros países, tendríamos más o menos bosquejado un cuadro general de la Reforma, como fruto de la tierra y de un momento especial del país.

Desde luego, la gente de 1918 fué demasiado ampulosa para nuestro gusto. Pero era aquella una época romántica y la nuestra es una época de falta de fe y revisionismo total. Lo cierto es que aquellos muchachos nos dejaron algo, o mucho, y deben ser tratados con reverencia. Hoy nosotros pensamos que podríamos hacer, casi seguramente, una reforma mucho mejor que la que ellos hicieron, y más profunda incluso. Pero no en vano han pasado treinta y siete años y hemos sido testigos de tantas batallas perdidas. Decía Reissig, en una conferencia que pronunció en Santa Fe, que "lo funesto fué cuando (los reformistas) subordinaron la política —que era una cosa fuerte y clara— a la ideología, —que era una cosa confusa".

No es ese nuestro caso. Sabemos que el valor de la Reforma del 18 fué político, esto es, episódico. Quiso la fatalidad —llamemos así a la confluencia de las calamidades exteriores y los errores internos— que se diera la Reforma en muchos países antes que en el de su origen. Aquí sólo se cumplió parcialmente y aún no se ha percibido por completo su valor y su necesidad.

No ha caducado: los hechos políticos no caducan hasta tanto no aparece otro hecho más completo y más fuerte en el mismo sentido. Y en lo que respecta a los estudiantes, no han creado algo más fuerte y completo que la Reforma. Hay estudiantes, por cierto, que están en otra cosa; pero justamente, es otra cosa, y no les pertenece. Les es dada por la corriente ideológica, confesional a veces, en que están embar-

cados, y no es como la Reforma Universitaria de creación exclusivamente estudiantil. Tal vez, en este terreno, la Reforma sea un hecho único. No demasiado claro, no muy explicable, escasamente definible, es cierto, pero de un valor perdurable como afirmación de una manera de ser moral que viene desde muy lejos en nuestra historia americana.

Lo fundamental es que nadie debe tomarla como hecho acabado, o congelado en lo conceptual. La Reforma Universitaria es verbo, su perduración radica en su dinámica y en el hecho de ser cosa de gente joven e incontaminada por la dialéctica y la voluntad de poder. Su puesta en vigencia —o su superación y liquidación inclusive— estará a cargo de los estudiantes, nunca de los ejemplares apolillados del “espíritu viejo” que supieron señalar los muchachos desde 1918 y que se prolongan hasta hoy, aferrados a un criterio lamentable: el de considerar —y éste es el problema de fondo universitario y educacional en nuestro país— que los estudiantes no saben lo que quieren y por lo tanto no están capacitados para decidir sobre los problemas que los afectan.

La circunstancia universitaria

Son las que siguen algunas reflexiones totalmente personales en torno a la circunstancia universitaria. Salvo una mínima ordenación, están ubicadas tal como se dieron y, no han perdido su carácter de obscuras y confusas experiencias ante problemas más bien sentidos que alcanzados reflexivamente. No quieren ser de ningún modo —mejor: quieren no ser, una esquematización o consideración sistemática de la situación universitaria y sus factores.

El fenómeno universitario es, ante todo, *un cierto número de personas que hacemos una misma cosa*. Quiero abarcar aquí lo meramente descriptivo. Porque en el plano de las significaciones, podríamos dudar de si se trata realmente de *una misma cosa*. Deberíamos entonces decir “que creemos hacer una misma cosa”. Pero con un alcance descriptivo, es evidente que hacemos más o menos las mismas cosas, y que éstas pueden al fin reducirse a una gran “misma cosa”. O sea: nos sentamos en aulas, escuchamos a las mismas personas —o mejor, las oímos— asistimos a idénticos trabajos prácticos, contraemos iguales obligaciones y respondemos democráticamente por ellas.

Hay, al menos, una primera y exterior *comunidad en el hacer*.

Claro, desde que descubrimos esta primera comunidad (“llamé-

mosla comunidad de conducta) podemos ya emplear el término genérico de "universitarios" aplicado a todos los que hacemos esas mismas cosas. Pero prefiero no usarlo, porque sospecho —gratuitamente tal vez— que no es posible, que es una violencia aplicar un mismo nombre genérico a personas sólo por este tipo de razón. Aunque normalmente basta que entremos en la Facultad y vayamos a alguna clase, o tengamos derecho al préstamo de libros, o acudamos de cierto modo a un bar cercano, para que se nos clasifique sin más.

Una primera investigación sería el ver si la comunidad se transfiere a otros planos —de sentido— a que es posible hacer referencia sucesivamente. Por ejemplo, si nos preguntamos *para qué* hacemos aquellas determinadas cosas, es claro que hemos pasado a un segundo plano de *motivaciones*. Entonces, nuestras acciones, ¿son comunes por causas comunes?

Aclaremos en lo posible de qué tipo de "causas comunes" puede tratarse. Un primer tipo sería aquel al que corresponde la causa más evidente: el título que obtenemos después de haber hecho esas mismas cosas durante un tiempo convenido de antemano.

Es normalmente admitido que la etapa universitaria forma parte de una etapa más amplia de la vida individual que comúnmente se llama "formación". Esta sería una causa de un género distinto. O sea: los que hacemos esas mismas cosas, queremos adquirir determinados conocimientos, capacitarnos de algún modo, alcanzar tras ese hacer *una cierta forma* a la que amoldaremos nuestra experiencia en adelante.

Ya es posible preguntarnos muchas cosas más: qué relación radical existe entre aquellas "mismas cosas" que hacemos y el propósito de formación; cuál la que existe entre el título y este mismo propósito; si el título indica algo más que una comunidad de conducta durante cinco años. (En fin, si tiene algún sentido la distinción misma entre un período de "formación" y otro de "forma adquirida").

Se ubican después las razones totalmente personales, con infinitas variantes, inclasificables. Las hay sin duda incalificables.

Pero he tocado algunas de gran alcance: la que se refiere a la "formación" por ejemplo, en tanto implica el ir tras una *forma* para nuestra vida. En este sentido, el hacer reviste un carácter que podríamos caracterizar como *potencialidad*. No es una actividad que tenga finalidad inmanente, ni siquiera inmediata; aspira a un futuro reali-

zarse. Pretende ordenar del mejor modo ciertas fuerzas para una utilización posterior lo más eficaz posible. Todos los que hacemos aquellas "mismas cosas" actuamos por tales o cuales motivos. Pero parece un rasgo común a éstos el que apuntan a un *para* más o menos lejano. Y esto es importante, porque puede llevarnos a pensar que nos estamos preparando para ser, pero que no somos, que nos reducimos a esquemas a llenar, a variables que sólo se concretarían ubicadas en la ecuación de una facultad, tras una operación que dura tantos años.

Finalmente, por sus características, no es un hacer entre otros haceres, sino que resulta un *modo general de nuestra vida* —transitorio en virtud de su potencialidad, es cierto —pero modo de vida, en definitiva. Quiero decir *circunstancia*.



Entonces, primariamente, los estudiantes somos *personas en una misma circunstancia*. Una misma, por factores que van más allá de una mera "comunidad de conducta".

Cuando seres humanos tienen cosas en común, ¿no pasa nada? Parecería que hay una gradación en el "tener cosas en común" y que más allá de cierto grado, *no pudiera menos que pasar algo*. Porque hay un hecho que es posible comprobar no bien se entra en el ambiente de la Facultad: *un estudiante de filosofía no tiene nada que decirle a otro estudiante*. Y este es un hecho enorme. Claro, aquí habría que aclarar el sentido en que entiendo *decir*. Porque evidentemente en los corredores se habla.

¿Nos hemos preguntado si alguna vez —entre las infinitas veces en que hemos hablado a alguien— *dijimos algo*. Podemos invertir la pregunta. ¿Hemos sentido alguna vez —entre las infinitas veces en que se nos ha hablado— que *se nos decía algo*?

Porque todo depende también de qué entendamos por *conversar*. Todo depende de que el "con" esté justificado. Y no está justificado, está de más, en una charla acerca del próximo parcial de latín. Sobre esto podemos charlar, pero no conversar. No podemos. Es decir, si acerca de un parcial de latín llegamos a *con-versar* ya hemos dejado atrás, muy atrás el mero parcial de latín.

¿Y qué hacer con el hecho que dos estudiantes no encuentran

nada que decirse? ¿Es necesario concluir que *no hay* nada que decirse? En todo caso, si llegamos a descubrir que no tenemos nada que decirnos dos personas que vivimos una misma circunstancia vital, sería importante invitarnos a analizar la seguridad de nuestro propio sentido.

De todos modos, los problemas no existen "sub specie aeternitatis". Si no hubiera nadie que hablara sobre cierto problema —mejor dicho: si no hubiera nadie *que lo sintiera como tal*, podríamos decir que no hay tal problema. ¿No tienen nada que decirse dos estudiantes? ¿No hay problemas universitarios? Un compañero mío cree que sí. Varios. Yo creo que sí. Bueno. Ya tienen vigencia vital los problemas universitarios.

La distinción entre hablar y conversar y decir, tal vez pudiera servirnos. Aplicada por ejemplo a ciertas categorías que bosquejan la circunstancia universitaria *de hecho*.

¿Qué significa, ante todo, esa clasificación básica de los seres del mundo universitario en dos grandes especies: los que hablan o tienen que hablar y los que oyen o tienen que oír y después repetir lo que oyeron. ¿No se nos ocurrió nunca poner en cuestión esa división entre transmisores y receptores? ¿No se nos ocurrió que el que habla, en realidad tendría que decir, tendría que *conversar*? ¿Que tal vez tendría que escuchar, escuchar para poder conversar? Porque sin duda es posible hablar sin escuchar, pero no conversar. ¿No hemos pensado que tal vez no sea cierto que debemos sentarnos solamente a oír? ¿Que tal vez debiéramos hablar?

Voy un poco más allá. Se podría analizar por qué el que solamente habla y tendría que conversar, adopta esta actitud. Si los factores son puramente personales o existen determinadas circunstancias de otra índole, que pesan sobre la relación recíproca hablante-oyente en una clase universitaria. Es decir, si no son imprescindibles ciertos *estados ambientales*, una cierta *estática* de la atmósfera espiritual en la que se hallan dos seres capaces de comunicación, para ésta sea posible. Y si, faltando estos estados ambientales, las actitudes que quedan son algo más que una grotesca y amarga pantomima de impotentes.

Además, hay que estudiar en sus detalles la forma de comunicación que es la ecuación maestro-discípulo. Cuáles son las condiciones indispensables para que podamos ser, relativamente a otro, alumnos, o lo que es lo mismo, cuáles las que posibilitan que otro pueda ser, rela-

tivamente a nosotros, maestro. En su sentido más radical, se trata de un delicadísimo equilibrio entre ambos miembros, que depende no sólo de la postura vital recíproca, sino también de la apercepción de esa postura por parte de los miembros. En el estado ideal de la relación, habría un proceso de necesidad, entrega y satisfacción de la necesidad, condicionado cada uno de los pasos por los otros dos en un complejo íntimo. Este proceso obedecería a las leyes de las necesidades espirituales y de la comunicación en general. Pero su especificidad consistiría en que, a diferencia de otros modos de comunicación que suponen una igualdad potencial de los miembros, a la ecuación maestro-discípulo sería inherente una esencial desigualdad, a un tiempo fundamental correlación y complementación.

Piénsese a qué queda reducida la ecuación cuando van desapareciendo los factores constitutivos. Cuando, por una parte no existe una necesidad, o al menos, no se tiene conciencia de ello; la fuerza que equilibraría el sistema o es ya un *saciar* algo. La *fuerza satisfaciente* o se derrama en el vacío de la ausencia de entrega, o se vuelve otra cosa. O cuando, por otra parte, existiendo la necesidad y por lo tanto la entrega, falta la fuerza satisfaciente. Ante la conciencia de esta falta, desaparece la entrega.

Analícense los factores concretos de la Facultad. Ténganse en cuenta la indiferencia del estudiante, la opresión del ambiente, la incapacidad de los profesores. Se descubrirá que "aquellas mismas cosas" que hacemos, *carecen rigurosamente de sentido*.



Retomo la idea de lo universitario como circunstancia vital. ¿Qué lugar ocupará esta perspectiva dentro del conjunto de las que han de constituir nuestra vida? ¿Qué quedará de ella (Hesse ha subrayado una y otra vez en sus obras el problema de las "perspectivas vitales" y los caracteres de los momentos críticos que ubicarían las transiciones de una a otra. ¿Es inevitable aplicar un historicismo radical al interior de la vida misma? El problema clave es entonces el de la posibilidad o imposibilidad de una integración con sentido).

Una tarea sería el plantear estos interrogantes ante cada caso personal de los ex-universitarios que han colaborado (y de los que no han colaborado) en el presente número de CENTRO.

Hablar con muchos de ellos con motivo de la preparación del

número fué una experiencia muy valiosa. Para unos, la etapa universitaria es un recuerdo lejano; a lo sumo, puede motivar alguna evocación agradable. Para otros, equivale a "cenizas que no hay que remover". Hay quienes ante la mención de "problemas universitarios" no pueden siquiera situarse. Otros, en fin, confiesan "no tener nada que decir". Los años universitarios constituyen una circunstancia totalmente inoperante. Vale la pena, creo, preguntarse por qué.

¿No hay entonces, en la circunstancia universitaria, nada trascendente? ¿A lo cual sea urgente entregarse? Algo que sintamos la necesidad de integrar en nuestra vida y conservar?

El profesional —quiere decir el hombre maduro en general— solo mantiene abierta su actitud espiritual en un sentido, hacia un lado. Es por ello que no le alcanzan las experiencias en su plenitud, sino ya en un escorzo determinado. Ha adquirido una forma, y fatalmente recibe al mundo a través de ella. Pero en el período de "formación", el hombre está abierto a las posibilidades de *muchos modos*, es sensible en *muchos sentidos*. Es capaz de aceptar una gama amplia de estímulos. A lo mejor se trata de una diferencia constitutiva (1).

Claro que esto es desmesurado como todo esquema. Pero tiene algo de realidad. La circunstancia universitaria acontece en una perspectiva vital en la que se da esa *elasticidad receptiva*. Y sin embargo, en general, el estudiante la enfrenta buscando desesperadamente protección tras una forma. No quiere aceptar que vive una etapa potencial. Adopta así la actitud que en el "esquema desmesurado" he dicho del hombre adulto: selecciona y perspectiviza la circunstancia. Lo cual no es más que una forma de cobardía. Que, claro está, se incorpora a razones tan sensatas como las de que "no vengo nada más que a estudiar" o "no quiero mezclarme en asuntos estudiantiles" o "el estudiante no tiene que hacer *política*".

Como si uno estuviera hecho de compartimentos estancos. Como si cuando uno estudia fuera posible encerrar, acallar, amordazar las otras inseparables necesidades espirituales: la comunicación, la verdad, la dignidad en fin. Porque tras esas razones sensatas viene en seguida el estado actual de nuestra Universidad: amordazados espirituales que oyen a castrados espirituales.

(1) Tal vez haya que cuestionar la distinción desde abajo. Tal vez el paso a ese "modo del hombre maduro" sea la muerte de toda riqueza espiritual. Tal vez la diferencia no sea constitutiva. Tal vez pueda, deba lucharse para eliminarla.

Hay una potencialidad primaria en nuestra vida. El experimentarla como posible o no, puede dar lugar, da lugar a dos modos fundamentales de postura —de concepción del mundo, si se quiere. La actualizamos en el momento en que nos damos cuenta que *es posible hacer algo con los demás* (2). Tal vez la circunstancia universitaria, ubicada en la perspectiva de la elasticidad receptora, sea la única capaz de posibilitar su desarrollo plenario, con consecuencias insospechadas. Demostrar esto conceptualmente —yo sólo alcanzo a asumirlo como experiencia— equivaldría a dar con una radical razón de ser de todos nuestros actuales afanes.

(2) Fatalmente, debo seguir distinguiendo. Sin duda todo el mundo hace algo con todo el mundo. Pero el alcance del hacer al que aludo nos tocaría en un plano esencial.

¿Para qué “sirve” la filosofía?

Hace cuatro años que estudio filosofía, y si pusiera como premisas, experiencias y sentimientos, llegaría a la conclusión de que es muy difícil ser buen estudiante de filosofía. Entiendo por buen estudiante el que no sólo asimila conocimientos sino el que vive lo asimilado, y como la vida es convivencia con seres y cosas, hace revertir eso asimilado en algo o alguien.

Hay en el contenido de otros estudios un acercamiento a aspectos parciales y concretos que derivan en aplicaciones parciales y concretas. Dejo a un lado las ciencias biológicas, matemáticas, físicas porque es de todo evidente. Pero aún la historia o la literatura nos enfrentan con algo limitado, asible, abarcable. Ningún profano pregunta para qué sirve la historia o la literatura. Y en cambio, muchos me han preguntado para qué sirve la filosofía. Hay algo que se les escapa, y lo extraordinario es que se les escapa la comprensión del hombre mismo. Podríamos decir que las ciencias fisicomatemáticas y biológicas expresan la necesidad del hombre frente al mundo de objetos que lo rodean y yendo más lejos al hombre como parte de ese mundo. Nadie duda de que si un químico estudia las propiedades del oxígeno lo hace en provecho del hombre. Y que si el físico construye un espacio de relaciones ideales lo hace para reducir ese caos de “cosas” perceptibles a un cosmos organizado, en donde todo se puede prever y explicar, desapareciendo así el terror del hombre primitivo frente a una naturaleza brutal y extraña por sus fantásticas manifestaciones. Pero por otra

parte, la historia, las letras, la filosofía expresan las necesidades del hombre frente al hombre mismo. La historia deja en pie un pasado del que la naturaleza humana no puede prescindir. ¿No es acaso la historicidad una diferencia que lo separa del animal? ¿El poder actualizar hoy lo que fué ayer, y el pensar que lo que es hoy se va a reflejar mañana? En literatura, como en todas las artes, hay un afán de comunicación, un deseo de estar con otros concretizado en una obra del espíritu. Pues si hay escritores es porque hay lectores, y si existen éstos es porque pueden existir aquéllos. Y la filosofía es por fin la necesidad de las necesidades. Me atrevería a decir que si existen las otras necesidades es porque el hombre filosofa, y, al filosofar se admira! ante la fantástica plenitud, ante ese orden mezcla de fantasía y de secuencia lógica de un universo que no parece necesitarlo para existir. ¿No es lógico entonces que busque dominar la naturaleza, de asegurarse un pasado, del que por lo menos está seguro, de dar algo con respecto a lo cual se sienta esencial, como el caso de un artista frente a su propia obra?

Entonces ¿porqué me preguntan para qué sirve la filosofía? No "sirve" —como no sirve la historia o la literatura—, es, existe, está ahí junto al hombre y pegada a él, y en cuanto éste abandona sus tareas cotidianas salta sobre él y pide satisfacción: el tributo que exige es expresar en palabras, en signos que los otros van a entender ese algo inefable, casi incommunicable que nos estruja. Y entonces cobra forma ese admirarse frente a todo lo que existe y no existe, sediento de expresión y comunicación, que se afana por estar en el mundo de los hombres y que por otra parte no hace con eso sino reclamar sus derechos legítimos.

Por eso dije que es difícil ser estudiante de filosofía. En primer lugar, hay que intuir no el fruto de un razonamiento no comprometido, sino la labor de algo mucho más complejo que la razón. La labor de un hombre que es además sentimiento, instinto, perplejidad, variación, ansiedad, situación en una época. ¡Cuántas veces leí una obra filosófica y creí entenderla, cuando sólo me había quedado en lo exterior, encadilada por la fuerza de un purísimo razonamiento matemático o por juegos de palabras irrechazables a fuerza de densidad! Y de pronto, después de varias lecturas, una luz, y uno aprieta los puños como para no dejar escapar ese algo que se entrevió como un relámpago y que quiere volver a esfumarse. ¡Dios, por fin lo acepté!

Y en segundo lugar: ¿qué hago yo con lo así aprehendido y elaborado? No creo que haya estudiante de filosofía que no se haya plan-

teado alguna vez esta pregunta, o en un momento de cansancio, o de desesperanza ante una tarea inacabable, o cuando la realidad más concreta de cada día reclama algo que ni la metafísica ni la lógica puede dar. Pues bien, no hay problema acá. Pertenezco a una época y como todos los hombres de ella, cada uno en su dominio, contribuyo a darle su tono peculiar. Es este tono el que va impregnar la vida, obras, artes e ideologías de una época. No sé si el positivismo es causa o efecto del auge de las ciencias, pero lo evidente es que había en ese momento una unidad estructurada y un fin determinado. Y cuanto más fuerte sea esa unidad y más visible lo que se trata de alcanzar, más se logrará y con más provecho. Allí están comprometidos el que trabaja, el que estudia o el que filosofa, y hasta el que no hace nada, pues ¿acaso el no hacer nada no es índice de algo? Yo, estudiante de filosofía, estoy comprometida por el especial punto de vista que adopte ante las obras que leo; por la manera en que las revista, adapte, rechace o acepte, por lo que elabore luego, y por lo que, como fruto de ese trabajo, dé de mí hablando, escribiendo o simplemente viviendo.

Chansons de Toile

Agosto 30 de 1955

Señorita N. N.

"CENTRO".

Estimada señorita:

Mil gracias por la amable invitación de "CENTRO" —que acepto muy complacida— a colaborar en el número extraordinario de esa revista de tan gratos recuerdos.

Les envío, pues, estas traducciones de dos antiguas canciones narrativas francesas, de esas que, según la bonita explicación tradicional, cantaban las mujeres al tejer sus telas.

Con un saludo muy cordial y los mejores deseos de éxito.

MARIA ROSA LIDA de MALKIEL.

Belle Erembor

Que era por mayo, cuando los días son largos
y de la corte real tornan los francos;
a la vanguardia marcha el Conde Arnaldo;
cabe el torreón de Erembor ha pasado,
ni levantó los ojos a lo alto.

¡Ay, Conde Arnaldo!

Bella Erembor, al ventanal sentada,
pañó de grana en su regazo labra;
ve retornar a los francos de Francia
y al Conde Arnaldo andar a la vanguardia.
Su razón dice en altas voces claras.

¡Ay, Conde Arnaldo!

—Arnaldo amigo, día he visto yo
cuando al pasar cabe mi torreón
bien os dolieseis si no hablara con vos.

—Tuya es la culpa, hija de Emperador,
otro hombre amaste y olvidástenos.

¡Ay, Conde Arnaldo!

—Conde, de tal calumnia librarne he:
con cien doncellas por Dios juraré
y treinta damas que conmigo traeré
que a ningún hombre, salvo a vos, amé.
Tomad la jura y luego os besaré.

¡Ay, Conde Arnaldo!

El Conde Arnaldo ha subido las gradas;
estrecho ha el talle y anchas las espaldas,
y las guedejas rubias y rizadas:
mejor doncel no le hay en toda Francia.
Ve a Erembor y a llorar comenzaba.

¡Ay, Conde Arnaldo!

El Conde Arnaldo ha subido al torreón;
sobre un lecho bordado se asentó,
y al lado suyo la bella Erembor

.....
Renace entonces el antiguo amor.

¡Ay, Conde Arnaldo!

Belle Doette

Bella Doeta, al ventanal sentada,
un libro lee, pero en él no está su alma;
del Conde Doón, su amigo, se acordaba,
que fué a justar en remotas comarcas.

¡Pena y dolor!

Un escudero llega hasta el estrado,
y sus alforjas presto ha desatado.
Bella Doeta baja muy de grado:
no piensa en malas nuevas de su amado.

¡Pena y dolor!

Bella Doeta al punto preguntó:
—¿Dó está tras tanto tiempo mi señor?
El escudero de piedad lloró.

Bella Doeta luego amorteció.
¡Pena y dolor!

Bella Doeta de pie se ponía,
ve al escudero, a él tiende la vista;
su alma está doliente y afligida
por su señor, a quien jamás vería.
¡Pena y dolor!

Bella Doeta empieza a preguntar:
—¿Dó mi señor que tanto debo amar?
—En el nombre de Dios, no he de callar,
murió Dóon, en justas muerto le han.
¡Pena y dolor!

Bella Doeta entona su plañido:
—Conde Dóon, ¡tuviste tan mal sino!
Por tus amores ceñiré cilicio,
sobre mi cuerpo no habrá piel de armiño.
¡Pena y dolor!

Por tí seré monjita en la iglesia de Dios.
Por tí he de fundar abadía nueva,
y cuando llegue el día de la fiesta,
si alguien falso a su amor entrar quisiera,
del monasterio no hallará la puerta.
¡Pena y dolor!

Por tí seré monjita en la iglesia de Dios.
Bella Doeta empieza su abadía;
grande es ahora y mayor concluída;
a aquél y aquélla ofrecerá acogida
que sufrir saben amorosas cuitas.
¡Pena y dolor!

Por tí seré monjita en la iglesia de Dios.

Los dientes del deseo

Por debajo de toda corteza,
más allá de todo temor,
detrás de las miradas
de los inservibles diálogos
del silencio ininterrumpido
de las estúpidas sonrisas
y las amables solicitudes,
detrás de todo ésto,
escupiéndolo todo;
por debajo de la piel
triturando los huesos
masticando la carne
muy dentro del alma,
están libres y limpios,
los dientes ocultos,
cavadores rojos de fosas absurdas,
moradores fieles de todas mis vísperas.
Son dientes de hambre.
Son dientes febriles,

dientes crueles,
umbríos,
sin fin.

Y tratamos de engañarnos.

Porque hay algo inconfesado.

Porque somos unos cerdos cobardes y ridículos.

Porque yo lo veo constantemente

en los ómnibus donde la gente se aprieta y estalla

en los ojos que quemán en las calles

en los cines oscuros donde las piernas se rozan largamente

aquí y allá y en todas partes

y aún en los lugares más inusitados

en las iglesias donde por lo general se reza

en los cementerios donde los muertos ríen

y hasta en los árboles el mar y la tormenta

hay algo de ese sombrío fatalismo,

certidumbre implacable,

culebra maldita que se retuerce atrozmente en mi sangre

reventando mentidas y anheladas purezas.

Dientes de furia de pena y de amor,

orugas que taladran hasta mis orígenes palpables,

puñales que abren la carne

y se hacen necesidad impía,

ansias infinitas de salvaje desenfreno,

dura insatisfacción en mi verdad,

vida del deseo,

vida!

JORGE RAUL LAFFORGUE

A Gustavo, de cuatro años,
in memoriam.

I

Dios apocalíptico
qué poco mide la tarde
cuando espero de pie el paso de tus ángeles,
raudos, vara de luz en mano
al viento el indeleble hábito que enceguece.
Porque los muertos susurran incorporados bajo el sol
y regresan, interminables regresan,
y cada árbol los esconde
cada hoja es una palabra, dicha
siempre dicha,
entendida a veces,
lamentada.

Poseer el secreto sería por cierto vivir
apretadas horas que se deslizan en pendiente
por tardes que desesperan en otro país extenuado y cercano;
y no querer levantar al niño de bruces
por miedo a que saber ahogue,
ni ver caer su cabello vertical en el aire,
ah, no atreverse a asir sus dedos únicos
porque la muerte no es el esperado límite
la muerte es la circunferencia vertiginosa a la que somos
[arrojados]

trémulos
espantados
acaecidos ya y por siempre carne del tiempo inenarrable.

II

Ahora que día tras día
el cielo muda su cálido follaje y se asemeja
cada vez más a la pizarra transparente de tus ojos,
ahora
que el espeso octubre mana lentamente las tardes,
ahora debías marchar,
que era tu tiempo.

Ah, sí, escuchabas el animal inmemorial
rondando en ciernes sobre tu talle fresco,
y crecía
de noche
atravesando la sangre de ambiguos sueños.
Lo sabías,
bajo la luz te turbábamos
y te hacíamos reír, cuando en cambio
hubiéramos debido congregarnos en torno de tí,
silenciosos
anhelantes
buscando detrás de tu voz el sellado pórtico.

Pero ya es tarde,
ya no podrá tu piel urdir el subterráneo mundo
ya te has devuelto cauce adentro
y aconteces en Dios tu apremiado destino.
Ya no vendrán en mí rescate tus manos o tu rostro,
acudido estás de milagro y en vano clamo
contra mares de arena que inexorables sobre mí devienen.

En vano clamo tu retorno y acechado
persisto.

CESAR MAGRINI

Bibliografía sobre J. B. Alberdi

PRESENTACION. — Sorprendidos por la publicación de un importante libro —quizá por solo— sobre J. B. Alberdi privado de todo aparato bibliográfico (*) nos apresuramos a ofrecer a nuestros lectores esta bibliografía. La misma no es selectiva ni, claro está, acumulativa. Se limita a clasificar piezas bibliográficas que un potencial estudioso de Alberdi podría compulsar, de proponérselo, con la mayor facilidad. A él sugerimos:

Cotejar diversas ediciones de las "Bases" no sólo en cuanto al texto seguido, sino también en cuanto concierne al prologuista o noticiero.

No prescindir de piezas como A. 30, utilización de textos alberdianos para fines inmediatos, o como B. 2, discurso de circunstancias. Y ello porque creemos que la lectura de Alberdi no termina con la de sus textos y los de sus críticos y apologistas, sino con la de los últimos a quienes Alberdi —hombre y obra— interesó o, simplemente, sirvió.

C. F. L.

A. OBRAS Y EDICIONES:

1. J.B.A. - De los abusos y víctimas del crédito público... Impr. de "El Siglo". Montevideo, 1876.
J.B.A. - Autobiografía. La evolución de su pensamiento. Prólogo por Jean Jaurés. Grandes Escritores Argentinos, vol. II. "El Ateneo", Buenos Aires, 1927.
3. J.B.A. - Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina... Impr. "Argentina", Buenos Aires, 1852.

(*) Cfr. San Martín y Viamonte: Bernardo Canal Feijóo: **Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi.** Bs. As. FCE, 1955.

4. J.B.A. - Bases y puntos de partida... 2ª edición. Impr. del "Mercurio", Valparaíso, 1852.
5. J.B.A. - Bases y puntos de partida... Fco. Cruz, Barcelona, 1914 (?).
6. J.B.A. - Las Bases. Noticia preliminar por Ricardo Rojas. Biblioteca Argentina, t. 3 "La Facultad", Bs. As., 1915.
7. J.B.A. - Bases y puntos de partida... Advertencia por Fco. Cruz. "La Cultura Argentina" Bs. As. 1915.
8. J.B.A. - Bases. 2ª edición. (de J.B.A.). Prólogo por R. Rojas. Impr. de la Universidad, Córdoba, 1928.
9. J.B.A. - Bases y puntos de partida para a... Trad. de J. Paulo de Medeyros. Prefacio por A. de Mello Franco. División de cooperación intelectual do M.R.E. Coleção Brasileira de Autores Argentinos, IV. Río, 1941.
10. J.B.A. - Bases y puntos de partida... Prólogo por Clodomiro Zavalía. Biblioteca de Clásicos Argentinos, vol. V. Estrada. Bs. Aires, 1943.
11. J.B.A. - Bases y puntos de partida... Prólogo por Alfredo L. Palacios. Colec. Panamerirana, vol. II. W. M. Jackson, Buenos Aires, 1945.
12. J.B.A. - Biografía del Gral. Don Manuel Bulnes... (En "El Gral. Manuel Bulnes". Estudios seleccionados por G. Feliú. Cruz. Pgs. 43-107. Santiago de Chile, 1937).
13. J.B.A. - (Figarillo). Caracteres. (En "La Revista de Buenos Aires", año II, t. VI, Nº 22, págs. 287-291, Bs. As. 1865).
14. J.B.A. - Carta de... (En "Algunas cartas a Alejo Peyret", en Revista de Filosofía, t. I, año III, Nº 3, págs. 324-325, Buenos Aires, 1917).
15. J.B.A. - Cartas familiares del Dr... (En "Atlántida". t. III, Nº 8, págs. 161-183, a G. Aráoz; t. III, Nº 9, págs. 400-406, a M. E. de Sarratea; t. IV, Nc 11, págs. 276-288, a T. A. de García, N. García y Alberdi y R. Colombres, Bs. As., 1911).
16. J.B.A. - Cartas inéditas de... a J. M. Gutiérrez y F. Frías. Recopilación e introducción de J. M. Mayer y E. A. Martínez. "Luz del Día", Bs. As. 1953.
17. J.B.A. - Carta notable del Dr... (En "El Independiente", de Tucumán, del 12/4/1878, a G. Cortés).
18. J.B.A. - Cartas sobre la prensa y política militante de la República Argentina. Prefacio por Un Liberal [Nicolás Oroño]. Impr. y lit. a vapor de la S. A. Bs. As., 1873.
19. J.B.A. - Cartas Quillotanas. Carta explicativa por D. F. Sar-

- miento. La Cultura Argentina, Bs. As., 1916.
20. J.B.A. - Cartas sobre la prensa y... (Quillotanas) Estudio preliminar por H. Zorraquín Becú. B.C.A., vol. XVIII. Estrada, Bs. As., 1945.
 21. J.B.A. - The orime of war. J. M. Dent & Sons. London, 1913.
 22. J.B.A. - El crimen de la guerra. Estudio por J. N. Matienzo. La Cultura Argentina, Bs. As. 1915.
 23. J.B.A. - El crimen de la guerra. Prólogo de Th. Baty. Biblioteca French, Bs. As., 1915.
 24. J.B.A. - El crimen de la guerra. Homenaje del H. Concejo Deliberante, Bs. As., 1934.
 25. J.B.A. - Críticas teatrales de... (En "Atlántida", t. XII Nc 36, págs. 419-433, Bs. As., 1913).
 26. J.B.A. - Derecho público provincial argentino. Prefacio por M. García Mérou. La Cultura Argentina, Bs. As., 1917.
 27. [J.B.A.] - Diplomacia de Buenos Aires y los intereses americanos y europeos en el Plata, con motivo... Impr. "Hispano-Americana, de Cosson y Comp., París, 1864.
 28. J.B.A. - Discurso de... en la inauguración del Salón Literario. (En "Antecedentes de la Asociación de Mayo. Homenaje del H. Concejo Deliberante", págs. 37-45, Bs. As., 1939).
 29. [J.B.A.] - Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil. Impr. tip. a vapor, Montevideo, 1865.
 30. J.B.A. - La elección del futuro presidente. Selección de Fco. Cruz. Impr. Monkes, 1916.
 31. J.B.A. (Figarillo) - Los escritores nuevos y los lectores viejos. (En "La Revista de Buenos Aires", año III, t. VII, N° 27, págs. 435-441, Bs. As. 1865).
 32. J.B.A. - Escritos póstumos de... 16 tomos. Impr. Europea, Buenos Aires, 1895-1901.
 33. J.B.A. (Figarillo) - Escritos satíricos y de crítica literaria. Prólogo y notas por J. A. Oría. Colec. Estrada, vol. XVI, Buenos Aires, 1945.
 34. J.B.A. - Estudios económicos... Estudio sobre las doctrinas sociológicas de Alberdi, por J. Ingenieros. La Cultura Argentina, Bs. As., 1916.
 35. J.B.A. - Estudios sobre la Constitución Argentina de 1853. Examen de la Constitución Provincial de Buenos Aires sancionada en 1854. G.E.A., vol. n. XXIV. W. M. Jackson, Buenos Aires, 1943.
 36. J.B.A. - Fragmento preliminar al estudio del Derecho... Im-

- prenta de la Libertad, Bs. As., 1837.
37. J.B.A. - Fragmento... Reedición facsimilar. Noticia preliminar por J. Cabral Texo. F.D.C.S., I.H.D.A. Colec. de Textos y Documentos para la Historia del Derecho Argentino, vol. III, Bs. As., 1942.
 38. J.B.A. - El Gigante Amapolas... Noticia por A.J.P. (En "F.F.L., I.L.A. Orígenes del Teatro Nacional. Sección Documentos". T. III, págs. 139-178. Bs. As. 1925-1932).
 39. J.B.A. - Grandes y pequeños hombres del Plata. (Contiene: Historia de Belgrano por B. Mitre..., Facundo y su biógrafo). Biblioteca de Grandes Autores Americanos. Garnier, París, s.f.
 40. J.B.A. - Juan María Gutiérrez. (En "La Biblioteca", año II, t. III, N° 9, págs. 161-192. Bs. As., 1897).
 41. J.B.A. - El Imperio del Brasil ante la Democracia de América... Impr. A. E. Rochette, París, 1869.
 42. J.B.A. - De la integridad nacional de la República Argentina. Impr. del Estado. Paraná, 1855.
 43. J.B.A. - De la integridad... Impr. y libr. del Mercurio. Valparaíso, 1855.
 44. J.B.A. - Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil. Cartas dirigidas a sus amigos por Impr. Simón Racón y Comp. París, S.F.
 45. J.B.A. - De la magistratura y sus atribuciones en Chile; o sea... Impr. del Mercurio. Valparaíso. 1846.
 46. J.B.A. - Mayo y la España. (En: Carranca, N. - Oratoria Argentina. T. I, págs. 579-580. Sesé y Larrañaga. Bs. As. 1905).
 47. J.B.A. - Memoria en que el Ministro de la Confederación Argentina en las Cortes de Inglaterra. Francia y España, da cuenta... Impr. de J. Clave. París. 1860.
 48. [J.B.A.] - A memorial on the national and territorial unity of the Argentine Republic... Press of Case, Lockood and Co. Hartford. 1857.
 49. J.B.A. - Obras completas. Apuntes biográficos por M. Bilbao y A. Reynal O'Connor. 8 vol. Impr. y enc. de la Tribuna Nacional. Bs. As. 1886-1887.
 50. J.B.A. - Obras selectas. Introducción por J. V. González. 18 tomos. La Facultad. Bs. As. 1920.
 51. J.B.A. - Organización política y económica de la Confederación Argentina. (Contiene: Basse... Elementos del Derecho... Sistema económico y rentístico... De la integridad na-

- cional...). Impr. de J. Jacquin. Besanzon. 1856.
52. J.B.A. - Organización de la Confederación Argentina. Estudio preliminar sobre las ideas políticas de Alberdi, por A. Posada. 2 tomos. El Ateneo. Bs. As. 1913.
 53. A. [J.B.A.] - Peregrinación de Luz del Día o... Casavalle. Bs. As. s.f.
 54. J.B.A. - Luz del Día en América. Noticia preliminar por R. Rojas. B. A., vol. IX. La Facultad. Bs. As. 1916.
 55. J.B.A. - Peregrinación de Luz del Día o... Estudio crítico por M. García Merou. Bs. As. 1916.
 56. J.B.A. - Peregrinación de Luz del Día. Prólogo por J. M. M. Rosa (h.). Choele-Choel. Bs. As. 1947.
 57. J.B.A. - Proclama de... a los Argentinos. (En: Carranza, N. - Oratoria Argentina. T. I. págs. 517-539. Sesé y Larrañaga. Bs. As. 1905).
 58. J.B.A. - Puerto de Buenos Aires. La Ensenada. (En: Nueva Revista de Buenos Aires. T. II, págs. 221-223. Bs. As. 1881).
 59. J.B.A. - ¿Qué nos hace la España? (En: El Plata Científico y Literario. T. V, págs. 99-100. Bs. As. 1855).
 60. J.B.A. - La República Argentina consolidada en 1880... Impr. Coni. Bs. As. 1881.
 61. J.B.A. - La Revolución de Mayo. Noticia por A. Jiménez Pastor. (En: F.F.L., I.L.A. Orígenes del Teatro Nacional. Sección Documentos. T. III, págs. 31-138. Bs. As. 1925-1932).
 62. J.B.A. - En Gral. San Martín en 1843. (En: Gual i Jaén, R. - Biografía del Gral San Martín acompañada de... págs. 35-49. Impr. Ducessois. París. 1844).
 63. J.B.A. - Tobías o la cárcel a la vela. Noticia por R.R. (En: F.F.L., I.L.A. Orígenes de la Novela Argentina. Sección Documentos. T. I, págs. 487-530. Bs. As. 1926-1931).
 64. J.B.A. - Del uso de lo cómico en Sud América. (En: El Plata Científico y Literario. T. V, págs. 151-152. Bs. As. 1855).
 65. J.B.A. - La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright... Garnier. París. 1876.

B. CRITICOS Y APOLOGISTAS:

1. "Un amigo de la República Argentina. - El Dr. Alberdi, su misión, sus esfuerzos y su falta de éxito. Impr. Argentina. Bs. As. 1858.
2. Bessaso, Manuel V. - J. B. Alberdi. (Discurso). Bs. As. 1935.
3. Biedma, J. J. y Pillado, J. A. - J. B. Alberdi (Del Diccionario

- Biográfico Argentino). Impr. Biedma. Bs. As. 1897.
4. *Bucich, Antonio J.* - Alberdi en la Asociación de Mayo. (Discurso). Comisión Pop. del Centenario de la Asociación de Mayo. Bs. As. 1937.
 5. *Cárcano, Ramón J.* - Urquiza y Alberdi. Intimidades de una política. (Cartas). La Facultad. Bs. As. 1938.
 6. *Carilla, Emilio* - Peregrinación de Luz del Día, de Alberdi. (En: F. F. L., Sección de Literatura Ibero-Americana. Cervantes y América. Págs. 45-57. Bs. As. 1951).
 7. *Carranza, Adolfo S.* - ¿Alberdi fué traidor? (Contiene el artículo publicado en La Nación el 30/11/1919: Un premio a la traición...). s.d.
 8. *Comisión Nacional de Homenaje a J.B.A.* - Colocación de la piedra fundamental del monumento a Alberdi... Publicación Oficial de la... Bs. As. 1938.
 9. *Comisión Pop.* - Repatriación de los restos del Dr. Juan B. Alberdi. (Contiene: ... Discursos de F. Posse, A. Reynal O'Connor, D. Peña... escritos de P. Groussac... artículos de la prensa...). Bs. As. 1889.
 10. *Dana Montañó, Salvador M.* - Las primeras constituciones de la provincia de Cuyo. Influencia de Alberdi en el Derecho... T.G. de Best Hnos. Mendoza. 1938.
 11. *Davis, Harold E.* - Makers of Democracy in Latin America. Interamerican bibliographical and library Association publications. Series I. vol. 9, págs. 49-51. Wilson. New York. 1945.
 12. *Díaz Arana Ah.O, Juan José* - Influencia de Alberdi en la Constitución Nacional. Juicio ante una controversia. Abeledo. Bs. As. 1947.
 13. *Estrada, José Manuel.* - Peregrinación de Luz del Día. Examen crítico. (En: Revista del Río de la Plata). T. XI, N° 41, págs. 86-139. Bs. As. 1875).
 14. *Gallo, Vicente C.* - Alberdi. (Discurso). (En: Evocaciones históricas, págs. 176-184. Gleizer. Bs. As. 1937).
 15. *García, Carlos F.* - J. B. Alberdi y la escuela histórica del Derecho. (En: Boletín de la Universidad Nacional de La Plata. T. XVIII, n° 6, págs. 137-188. La Plata. 1935).
 16. *García Mérou, Martín.* - J. B. Alberdi. Ensayo crítico. Lajouane. Bs. As. 1890.
 17. *Groussac, Paul.* - Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional. (En: Estudios de Historia Argentina. págs. 261-371. Menéndez. Bs. As. 1918).

18. *Irazusta, Julio*. - Alberdi en 1838. Un trascendental cambio de opción práctica. (En: Ensayos históricos, págs. 135-207. La Voz del Plata). Bs. As. 1952).
19. *Jaurés, Jean*. - Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas. (Conferencia). (En: Atlántida. T. IV, nº 10, págs. 35-55. Bs. As. 1911).
20. *Moreau, Gabriel S.* - Alberdi y la organización nacional. (Conferencia). Bs. As. 1925.
21. *Olleros, Mariano L.* - Alberdi a la luz de sus escritos en cuanto se refieren al Paraguay. Quell. Asunción. 1905.
22. *Orgaz, Raúl A.* - Alberdi y el historicismo. Impr. Argentina. Córdoba, 1937.
23. *Oría, José A.* - Alberdi "Figarillo". Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata. (En "Humanidades", t. XXV, Historia, 2 parte, págs. 223-283, 1936).
24. *Oyuela, Ignacio* - J. B. Alberdi, una conciencia anormal. Menéndez, Buenos Aires, 1920.
25. *Palacios, Alfredo L.* - Alberdi, constructor en el desierto. Academia de Ciencias Económicas. Ed. Especiales, Nº 4. Losada. Buenos Aires, 1944.
26. *Palcos, Alberto* - La polémica entre Alberdi y Sarmiento. (En Síntesis. Año III, t. IX, Nº 26, págs. 191-199, Bs. As., 1929).
27. *Pedro, Valentín de* - Figarillo en la casa de Figaro. Don Salvador Alberdi, español, liberal y amigo del Gral. Belgrano. (En "Próceres Argentinos en España", págs. 85-94 y 129-141. Partenón. Bs. As., 1945).
28. *Pelliza, M. A.* - Alberdi, sus obras y sus escritos. Casavalle. Buenos Aires, 1874.
29. *Peña, David* - Defensa de Alberdi. (Conferencia). (En "Atlántida", t. IV Nº 11, págs. 161-202. Bs. As. 1911).
30. *Popolizio, Enrique* - Alberdi. Losada. Bs. As., 1946.
31. *Poviña, Alfredo* - Ideas sociológicas de Alberdi. (Conferencia). La Raza. Tucumán, 1940.
32. *Quesada, E.* - La figura histórica de Alberdi. (Conferencia). (En "Revista de Derecho, Historia y Letras". Año XXI, t. LXIII, págs. 348-382, Bs. As. 1919).
33. *Quiroga Rosas, Manuel* - Cartas de... a J. B. Alberdi. (En "Antecedentes de la Asociación de Mayo." Homenaje del H. Concejo Deliberante, págs. 121-136. Bs. As., 1939).
34. *Ravignani, Emiño* - Las doctrinas de Alberdi y Sarmiento en nuestra historia constitucional. (En Síntesis. Año IV, t. XIV,

- Nº 40, págs. 41-62. Bs. As., 1930).
35. *Rojas Paz, Pablo* - Alberdi, el ciudadano de la soledad. Losada. Bs. As., 1952.
 36. *Rosa (h.), José María* - La iniciación sociológica de Alberdi. Santa Fe, 1941.
 37. *Sáenz Hayes, Ricardo* - La polémica de Alberdi con Sarmiento. (En "La polémica de Alberdi con Sarmiento y otras páginas". Págs. 17-83. Gleizer. Bs. As. 1926).
 38. *Saldías, Adolfo* - Las cartas de Alberdi. Introducción y notas de... (En "Revista de Derecho, Historia y Letras". Año IV, t. XI, págs. 26-46 y 203-215 -a M. Chilavert-; págs. 325-349 -a M. Terrero y M. Rosas de Terrero-; págs. 539-543 -a M. Terrero y Juan Manuel de Rosas. Bs. As. 1901-1902).
 39. *Salvadores, Antonino* - J. B. Alberdi. Su iniciación intelectual. (En "Boletín de la Universidad Nacional de La Plata". T. XVIII Nº 6, págs. 6-22. La Plata. 1935).
 40. *Tobal, Federico* - El crimen de la guerra, por J. B. Alberdi. Crítica de la obra. (En "La Quincena". T. III, págs. 247-289 y 361-383. Bs. As. 1896).
 41. *Velasco Ibarra, J. M.* - El aporte internacional de Alberdi. (En "Experiencias jurídicas hispanoamericanas". Págs. 127-133. Americanae. Bs. As. 1943).
 42. *Villarrubia Norry, M.* - Documentos históricos del Dr. Juan B. Alberdi. T. G. Solá Hnos. y Zampetti. Córdoba, 1938.
 43. *Villoldo, Juan Antonio* - Alberdi. (En "Recuperación Argentina: formas del pasado y del presente nacional". T. G. Artús. Bs. As. 1944).
 44. *Zambonini Leguizamón, Alberto* - El mensaje de Alberdi: Gobernar es poblar. (Conferencia). Bs. As., 1950.
 45. Manifestación al Dr. Alberdi (Del Pueblo Tucumano). (En "El Independiente" de Tucumán, del 14/9/1877).
 46. Juan B. Alberdi. (En "Nuestros colaboradores, en Atlántida". T. III, Nº 8, págs. 314-319, Bs. As. 1911).



San Martín y Viamonte

ALBERTO GIRRI: Línea de la Vida, Buenos Aires, Sur, 1955.

Hay en su actitud ante sí mismo y lo humano, un ansia de sinceridad, un desnudarse de todo lo que no es esencial.

Esta exigencia le lleva a un buceo constante en su interioridad.

Parte reconociéndose no comprometido con el mundo que le impone hábitos y gestos gastados.

Las cosas comunes le son ajenas; asiste sin fe a los pactos del mundo; tales son sus palabras.

En este rechazo persistente de los ordenamientos humanos, falsos, que carecen de sentido, se acentúa una personalidad prepotente, que se aísla en su soledad. MURENA dice de él: "Fué hasta donde arrastran los extravíos del aislamiento y tuvo gestos de absolutismo e impiedad, como el cielo que lo cubría". Porque a veces su hostilidad

se refiere a lo serio, a lo que sentimos sagrado. Pero a pesar de su actitud hostil a los cultos humanos, —culto de la pureza, de la muerte, de la inmortalidad;— a pesar de sus autodefensas —cinismo e ironía—; tiene un ansia velada de pureza, de eperanza, de reconquistar la fe que está en los otros.

Siente aversión a "los buenos", "los que salvan", "los puros", porque no se han asomado al misterio contradictorio del hombre, al abismo del pecado y de la culpa.

"Ser réprobo o elegido no me

[importa,

El hambre de misterio que

[muy abajo busco

Se llama pecado;

Si soy ruina mi debilidad es

[privilegio,

Como también es privilegio la resignación espuria de crecer

[y morir;

¡Felices órganos y ceremonias

[mías que no engañan!"

Y luego, sucede, como si la rea-

lidad de la culpa le hubiera mutilado las ansias de ascender, de descubrir el amor.

Una genuina exigencia de ser puros es el reverso de su sentimiento de disgusto del mundo y de sí.

El poeta está solo, con su propia experiencia, traducida en palabras poéticas; solo, porque le ha cortado las alas al sentimiento; lo ha coartado por anhelo de rigor intelectual.

Incapacitado para amar, está solo, en medio de sus descubrimientos:

"Tanta destrucción, tanto
[desapego,
Confirman mi presencia en
[el rebaño,
Y estoy solo como un espejo
[sin eco,
Como un vidente,
Solo,
A pesar del manso Virgilio,
A pesar de las sirvientas
[olorosas,
Y el callado río sensible de lo
[eterno."

Dice en sus poesías, con nostalgias o ironía, el fracaso del amor humano.

En "El engañado" expresa del modo más acabado, un sentir frente a la relación amorosa que se desprende también de otras composiciones:

... "Cree buscar lo absoluto...
... Después de una inacción
[triste, absorta,
Algo como un resentimiento
Hacia los afortunados que
[esquivaron el engaño,
Un darse cuenta que el salir
[de sí mismo
Para verse vivir en otro rostro,
No es comunión, es desunión,
Es abandonar en mezcla insípida
Lo distinto que persiste en
[cada cual.
Y al terminar la pugna,

Devorada ya la imitación que
[tuvo
Vuelve a estar en el punto de
[partida,
Y solo."

No basta el deseo o la experiencia amorosa para trascender la soledad.

Su sensibilidad delata también la muerte, tema presente en su poesía:

... "La muerte es la palabra
[disponible...
... Toda muerte es un miedo,
Una edad contraria que
[nunca se detiene"...

Desde la muerte mira la humano, en perspectivas audaces.

Pero la certidumbre sobre sí mismo, que busca en un adentrarse constante, no la posee por completo. Su verdad personal trata de subir hasta su canto, desde las experiencias de la sensibilidad y del corazón.

Pero no se traduce toda en palabras, y atrae su poesía por ese algo más que no termina de decir.

R. Zungri

BERNARDO CANAL FEIJÓO: Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955.

"La... exposición integral del pensamiento político sociológico de Juan Bautista Alberdi bajo el triple aspecto teórico, histórico y biográfico, en su inherente simultaneidad e imbricación" (págs. 50-51). Tal quiere ser, para su autor, el ensayo que nos ocupa. Pero:

"... exposición integral del pensamiento político sociológico de Juan Bautista Alberdi". Sabemos que la exposición integral de un pensamiento dado exige la lectura y relectura integral de la obra en que el mismo ha sido fijado, al

menos en intención, por su autor. Sabemos que Canal Feijóo viene cumpliendo esa tarea previa desde hace años (cfr. *Teoría de la Ciudad Argentina*, Bs. As. Sudamericana, 1951, *passim*). Lo que no sabemos es por qué nos ha negado las pruebas del cumplimiento de esa tarea previa, traducidas en citas y notas de remisión a la obra alberdiana (sin descuidar las de ediciones —pensamos en las de las Bases—) así como las de referencia a críticos y apologistas de aquella. Ha preferido transcribir todos los pasajes —ausente siempre la cita, la nota— que interesan a su exposición integral. Ha cumplido, eso sí, una clarificadora tarea de reordenamiento. Desafortunadamente no ha contestado las preguntas, a las que tanta importancia sabe hacer cobrar, con que gusta cerrar sus reordenamientos del texto alberdiano (ofr. págs. 522, 536, 567).

“... aspecto teórico”. Hilo rojo del ensayo, consiste en la paráfrasis, ligeramente crítica, de los pasajes transcriptos. Estos, arrancados ya a los prematuros **Ensayos Musicales** y hasta a la senil **República Consolidada**, son tan representativos de la obra alberdiana cuanto lo permite el transcribir y no citar. Advertimos que el autor cree que en el **Fragmento** podremos encontrar siempre, en germen, toda idea, toda obra posterior de Alberdi (cfr. 320, 322, 516, 564-5, 582-3).

“... aspecto histórico” — Confesamos que en el sentido propuesto en las páginas 50-51 no lo hemos advertido a lo largo de las muchas que las siguen. Quizá otros lo descubran en el enfrentamiento con Echeverría, en el paralelismo (convergente,) con Sarmiento, en el triángulo Alberdi, Urquiza-Mitre, Sarmiento.

“... aspecto biográfico” — Ex-

puesto, no desarrollado, en breves **Momentos**, que se nos antojan caprichosos cronológicamente, permanece ausente en el resto de la obra porque: “... la vida que quedaba con él (Alberdi), ... él la guardó en trasfondos de pudor autobiográfico que no es necesario violar en este ensayo”. (pág. 51).

“... en su inherente simultaneidad e imbricación” — Si lo expresado anteriormente vale, naturalmente “... en su inherente simultaneidad e imbricación” queda en simple enunciado. Una ojeada al desconcertante índice único que cierra el volumen ya lo hacía sospechar.

Lectores atentos de *Teoría de la Ciudad Argentina, de Confines de Occidente*, no admitimos que Canal Feijóo se rehuce no ya a enjuiciar, sino a explicar a Alberdi. Por ello, recibimos **Constitución y Revolución** como una presentación de materiales en elaboración. Y como una buena guía introductora al estudio de Alberdi si, en sucesivas ediciones —que, a no dudar, el libro alcanzará— el autor nos ofrece el aparato bibliográfico de que, insistimos, privó a la presente. Y finalmente, como el primero de los libros de Canal Feijóo sobre Alberdi, porque la denuncia y rechazo, que compartimos, de una crítica y una apología obliga a superarlas. Y ello no se consigue con el ejercicio en superficie de la primera, el que lleva, inevitablemente (cfr. págs. 246, 260, 690, 318, etc., etc.), a la segunda.

C. F. L.

BEATRIZ GUIDO: La Casa del Angel, Buenos Aires, Emecé, 1954.

Este título anodino esconde el premio literario Emecé de 1954. Premio a la novela. Cosa total-

mente incomprensible a nuestro parecer, porque tanto para premiar como para criticar una producción literaria de esta naturaleza es preciso ante todo que ésta exista. Hacemos la aclaración, aparente perogrullada, porque no nos atrevemos a llamar tal, pese a la extensión que tiene el moderno concepto de novela, a esta incoherente expresión de balbuceo psicológico, que la autora con grande, injustificado, casi diríamos infantil orgullo bautiza de este modo y que no presenta ninguna característica que le permita definirse como tal. Sólo podemos interpretar como gesto a manera de aliento hacia una escritora joven, el que se haya permitido denominar así a aquello que evidentemente nació como deshilachado diario íntimo de adolescente ligeramente freudiana, y que, publicado sin el agregado de metáforas, figuras retóricas y expresiones literarias más o menos aceptables que le darían jerarquía de novela según la autora, insistimos, hubiera tenido más aceptación como documento de innegable valor psicológico; no el pretendido de presentar y resolver hábilmente con sutileza de matices situaciones difíciles y tremendas, sino otro muy distinto.

En efecto, a través de estas páginas poco hilvanadas Ana Castro, la protagonista, cuenta su infancia transcurrida en la gran casona, en compañía de sus hermanas, los veraneos en una "paquetísima" quinta de viejos alrededores, sus emociones primeras con el cine mudo, todas pecaminosas, sus juegos compartidos e incomprensidos de niña prodigio, para llegar finalmente a un dramático e inesperado desenlace en la última página. Sin mucha relación con lo anterior, leemos que un día aparece el padre con un correligionario político,

quien debe batirse a duelo con otro señor por cuestiones que no interesan. El padre le ofrece su casa y su jardín para el encuentro. La madre se cpone. Todos sufren. El duelo se efectuará. Mientras llega la madrugada, hora clásica de duelistas, Aguirre espera. La protagonista fascinada por el perfil del hombre de honor va a llevarle con mentida excusa un escapulario. El la ve llegar en medio de la noche, ingenua con su camisón infantil. Y lo que sucede después, es el recuerdo trágico que los liga para siempre, después que ella comprueba que el muerto en el duelo no es su ofensor. En un almuerzo siempre en la casa del ángel, es donde el dramatismo de este absurdo culmina y donde empiezan y acaban los recuerdos terribles que dan lugar a la impresión de la "novela".

Este inconexo relato con su insistente descripción de un ambiente que se siente falso, que se ve no vivido, permite observar la táctica afirmación de elegancia de la autora, objetivo principalísimo de esta publicación, en esas idas a misa a las Victorias seguidas de desayunos en la París, transportándose después en su coche hasta la casa del ángel, situada por supuesto en Belgrano. El tal ángel es una estatua (horrorosa, a juzgar por la cubierta), que distingue esta casa de las demás y da lugar a su denominación. ¿Habrá quizás pensado la autora en escudos? El ángel aunque más curso es menos evidente. Esperemos que todo le sea concedido algún día, para que deje de sublimar sus ambiciones con tantas faltas contra el buen gusto.

Este relato, pues, fuera de un cierto valor en algunas escenas que por muy vividas están bien descriptas, de algunas observaciones justas a lo largo de sus casi doscientas páginas, carece en abso-

luto de verdadero valor literario y sobre todo de esa unidad de principio medio y fin que es característica primera de una novela digna de tal nombre.

La morbosidad del tema, su falso tono sexual, relatado con gran tono de misterio expresamente empleado para substituir la calidad inexistente, se prestarían para una buena obra intrascendente, de haber sido narrada con talento. Las imitaciones siempre dejan huecos y claros: "¿Y en el medio? En el medio hay que poner talento. "De haber sido así, hubiese podido aspirar quizás a un más valioso segundo premio, el reservado a los verdaderos valores.

Hemos leído en el número de la revista "Esto Es" correspondiente a la semana del 19 al 25 de julio de este año, que María Alicia Domínguez, desde las alturas de su paraíso justicialista y en posesión de un trascendental mensaje destinado a la juventud argentina, según afirma en el mismo artículo, no vaciló en declarar que esta producción es una de las mejores novelas argentinas de los últimos años y que su autora es el valor más representativo de la generación joven. Sin comentarios.

En resumen: Beatriz Guido como novelista, cuenta con amigos en todos los ambientes.

J. G.

DAVID VIÑAS: Cayó sobre su rostro, Buenos Aires, Editorial Doble P, 1955.

Recortado en su rotunda circunstancia, el protagonista de esta primera novela de Viñas va recorriendo su último día —en los capítulos titulados "El día del juicio"—, atravesando a ráfagas por la memoria de su vida transcurrida los capítulos titulados "Los

años". El lenguaje total de la novela acierta, en su estilo ceñido y directo, a redoblar el peso macizo del protagonista, su carencia absoluta de dimensiones éticas, su fuerza caudillesca e inescrupulosa que disminuye a quienes lo rodean y va creando a su alrededor una soledad salvaje en donde él explaya sin reservas su dominio prepotente.

Si Viñas aleja todo propósito de juicio expreso de este carácter, su impacto se acusa en el entrecruce de reacciones que Antonio Vera va creando en quienes lo conocen y lo sufren: aquí, nos parece, se resume en densas y muy diestras pinceladas la complejidad de la malicia criolla, la intrincada e inconsciente doblez que consiente en la obsecuencia y la humillación calculando simultánea y rápidamente, con absoluta independencia, los dividendos posibles de la revancha futura. Así las mujeres, en sus procesos infalibles de concesiones y aprovechamientos subsiguientes, así Corti, el periodista que especula indistintamente con la muerte de Vera, la política, su catolicismo, su mujer, sus tímidos esquemas éticos, laterales, miserables, absurdos.

Viñas escribe energicamente una novela de personajes preñados de sordidez, que al fin va amasando un aire enrarecido de intereses chatos: politiquería rastrera, sexo animalizado, plata. Capítulos como los que describen el remate, reflejan una rara garra dramática, una despiadada tensión ajustada en un crescendo implacable y muy bien logrado.

Salvadas las distancias, nos recuerda a Faulkner la alianza del sistema de pantallazos retrospectivos (y las enmarañadas estructuras y puntuaciones correspondientes, productos de una técnica refle-

xiva y cuidada) con el ambiente de brutalidad despojada de concesiones, que ilumina estos pantallazos. Con la diferencia, claro está, de que Faulkner se introduce de una manera más permanente en sus libros y paga un tributo más notorio al estilo y al privilegio de ciertas imágenes. En *Viñas* ocurre alguna falla en ciertos de esos pasajes de conciencia fluyente —no por incoherencia sintáctica, inevitable, sino por una inseguridad técnica visible en algunas violencias demasiado acusadas para ser necesarias. Hacia el final, la temática sexual se vuelve también un tanto abrumadora y aparece algún neologismo objetable, como “complacencia”.

Los personajes de *Viñas* se mueven en la autonomía que les brinda un lenguaje ajustado, de imá-

genes casi siempre acertadas, dentro de una estructura argumental cuyas necesarias fracturas cronológica no desequilibran la acción. Es este cuidado en el trazo de cada personaje, asegurado en su propia personalidad, el que crea la auténtica dimensión dramática de la obra de *Viñas*, liberándola de caer en un simple descriptivismo sociológico.

A muchas leguas de los remates estilísticos de Güiraldes, separada radicalmente, a causa de una actitud divergente y mucho más inmediata, de escritores como Mallea, esta primera obra de *Viñas* parece abrir seriamente, dentro de una leal y promisoría originalidad, una nueva brecha en la problemática siempre vigente de las esencias de la realidad argentina.

I. Bordelois



Los libros

i.f.e.

PERIFERIA

LANZA DEL VASTO: **Vinoba**, Buenos Aires, Sur, 1955.

Cuando en el año 1920, Gandhi resuelve no colaborar con las autoridades británicas, los cimientos de una estructura de fe indestructible en el progreso, en el poder de la civilización armada, en el uso de la Fuerza como único modo de sacudirse la coerción de la garra estatal, se agitaron en un estremecimiento alentador.

Once preceptos empujando multitudes, —no— violencia, veracidad, honestidad total, castidad, pobreza, trabajo corporal, sobriedad, intrepidez, respeto de toda religión, independencia en materia pecuniaria; negarse a hacer distinciones entre las castas —y la voluntad de un hombre inexplicable levantaron el milagro: terminada la guerra el Imperio Británico se despojaba a sí mismo la península tremenda; India había sido liberada por el soplo de un espíritu. Y su desgarramiento y ese estremecerse y desangrarse de hoy por alcanzar la paz y la unidad son el testimonio de esa vida que fué acto de fe en el hombre.

Pero Gandhi ha muerto y los que se dicen sus seguidores traicionaron la idea; manosearon la pulpa verdadera, y la destruyeron, y la contaminaron de fórmulas de gobierno, del agujonearse internacional, de táctica, de fariseísmos estatales. En el sitial del mando anidan siempre los gérmenes de la descomposición; el poder desinfla los ideales y corroe suavemente la integridad. Nehrú no pudo ni supo ser la excepción, y él, que despojado se dejaba apalear predicando la no violencia, soslaya ahora a los otros impostores y apresura el galope en la carrera de armamentos.

La herencia de Gandhi no quedó en el Congreso, ni en el Partido Nacional. Resbaló pronto de los que escamotearon su verdad para prender abajo, allí, en la tierra; donde están los hombres que caminan mordiéndose el polvo, hostigando el miedo y la ignorancia, fregando llagas inmundas, dando, enseñando a dar, aprendiendo a dar; floreció alas en esos miembros desarraigados y desaparece en sus corazones.

Anónimos, sin astucia, dolidos

de amor por el maestro, marcha entre ellos el discípulo dilecto, su hijo querido, su Vinoba, el santo, el puro.

Vinoba; ¿quién es Vinoba? ¿quién, este hombre frágil, que interrumpe modos rra s seculares? ¿quién, este increíble que va sembrando el alma del Maestro por todos los rincones de la India?

1915...; Vinayak Bhaave, Vinoba, se agita, se desarticula en interrogantes, aprende los signos del asombro. Nacido brahmán, educado en el rito, la recitación, las ciencias exactas, el inglés, las cuatro lenguas del mediodía, el sánscrito, el hindú, los Vedas y los Upanishads..., siente el tumulto que trepa desde el centro de su ser; hay grietas en el perfil de las apariencias; la cotidianeidad se quiebra en un millar de mariposas espantadas.

¡India! esa abyección amasada con hambre, con sometimiento; ese rictus impenetrable de los que paladean la mugre y que lo saben, pero que ya no esperan. ¡Y la gran Raposa agazapada, anegando todos los pliegues de la comunidad, desmembrando, poniendo frente a frente al hindú y al musulmán! ¡La gran Malabarista que vende a los ingleses todas las parcelas de la patria y pasa la cuenta al indio!

Su encuentro con Gandhi es decisivo; la palabra clara colma todos los huecos de la duda; esa filosofía evidente no era sino la forma de sus oscuras intuiciones.

El enemigo no es el inglés —había dicho el maestro— sino el abuso. Su abuso; el nuestro; la escisión entre el rico y el pobre, entre las castas altas y las castas bajas, entre el hombre de casta y el paria. El inglés y su abuso y su explotación deben irse; pero el arma no puede ser la violencia; porque la violencia engendra violen-

cia; porque la intriga y la fuerza cercan inexorablemente a quien las usa; porque la intriga y la fuerza necesitan intrigantes y hombres fuertes. El círculo se cierra; cambiarán los hombres, pero el sistema será idéntico. "Cuando hayamos vencido al injusto con medios injustos habremos caído en la injusticia". La revolución no puede ser perturbación, movimiento de piezas; el giro debe ser total; el régimen económico inglés extirpado en su raíz; porque si algo queda del sistema, el agotamiento de la tierra y la destrucción de las aldeas continuará hasta la definitiva muerte. La máquina corroe hasta su última esencia, la entraña de la aldea india; cada máquina son miles de desocupados; la tierra está exhausta, el artesano es un vagabundo que gime y sacude sus huesos al viento.

Vinoba es ya uno con el maestro; y su método de lucha el mismo; y mismo el camino a seguir.

Así Lanza del Vasto nos habla de Vinoba en la primera parte de su libro. No hay secuencias cronológicamente ordenadas ni descriptivismo detallado; son impresiones, gestos, algunas actitudes, largos soliloquios comentados. Es quizás más el Vinoba que sufre y siente Lanza del Vasto, que el impacto del hombre de carne y hueso, del hombre directo. La personalidad del maestro nos llega, sin embargo, y es éste el gran mérito del autor, perfectamente delimitada, firme, limpia de adherencias formales, sin concesiones anecdóticas. Del vigor expresivo, del lirismo apasionado, de la fuerza mesiánica se yergue la figura elemental y exacta.

No nos resulta difícil por eso entroncar a Vinoba dentro de la línea del pensamiento moderno hindú; más allá de su unidad ideológica y de vida con Gandhi, evidente y por otra parte declarada, el

tronco elemental de su pensamiento echa anclas en los precursores de la renovación social. Tiene puntos de contacto con todos los hombres que contribuyeron a estructurar la conciencia india, desde Ram Mohen Ray (el primero que se atrevió a abogar por la abolición del sati o la quema de viudas) hasta Swaim Vivekananda (que sienta el principio de la religión como religión de acción, que ve a Siva en todos los seres humanos, especialmente en los pobres), hasta Ramakrichna, hasta Rabindranat Tagore.

Vinoba no es una flor aislada, es un hombre extraordinario pero consecuencia lógica de una revolucionaria concepción del mundo que se desenvuelve en la India desde hace más de un siglo.

En su filosofía fundamentada sobre la afirmación ética del mundo y de la vida, se rastrean sin embargo elementos de la antigua negación brahmánica. Y esta paradoja se explica por la paradoja que es toda la filosofía india balanceada entre la negación brahmánica del mundo y de la vida y la posterior afirmación del hinduismo. Quizá el punto de partida se halle en el Bhagavad Guita (Vinoba lo cita repetidas veces) donde Krichna exige la ejecución exterior de los actos en combinación con la renuncia interior del mundo; es decir la acción sin aspiraciones, por puro y absoluto sentido del deber.

La segunda parte de la obra es el diario de Shantidas. Lanza del Vasto, Shantidas, fundador a fines de la segunda guerra mundial del Arca, nombre dado a la Orden Laboriosa de los Gandhianos Occidentales que agrupa actualmente a varios centenares de amigos en el sur de Francia, vuelve a la India después de quince años de ausencia; como antes en busca de Gandhi, ahora en busca de Vinoba.

Y es a Vinoba a quien acompaña, a través de cien caminos dolorosos, de cien duros cielos indios deshechos en los páramos, por todas las aldeas, hundido el cuerpo en savia india, predicando el Bhu Danoe Yoeggnoe, el sacrificio del don de la tierra.

Desgraciadamente, la subjetividad apasionada de Lanza del Vasto le empaña la vista; el estar sumergido en una determinada situación, el ver el desorden del mundo con un único enfoque, le suministra una asombrosa estrechez de criterio, un absurdo tono admonitorio y definitivo de lo dicho, evitando cualquier juicio polémico que excedería los límites y el propósito de esta nota.

"Si dejamos aparte la Iglesia, que es un mundo aparte, la Civilización Occidental está formada por el encuentro de tres corrientes: la corriente pagana, la corriente bárbara y la corriente profana o vulgar.

"La corriente pagana consiste en todo lo que se relaciona con el derecho romano y la filosofía griega, fundamento de nuestra legislación y nuestra cultura.

"La corriente bárbara o feudal dominó durante algunos siglos y se reabsorbió más o menos en las otras dos. Por lo demás, es en este arbusto silvestre donde ha prendido mejor el injerto cristiano.

"La última, profana o vulgar, tiende a recubrirlo todo. Está determinada por la Ciencia Moderna. Ciencia sin conciencia ni sabiduría pero provista en cambio de una monstruosa excrecencia técnica. Salió de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa, ambas violentas y violentamente anticristianas, y que tomaron la Ciencia y el Progreso como religión de Estado."

Salvado este escollo, despejando

las telarañas de algunos riesgosos juicios personales que sin embargo no logran invalidar la unidad y la jerarquía de la obra, nos queda Vinoba como el excelente testimonio de una circunstancias, de una vida; como una ventana abierta a otras soluciones, quizás como un toque de alarma a nuestra seguridad occidental.

Esther M. Smud

JULIÁN MARIÁS: Ensayos de convivencia, Buenos Aires, Sudamericana, 1955.

Llegó recientemente a nuestras librerías el volumen de los "Ensayos de teoría", editado en España. Que Mariás haya establecido, en los trabajos breves escritos en los últimos años, la distinción entre lo que importa a la "convivencia" y lo que se refiere a la "teoría", puede dar una idea del alcance de estos artículos en la intención del autor. No significa, por supuesto, que la teoría nada tiene que ver con la convivencia, pero sí que los ensayos de teoría pretenden una profundización austera de sus temas —más estrictamente filosóficos— y los de convivencia se limitan a perseguir precisiones generales sobre ciertos problemas, dentro de una temática más amplia. Pero ¿qué entiende Mariás en definitiva, por "convivencia" y por "ensayo"? Porque esta distinción, si bien permite aclarar la intención general de los trabajos, no exime al autor de ciertas elementales responsabilidades.

Los de convivencia son ensayos muy breves distribuidos en cinco partes: "Misión del pensamiento", "Palabras", "Vida pública, vida privada", "Negro sobre blanco" y "Las Españas".

La primera parte agrupa diez ensayos. Dejo de lado los tres últi-

mos, que son ejemplos extremos del mal de superficialidad que aqueja a todo el libro. Los demás abordan: los dos primeros, el fenómeno contemporánea de la angustia y la inseguridad; otros cuatro reiteran los problemas religiosos de Mariás; en fin, hay uno en torno a Morente.

Se pueden plantear ciertas cuestiones generales de especial interés, pero en las cuales es imposible calar hondo en una nota bibliográfica. Me atreveré a señalar algunos aspectos, sin embargo.

Anto todo, importa tener en cuenta la relación de Mariás con su maestro, y en este sentido, puede ser muy útil considerar la relación persiguiendo el desarrollo de la temática orteguiana. Pero esto, no tanto para aclarar la personalidad de Mariás, cuanto para hacer frente a la cuestión de la razón vital. Ortega no es un pensador sistemático —diga lo que quiera Mariás. O mejor: es sistemático en la medida en que Mariás lo ha sistematizado hasta el momento; es sistemático el Ortega de Mariás. Este ha puesto en funcionamiento, ha aplicado a ciertos temas, las ideas orteguianas. Podemos preguntarnos, con intención muy empírica, si estas aplicaciones no pueden servirnos para estructurar una crítica del método de la razón vital, apoyada en los resultados que se han obtenido apresando en dicho método diversas realidades. Es decir: podemos ubicarnos en un plano metafísico y ontológico para hablar de la razón vital. Pero además, podemos analizar empíricamente si las realidades a que la razón vital metodizada se ha aplicado, han sido asimiladas o han resistido a la investigación.

Porque —en la primera parte del libro— tanto el fenómeno de la crisis contemporánea, como el de la fe y la razón o el del catolicismo español, parecen resbalar de

las manos "vitales" de Marías. No bastan observaciones filológicas más o menos ingeniosas para ubicar la angustia. Es cierto que en el lenguaje, en la utilización de ciertos vocablos, la caída en desuso de otros, hay un reflejo de los fenómenos sociales. Pero el problema no se agota allí. Y cuando el lector espera una ofensiva seria y ordenada, encuentra o que el ensayo ha terminado, o que sólo resta algún párrafo insuficiente, decepcionante. Además, del modo en que Marías caracteriza la crisis contemporánea se desprende que ésta posee los rasgos de una **vigencia** (en el sentido técnico orteguiano). Y la elaboración intelectual de la angustia nunca puede dar razón de la misma.

Las observaciones etimológicas o lingüísticas son del gusto de Marías. Lo prueba la segunda parte del libro, "Palabras", que en su casi totalidad nos parece francamente inútil.

El problema es más serio en la tercera parte. Si no entiendo la razón de escribir cosas superficiales acerca de los viajes en avión, los nombres de la angustia o los nombres de las películas, menos entiendo el motivo que puede llevar a escribir inútilmente (o **confusamente**) sobre los problemas sociales o sobre la política. Sólo los tres primeros ensayos de la sección "Vida pública, vida privada", dan la **impresión** de referirse a problemas sociales (los demás retoman la temática intrascendente). Entiéndase —y esto es lo grave—: se habla allí de vida pública, de política, de sociedad, hasta se nombra en alguna parte al "proletariado". Y todo en un tono superficial, ligero, irresponsable, que no es posible aceptar sin más. A la política se la identifica con la radio y la propaganda y se la contrapone a la "vida familiar" o a la "intimidad".

Se habla de saludable desconfianza frente a la revolución social. Se insiste en el "hastío de la vida pública". Y todo en el vacío, de una manera confusa, ignorando o queriendo ignorar la gravedad de los problemas, como si las cosas fueran tan fáciles, tan claras, tan amables y llevaderas sobre todo, que bastasen unas rápidas carillas para resolverlas. Dice Marías: "¿Cómo son, qué creen, qué piensan, qué desean los obreros? Si somos sinceros tendremos que confesar que lo ignoramos". Es fácil comprobar que no parece inquietarse mucho por averiguarlo.

Me limito a creer que todo esto demuestra sólo irresponsabilidad. Queden por ahora en suspenso algunos párrafos un poco desconcertantes.

La cuarta parte, "Negro sobre blanco", contiene catorce ensayos. Entre los que son más estrictamente de crítica literaria, hay algunos de interés: "Ensayo y novela", "Camino hacia la novela", "Guerra en la paz", "La pertinencia de «El curioso importenente»".

El problema de la novela —su modo auténtico, su sentido, sus límites con el ensayo— interesan a Marías y no sólo desde el punto de vista literario. Busca la concreción de la verdadera novela en la literatura contemporánea, con intereses filosóficos. Recuérdese el sentido histórico de la razón vital y podrá hallarse el punto de encuentro con este tema: la razón, en tanto evita racionalizarse, en tanto se circunstancializa y se vuelve vital, es necesariamente histórica, que es lo mismo que decir **narrativa**. La razón vital narra, relata, hace historia, porque su objeto es la vida misma —radical novela. La conexión es rica en consecuencias (si bien no es nueva, como no lo son ni la novela ni el teatro con sentido metafísico). Y téngase en cuen-

ta que no se trata aquí de hallazgos a nivel metafísico, conformados después por el filósofo en acción dramática, sino que el nivel metafísico mismo es constitutivamente dramático, porque se ubica en la vida humana, punto de referencia inexcusable de toda objetividad.

El ensayo más importante del libro es el "Escorzo del romanticismo", colocado en la cuarta parte. Los puntos claves de la interpretación de Marías me parecen: primero, la comprensión del fenómeno romántico como **modo de ser del hombre**, más allá de lo literario, lo filosófico, lo político, etc. No como posibilidad de ser que podría reiterarse en diversas épocas, sino en el sentido en que la filosofía de la razón vital entiende los modos de ser: concretados en épocas históricas señalables —en este caso entre 1800 y 1850. Segundo: la aplicación al fenómeno romántico del método de las generaciones.

(Es claro entonces que valorar a fondo este ensayo, equivale a plantear en su raíz los problemas últimos del perspectivismo orteguiano. Conviene distinguir el conjunto de los supuestos básicos y los esquemas en que se basa la idea de la razón vital —incluida aquí la idea del método histórico—, del modo concreto en que Marías ha metodizado la razón vital y ha entendido el método histórico y la localización de las generaciones. En este trabajo sobre el romanticismo, resalta muy bien la idea central de **vigencia**, fundamental concepto explicativo que tal vez sea el menos claro y menos explicado de la teoría y uno de sus puntos cuestionables. El concepto de vigencia es el que da razón de todo el sistema. Pero de

ningún modo es producto de una intuición directa, para que pueda prescindirse de dar razón de él mismo).

Estos problemas también desbordan la nota bibliográfica. En una consideración más inmediata, el ensayo ordena ciertas cosas y brinda una visión clara de cómo se coloca el romanticismo español en el conjunto.

La quinta sección agrupa los artículos sobre temas americanos. En "Raza" y "El Cuzco en tres tiempos", las cosas se le siguen resbalando de las manos. "El Perú sin los españoles" es otro conato —como antes "Valverde de Lucerna"— de estampa literaria. Y aquí el fracaso es completo, porque Marías carece de dimensión literaria.

Un poco más precisos son los ensayos sobre la forma política de los países sudamericanos. Marías entiende por nación un **modo de ser social** que tuvo lugar sólo en Europa y en épocas muy determinadas. De allí que los países de Sud América no sean en su concepto naciones. Lo cual no significa —se apresura a agregar Marías— que sean **menos** que naciones, sino simplemente otra cosa.

Son cincuenta y tres los artículos del libro. Y aunque todo libro de ensayos es necesariamente dispar, no es injusta en este caso una impresión de conjunto. Salvo las excepciones anotadas en cada caso, muchos temas sólo están enunciados; los pocos análisis que se inician se vuelven impotentes en cierto punto de la marcha y se desintegran en observaciones a veces ingeniosas pero generalmente accidentales. Resultan, en definitiva, ensayos confusos de una convivencia superficial.

Ernesto Veron Thirion.

LIBROS RECIBIDOS *

Antología de la libertad, Bs. As., Americalee, 1955.

Canal Feijóo Bernardo, **Constitución y Revolución**, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1955.

Carr, Edward Hallet, **La nueva sociedad**, S. Juan de Pto. Rico, Edición de La Torre, Univ. de Pto. Rico, 1954.

Descartes, R., **Discurso del método**, edición crítica de Risieri Frondizi, Madrid, Univ. de Pto. Rico, Revisto de Occidente, 1954.

Goethe, W., **Fausto**, San Juan de Pto. Rico, Univ. de Pto. Rico, 1954.

Gómez de la Serna Ramón, **Antología**, Bs. As., Sudamericana, 1955.

Hegel Guillermo Federico, **Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal**, San Juan de Puerto Rico, Ed. Univ. Puerto Rico, 1953.

Houghton Lord, **Vida y cartas de John Keats**, Bs. As., Ed. Imán, 1955.

Milosz, Szeslaw, **El pensamiento cautivo**, S. Juan de Pto. Rico, Ed. La Torre, Univ. de Pto. Rico, 1954.

Mondolfo Rodolfo, **La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua**, Bs. As., E. Imán, 1955.

Mujica Láinez Manuel, **Los viajeros**, Bs. As., Ed. Sudamericana, 1955.

Murena, Héctor A., **La fatalidad de los cuerpos**, Bs. As., Sur, 1955.

O'Neill Eugenio, **Una luna para el bastardo**, Bs. As., Ed. Sudamericana, 1955.

Prescott Guillermo H., **Historia de la conquista del Perú**, Bs. As., Ed. Imán, 1955.

Rostand Jean, **Lo que yo creo**, Bs. As., Americalee, 1955.

Shakespeare, William, **Obras Completas**, T. I, San Juan de Pto. Rico, Ed. Univ. de Pto. Rico, 1955.

* Quedan automáticamente incorporados a la Biblioteca del Centro y a disposición de los socios.



CINE

VOCABULARIO ESPECIAL

En un Seminario de investigaciones llevado a cabo en París hace poco tiempo, en el Instituto de Filmología, bajo la dirección de Etienne Souriau, profesor de la Sorbona, se estableció un vocabulario fundamental de ocho neologismos creados especialmente para aclarar y facilitar el estudio y la exposición de los problemas cinematográficos. Aunque a primera vista pueda parecer gratuito y poco claro, la práctica sucesiva ha demostrado que por medio de ellos pueden determinarse muy precisamente ciertas distinciones y análisis sumamente importantes. Por nuestra parte, creemos muy provechosa su adopción—que en publicaciones especializadas, se va haciendo sentir de uno u otro modo— y la promoción de tareas e investigaciones análogas. Los trabajos del seminario a que arriba hicimos referencia, han sido reunidos en el volumen colectivo L'univers filmique, Paris, Flammarion, 1953.

AFÍLMICO: Lo que existe en el mundo usual, sin relación alguna con el arte filmico, o sin ningún destino específico u original relacionado con este arte. [Ej.: Una película del género documental, consiste en la presentación de seres o cosas que se consideran existentes positivamente en la realidad afilmica.]

CREATORIAL: Lo situado esencialmente en el pensamiento, ya individual, ya colectivo, de los creadores del film. [Ej.: Un film de

propaganda se caracteriza por sus intenciones creatoriales.]

DIÉGESIS, DIEGÉTICO: *Todo lo que pertenece, en la inteligibilidad, a la historia contada, al mundo supuesto o propuesto por la película. [Ej.: Dos escenas proyectadas consecutivamente pueden representar dos escenas separadas en la diégesis por un intervalo muy largo de tiempo; puede suceder que dos actores (un niño y un adulto) representen al mismo personaje diegético.]*

ECRÁNICO: *Lo que aparece positivamente en la pantalla. [Ej.: A pesar de la interpretación en profundidad, la imagen ecránica es plana]*

ESPECTATORIAL: *Lo que reside subjetivamente en el espíritu del espectador. El factor personal. [Ej.: Factores espectatoriales: edad, condición social, etc., del espectador.]*

FILMOFÁNICO: *Todo hecho inherente a la presentación de la película en proyección, ante los espectadores, en una sala. [Ej.: Los fenómenos sonoros son filmofánicos, pero no ecránicos.]*

FILMOGRÁFICO: *Lo que puede observarse directamente sobre la banda de celuloide. [Ej.: Siendo la velocidad normal de un proyector de veinticuatro cuadros por segundo, corresponden entonces a un segundo de duración filmofánica, veinticuatro imágenes filmográficas —y pueden, al mismo tiempo, representar varios años de duración diegética—.]*

PROFÍLMICO: *Concepto opuesto al de afílmico. Indica todo aquello que existe realmente en el mundo especialmente destinado a la utilización cinematográfica. [Ej.: Un estudio, un decorado, un actor.]*

“JUVENTUD, DIVINO TESORO”, de Ingmar Bergman

Hasta ante la idea de la propia muerte es posible asumir una actitud objetivante, dice Fatone en **Filosofía y Poesía**. “Pero hay una muerte que no puede no importarnos, o que nos importa de otra manera. Es la muerte de la persona a quien amamos”. Si se trata del “Tú, a quien amo, te morirás”, mi especulación es imposible. Y cuando debemos decir, “tú, a quien amaba, te me has muerto”, entonces el alma se abre en una paradoja insoluble.

Esa es la paradoja que afronta Marie, la protagonista de “Juventud

divino tesoro”. Cuando Heinrich ha muerto, y ella le pregunta a “tío David” qué sentido tiene la vida, él responde que no tiene absolutamente ninguno. Porque —esto también lo observa muy bien Fatone— la paradoja es la que brota de la incompatibilidad entre la muerte y el amor. Marie afronta la experiencia de la muerte, o sea la muerte del amor. La vida que llevará a partir de esa Experiencia de la Muerte, es una vida vacía de amor.

A través de Heinrich, Marie ha conocido una nueva dimensión de

la vida. De allí que la muerte de Heinrich aparezca a sus ojos como un absurdo inexplicable. En su amante se han sumado las dos experiencias inconciliables: el Amor y la Muerte. No ha tenido siquiera tiempo de pensar la plenitud, de abarcar su sentido, cuando ya todo sentido se anula con la desaparición del objeto amado. Lo que no tiene nunca explicación es la relación de unas vidas con otras: Heinrich entró en la vida de Marie y no fué más que un medio para que ella conociera la profundidad del amor y del dolor.

El film se estructura a través de un ritmo perfectamente definido, mediante dos tiempos que se ubican en las dos etapas de la vida de la protagonista: la etapa que se inicia con la muerte de Heinrich, corresponde a la actualidad; la de sus amores con él —que dura un verano— es evocada por medio de los recuerdos de Marie.

Cada una posee fuerza propia, una específica tensión ambiental, una particular atmósfera porque —y esto es lo más importante— cada una tiene para la vida de la protagonista un sentido distinto, porque una es la negación de la otra, en tanto la muerte es la negación del amor.

Lo que confiere a "Juventud, divino tesoro" su extraordinaria intensidad, es el **funcionalismo** de todos los elementos: fotografía, música, montaje, escenarios; funcionalismo cuya unidad es, sin duda, obra y virtud de Ingmar Bergman.

La polaridad que constituye la clave del juego dramático y significativo de "Juventud" divino tesoro" ha sido señalada, ante todo, por la imagen, de extraordinaria calidad. En ella descansa el primer aspecto del ritmo de que hablábamos. En todo momento, la densidad establece el ambiente con una

exactitud admirable. Las escenas que corresponden al verano y a la época del amor, son de una transparencia maravillosa. Los contrastes son leves, los grandes planos traducen la suavidad de los rostros arrebatados y limpios, y el agua es un valioso elemento en la composición y el juego tonal. La otra época abunda en grises y tonos ásperos y los contrastes se acentúan. El ambiente se vuelve sombrío y opresivo. (Recordamos la secuencia en el pasillo del hospital).

El estilo narrativo también acusa la diferencia. La época de la plenitud —que corresponde simbólicamente al verano— ha recibido un tratamiento lento, de grandes planos y secuencias intensas y prolongadas. La evocación adquiere así por momentos un sabor de irrealidad. Queda establecido claramente el contraste con las secuencias ubicadas en la época actual —que corresponde a un invierno— de rasgos más reales y dinámicos. (Las escenas iniciales en el teatro: por medio de movimientos de cámara cuidadosamente calculados y la ubicación exacta de personajes y elementos del decorado, se confiere a la acción una dinámica de extraordinaria fluidez, evitando los cortes).

Pero el ritmo y el contraste se funden en la unidad vital de la protagonista. Y son las extrañas simbiosis entre ambas experiencias, las presencias virtuales de una etapa en el transcurso de la otra, las que subrayan esta unidad y esbozan la forma definida y rotunda del film. Cuando la protagonista, después del ensayo en el teatro, llega a la isla y se dirige a la casa donde ha pasado con su amante las horas de la plenitud, se presente en la sombra quietud de las arboledas la irrupción del pasado. Las imágenes traducen por momentos esquemas tonales y formales que nos

van introduciendo en la irrealidad del recuerdo inminente. En los últimos días del verano, poco antes de la muerte de Heinrich, es posible advertir el peso creciente de algo que se aproxima. Ya mucho antes, Heinrich ha dicho que no se siente tranquilo, que hay algo que lo estremece y extraña. La inquietud culmina en la secuencia nocturna alrededor de la casilla, que es de una intensidad y una perfección formal admirables. El grito de los pájaros nocturnos se funde aquí con la música en un juego sutil de trasposición.

Se me escapan muchas cosas. "Juventud, divino tesoro" está llena de sugerencias, y Bergman ha comprendido que el cine en cuanto lenguaje, encierra el secreto y el problema de lo simbólico.

Maj Britt Nilsson es sencillamente encantadora. Traduce, ella también, el contraste íntimo del amor y el dolor a través de una expresividad elástica y viva.

En fin, el diario de Heinrich es el elemento material que establece el vínculo entre las dos épocas de la vida de Marie y abre la posibilidad de una segunda plenitud. La escena en que "tío David" subraya la vaciedad de la vida representa sólo la mitad del sentido y corresponde a la experiencia de la muerte, la soledad y la simulación (que tan bien representan el bailarín con la máscara de Copelius y Marie con sus pesados afeites). La segunda mitad es experiencia de nueva esperanza y la negación de la primera: es, en definitiva, el triunfo de la experiencia de la plenitud sobre la experiencia de la muerte. No es necesario acudir a metafísicas de justificación o de consuelo para que se revele el sentido del mundo. La necesidad que toda experiencia del amor implica, basta y sobra.

(Lista ya para la imprenta esta nota, apareció el número 39 de **Gente de Cine**, en el cual figura una extensa crítica de "Juventud, divino tesoro". El lector de ambas notas ubicará en seguida varias coincidencias importantes. Me parece oportuna la perspectiva histórica que ofrece allí Eiburg, y la referencia al tiempo como elemento esencial de lo cinematográfico. No creo, sin embargo, que la reversión temporal sea la clave última que explique la resolución que ofrece "Juventud, divino tesoro" a sus problemas dramáticos.

Insisto en que el secreto del lenguaje filmico estriba en gran parte en la comprensión de lo simbólico (lo cual nada tiene que ver con el **simbolismo**) y que Bergman —como Fernández, como Clair, como De Sica, como Kurosawa, como Sjöberg con menos suerte —lo ha entendido así. Las interpolaciones temporales de "Juventud, divino tesoro" se valorizan dramáticamente en tanto apuntan a una significación y en ella se justifican.

Tampoco creo que el amor final de Marie hacia el periodista sea un amor vencido de antemano y vacío, como quiere Eiburg. Claro está que no es una reactualización de la plenitud primera: a la experiencia del amor se ha incorporado —irremediamente— la de la muerte. Pero justo en esto estriba su nuevo sentido pleno: en la integración entre muerte y amor, en la aceptación de la paradoja de que hablábamos arriba, entera y redonda como ella es, sin intentar reducirla a lógica alguna.

De todos modos, tal vez la película encierre una ambigüedad y asimile ambas interpretaciones y a lo mejor alguna otra. Creo que toda obra auténticamente de arte posee varias ambigüedades (claves).

E. V. T.

Revista de revistas

Nota: No hemos podido, por razones de espacio, hacer una revista exhaustiva como era inicialmente nuestro propósito. La completaremos, pues, en el próximo número.

CIUDAD

Ciudad se propuso ser el medio de expresión de la gente joven y sus preocupaciones. Se presentaba señalando la importancia de "decir cosas concretas, pensar con seriedad nuestros problemas", de la necesidad de abandonar la literatura como juego y de plantear los problemas que nos aquejan.

Pero se ha quedado en las fórmulas. En los números que tenemos ante nosotros no ha incitado al tratamiento de las complejas cuestiones en sus múltiples e interrelacionados estratos político, sociológico, cultural, económico, etc. Se ha quedado en el plano de la mera literatura, "como entretenimiento y adorno", que no responde a las preocupaciones de la nueva generación literaria. En **Ciudad** no notamos el nucleamiento en torno a un elenco de problemas enfrentados por una misma actitud, sino solamente el propósito de hacer una revista y llenar sus páginas.

Además de unos artículos que no desmienten lo afirmado, las dos primeras entregas de **Ciudad** están dedicadas a Martínez Estrada y a

Borges, respectivamente.

El tratamiento de los valores consagrados es sólo un medio para fijar, a partir de ellos, en disenso o asenso con ellos, la propia posición. No nos importa entrar a discutir los aciertos y las arbitrariedades de los artículos sobre las figuras más representativas de la literatura argentina, ya que carecen de la toma de posición que les hubiese conferido sentido y permitido ver al través de sus obras un aspecto de la realidad argentina.

Dos de los tres artículos dedicados a Martínez Estrada se demoran en el análisis de alguno saspectos de su obra. El tercero, de Ivanissevich Machado encubre con una confusa metafísica la absoluta falta de comprensión para la obra del autor de **Radiografía de la Pampa**.

Los trabajos dedicados a Borges son una exégesis de su obra —no nos importa si acertada o no—, omitiendo señalar su significación para la cultura argentina y la posición de la nueva generación frente a ella.

Las notas bibliográficas, las noticias, la encuesta, evidencian la misma ausencia de una actitud seria frente al país y sus problemas. **Ciudad** es también una generosa sociedad de bombos mutuos para sus colaboradores y amigos. (Un ejemplo de lo dicho y de deplorable literatura es el laudatorio análisis estilístico sobre **El Salmo en las calles** de Bianciotti, que sigue a la poesía misma. Creemos que el catolicismo, las tertulias literarias y un copista particular no hacen un escritor ni autorizan a dedicarse a la "alta crítica literaria". Cf. **Ciudad**, N 2-3, págs. 124-125 o pág. 126).

Es prematuro efectuar un balance de la nueva generación literaria.

Es conveniente referirnos a los distintos grupos que la integran reunidos en torno a distintas publicaciones, con una conciencia más o menos difusa de ser integrantes de una misma generación y de trabajar en una misma dirección. En **Ciudad** esa conciencia es casi imperceptible. Revela —y es muy importante señalarlo— las despreocupaciones de un sector de generación joven y su carencia absoluta de algo que decir.

León Sigal

COMENTARIO

Comentario no quiere ser sólo una revista judía. Quiere ser una revista judía integrada en América, enraizada en nuestras múltiples y cambiantes realidades. De esta pretensión evidente se desprende toda una concepción de lo que debe ser el judaísmo galático: una peculiaridad que expresa su verdad única de contenido universal —una verdad que vive en todas partes— y, a la vez, una manera heroica de interpretar cada contorno sin diluirse en él —una verdad denunciada hoy y aquí—. Así, el judaísmo sería una síntesis dinámica entre su esencia y su presencia. O sea, sería esencia comprometida. Israel es el encuentro, porque allí el judío deja de ser actos y testigo de esta tensión espiritual para realizar la aventura judía en la plenitud que brinda la unión de la historia con la geografía. Israel es la prueba, el reducto sin desesperación y sin denuncia, **el hecho judío raigal**, mientras el galut es existencia judía que desparrama por el mundo su quehacer, **el galut son los hechos de la judeidad**.

Esta formulación teórica parece existir en la cabeza de quienes editan **Comentario**, pero no consigue trascender a la revista como dato

empírico. **Comentario** sólo logra superponer el tema americano al tema judío: un artículo sobre el teatro independiente argentino rebota contra un cuento israelí. El propósito de vinculación entre dos culturas —entre dos formas de vida— se da como suma de partes pero no como estructura orgánica. Esta falla de **Comentario** va unida a un conjunto de concesiones con que encara los problemas internacionales, conjunto de concesiones que la presentan objetivamente en una posición claudicante ante el imperialismo y la niegan como tribuna judía independiente. Para no aceptar esta situación, su codirector inicial —León Dujovne— se retiró de la revista en 1954, cuando cierta orientación culminó con un artículo de Lehrman —publicado en el número 5— donde se niega, junto a las más elementales normas de equidad, la postulación básica del sionismo al aconsejar a los judíos marroquíes el acatamiento del régimen colonial francés, presentado como salvador del nacionalismo autóctono. Desde entonces, la revista quedó bajo la exclusiva responsabilidad de Máximo Yagupsky.

No obstante estos reparos fundamentales, reconozco que queda un saldo positivo de los ocho números de **Comentario**. Saldo positivo dado por el esfuerzo de divulgación de la cultura hebrea e israelí, que puso al alcance de los no especializados trozos del Talmud y documentos como la carta al Yemen de Maimónides. Entregó asimismo en nuestras manos explicaciones claras de la significación de celebraciones tradicionales, de conmemoraciones milenarias de los Hombres del Libro, y acercó a nosotros parcelas del espíritu judío contemporáneo. Parcelas de los que como Buber, incorporaron a la temática contem-

poránea nacida con Kierkegaard el viejo sello hebraico: "Que son inseparables religión y ética; que la existencia religioso-moral se realiza en la historia; que el hombre puede formularse preguntas en la soledad, pero no puede hallarles respuesta fuera de la vida social". (León Dujovne: **Martín Buber y el Judaísmo**. (Artículo publicado en el número de **Comentario** correspondiente al primer trimestre de 1954).

Rodolfo Mario Pandolfi

CONTORNO

La gran mayoría de nuestras revistas literarias, casi la totalidad, es lisa y llanamente falsificación cometida en la impunidad, complacencia en el ludismo e insignificancia descarada. Pululan las publicaciones periódicas donde se pueden leer desde finos parloteos sobre la música oriental hasta endeble notas acerca de tal o cual "maestro de la pluma", atravesando toda la escala del filibusterismo intelectual. Entre ellas es posible distinguir las directamente intragables y las más o menos pasables, a la larga igualmente indigestas. Se ensucian aquí páginas y más páginas para que los solemnes y los pequeños doctores de nuestra espiritualidad vieran modosamente sus menudencias. Páginas y más páginas para sus habituales y lamentables parruchas.

¿Es que no sienten que en última instancia todo eso queda reducido a hartante cháchara entre co-torras amaestradas? ¿O es que prefieren indignamente caminar con sus cómodas orejeras por temor a encontrarse en un páramo infecto? ¿Les espanta el contagio?

Y me río de pura bronca, de rabia; porque, ¿dónde están los intocados? ¿dónde los sin mácula?

No, no hablo de compromiso y gratuidad sino sólo de un mínimo de decencia y valor. El suficiente para que se sientan responsables de asumir, aunque más no sea, la responsabilidad de reconocer cada uno su propia culpa en tanto se ha improvisado portaestandarte de la cultura. Pues, o la cultura tiene que ver con nosotros mismos o es cualquier cosa.

Sin eufemismos teóricos creo que es previo a deleitarse en exquisiteces penetrar en nuestro ser, oler tierra, sangrar hasta de los huesos, lacerar al alma. Escribir "sin excluir deliberadamente nada, sin aceptar deliberadamente nada, la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor". Escribir desgarrándonos.

Se trata de afirmar una misión primaria del literato, una exigencia al deseo de hablar, (más acá y más allá está la necesidad de hablar, de la que puede surgir la comunicación raigal mediante una entrega total del hombre).

Valgan estas consideraciones como asiento de mi juicio básico respecto a lo que es la generalidad de nuestras revistas literarias y a cual es el camino del encuentro propio, el camino que nos requiere con urgencia.

Valgan también para destacar la diferencia, totalmente de fondo, establecida entre esa generalidad y **Contorno**.

Ante todo **Contorno** tiene, en cuanto revista, un sentido vital abnando su razón de existencia. A través de sus cinco números se palpa una misma inquietud, un mismo entusiasmo definido y serio, una misma pasión en el planteo de los problemas de la literatura argentina. Se revisa y revaloriza lo dado de acuerdo a una posición-irrupción, y se señala o quizá más, una salida superadora.

Es evidente que cuando se quie-

re llegar a ser acabadamente una revista no se comienza por elegir un circuito de temas o un repertorio de ideas que se piensan felices. Porque sin un río elemental fertilizándolos, habrá parcelación ficticia en lo primero e infamia en lo segundo. Así lo comprendieron en **Contorno** y por eso al leer casi todas sus páginas nos sentimos mojados por un agua dura. Ella anega a la letra impresa y nos golpea... como una reacción general ante la realidad en la que estamos sumergidos, la realidad vigente. Es esto al cabo lo importante, es este estar prendidos con dientes y uñas a lo quenís quema, es ese sentir siempre renovado el milagro de la vida, de la aventura única e inviolable.

Frente al contenido de **Contorno** es ineludible discutir, en último término quedamos en la alternativa del rechazo global y la adhesión plena (ésta no implica desear divergencias, y hasta bien gruesas, con los artículos en particular). Por allí uno de los méritos primordiales que tiene es su fuerza de incitación. Ahora voy a dar cuenta, en forma muy escueta, de los números y algunos de sus artículos. Voy a desenvolver el contenido para apuntar disentimientos y acuerdos ceñidamente particulares.

El primer número, flojo, endebles, no asustó a nadie. Se presumía demasiado.

Me decepcionó bastante **Los "martinierristas", su tiempo y el nuestro** de Sebrelli: con seguridad simplista se establecen juicios que pueden ser objeto de reparos fundamentales.

Lo mejor es la poesía de Héctor Miguel Angeli **El despiadado**. Preciosista y completamente ineficaz resulta **"Ladrones de bicicletas o la decepción frente al cine**; sus primeras consideraciones son prescin-

dibles y la crítica al film de De Sica está desprovista de penetración.

El segundo número ya fué claro indicio de la honestidad, el fervor y el conocimiento con que se había acometido la empresa. El mismo hecho de dedicar el número a Roberto Arlt es sintomático. En primera instancia advertimos la reivindicación, porque Arlt, a pesar de ser uno de los pocos escritores argentinos auténticos, ha sido excluido, postergado, menospreciado, blasfemado y muy, pero muy de vez en cuando reconocido por nuestros críticos ilustres y pulcrisimos.

Después hacemos la comprobación más valiosa; y es que en esta elección intervino en mayor medida la resolución anímica que el deslumbramiento exterior, respondiéndose así a una profunda actitud.

La mayoría de los artículos es de gran calidad; concretamente hay dos excepciones. Destaco como ejemplos de sagacidad e inteligencia **La mentira de Arlt, Una expresión, un signo, Erdosain** y el plano oblicuo y **El único rostro de Jano**.

No armonizan con el resto: **Roberto Arlt y el pecado de todos** de F. J. Solero, suerte de extravío guibolesco y **Roberto Arlt: periodista** de Fernando Kiernan, crónica superficial, recusable, principalmente, por la seudoideología que sustenta su autor, (colaborador de **Izquierda**, revista publicada por unos politiqueros que, con una mezcolanza de mentiras y flagrantes contradicciones, pretenden "construir un partido obrero independiente").

El tercer número reafirma las mejores cualidades del anterior.

En el primer artículo **Adelaida Gigli** hunde con gracia y notable agudeza su escalpelo en la obra de **Victoria Ocampo: V. O. Sólida de-**

nuncia hay en **Manuel Gálvez y el Sainete Histórico** de Juan José Sebbeli y en la colaboración ágil y punzante de David Viñas. Mención muy especial merece el relato de Carlos Correas, **El revólver**. No hay movimiento y lo exterior se desvanece en la autoconfesión; pero sucede algo tremendo, un ser humano, un degenerado, que se entrega entero, sin posibilidades.

Quizá sea lo señalado lo más positivo, pero... **¿Inteligencia y barbarie** de Rodolfo Kusch? Confieso que lo leí una y otra vez con suma atención, que me dejó apabullado el alardeado mesianismo de su autor; que ante la revelación de la panacea para el intelectual americano hice mutis; que si se me dice, por ejemplo: —“la vana superestructura intelectual que es hoy el espíritu occidental”— yo diré: —amén—; que, en fin, soy un pobre provinciano irremediablemente obtuso. Y esta mala sombra no me perdona. **Inteligencia y barbarie** es uno de esos ensayo-escándalos tan cotizados en nuestro medio. Kusch ha caído en “un misticismo telurizante que anula todo esfuerzo por comprender e interpretar de un modo verificable y eficaz para la acción nuestra realidad argentino”. Simplifica y elimina “inteligentemente” muchos factores, desubicando así, problemas fundamentales.

El cuarto número está dedicado a Ezequiel Martínez Estrada. Ante esta circunstancia mi margen de falibilidad resulta muy elástico; porque si bien Martínez Estrada es para mí también “un tema de meditación”, no estoy todavía en condiciones de entrar a juzgarlo. Me siento colocado en una situación desventajosa; pero no me apresuro a salir de ella.

Hago estas advertencias sin ninguna pretensión de esquivar el bulto y eludir las responsabilidades

de mi pronunciamiento. Desde un comienzo vuelvo a tropezar con Solero y Kusch. El primero persiste: un artículo macaco en tono poemático y grotesco. El segundo se derrumba a galope tendido: con su concepción del mundo a cuestas se dedica a expurgar la obra del autor de **Radiografía de la Pampa**. Su estrabismo radical le lleva a aseverar cosas descabelladas y a entregarnos una visión de este escritor totalmente falsa e inservible.

La inundación recibe un impacto al denunciarse “la impasibilidad de los ojos de Martínez Estrada”, y su poesía inconexa, vacilante y sin ímpetu, a pesar de algunos estimables méritos, es objeto de un fino análisis en **Oro y Piedra para siempre**.

Nos quedan ahora los dos artículos más importantes: **Reflexión sobre Martínez Estrada** donde se advierte la situación en que nace su obra y correlativamente se señalan “los verdaderos peligros que, junto a tanto esfuerzo profundo y honrado puede legarnos” y “**La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada**, ensayo que en tanto va interpretando generacionalmente nuestra historia cercana y escarbando en la realidad argentina, manifiesta una actitud crítica que se hace explícita en estos conceptos: “Responsabilizarse denunciando para tomar riesgosamente nuestra realidad, nuestro contorno que es problemático y que condiciona nuestra situación y que exige una tensa continuidad en tanto su pérdida se encuentra siempre presente. Tensión reflexiva que impide caer en un activismo o en un fideísmo intrascendentes y en sí desdeñables”... “hacerse cargo de la historia argentina y del presente argentino sin permitirse ni permitir exclusiones de ninguna índole”. Tal es el deber de la nueva gene-

ración.

Sobre el número quinto, dedicado a la novela argentina, cuyo material he podido revisar rápidamente, abro juicio favorable. Un proyecto cabal y un logro magnífico, preñado de signos auspiciosos.

En síntesis y para terminar: **Contorno** se niega al fraude vergonzoso que comete la generalidad de nuestras revistas. Decidida y decisivamente no acepta participar en ese juego deshonesto e insano.

Colmaría nuestro anhelo si su mirada, más allá de lo literario, se extendiese a otros aspectos de la cultura argentina.

Jorge Raúl Lafforgue

CRITERIO

A más de veinticuco años de su primera aparición y habiendo sufrido necesarias modificaciones a través de ese lapso, **Criterio** es hoy en día una revista de amplia difusión en los ambientes cristianos de la Argentina. Al ser imposible una reseña total de toda esa trayectoria, nos referiremos en esta nota a los números aparecidos en el presente año hasta julio. **Criterio** ofrece una estructura que cuenta con secciones permanentes y una temática orientada a enfrentar los problemas más exigentes del pensamiento moderno —política, sociología, literatura, filosofía— en sus relaciones con la doctrina y la espiritualidad de la Iglesia. Dentro de este enfoque general, los editoriales, por una parte, y la selección de la información —transcripta de la que suministran los órganos de prensa católica de difusión internacional— señalan claramente la necesidad de una constante adaptación de métodos y de planteos a la acción de los cristianos en lo temporal. Los últimos editoriales de Monseñor Franceschi arrojan así

la luz de un grave examen de conciencia frente a los recientes acontecimientos que han actualizado de manera tan viva el complejo problema de la trascendencia de la Iglesia y las responsabilidades sociales de los católicos frente al mundo contemporáneo. Extraordinariamente oportuna resulta, respecto del mismo problema, la transcripción de la pastoral del Episcopado Francés referente a la disposición general de la Iglesia frente a los fieles que colaboran en movimientos no confesionales: la ilustración está dada por los casos de los sacerdotes obreros y "La Quinzaine".

El resto del material se distribuye en otras secciones —Pensamiento Pontificio, Vida Internacional, Liturgia— y en artículos de muy variable peso y necesidad. Por un lado, por ejemplo, artículos como las interesantes disquisiciones sobre sociología religiosa de François Houtart (Nº 1240), la sobrecogedora versión de Dubois Dumée sobre el sermón del celebrísimo Abbé Pierre en ayuda de los sin techo (Nº 1233) confirman la línea de encarnación renovadora que adelantan los editoriales.

Por otro, las crónicas intemporales de Bernárdez —que acaban por resultar curiosamente antitemporales por el sentido del ocio estilístico y argumental que las rige frecuentemente, de modo inexplicable— y otros artículos que se diluyen en generalidades muy imprecisas, contrabalancean peligrosamente el sentido de los editoriales y transcripciones a que ya hemos hecho referencia. (Ejemplos de esta vaguedad: artículo "La Universidad y el Pueblo" de Alberto de Onandía (Nº 1228); el sustancioso tema que pregona el título se ve alcanzado sólo lateralmente, y escamoteado, definitivamente, el problemático "cómo"

de la comunicación del universitario con el pueblo). Por otra parte, la realidad argentina concreta —y los gravísimos problemas espirituales que se derivan de ella— sólo es tocada en general, por los editoriales y las "referencias" aparecidas en los últimos números. Si exceptuamos esto, no encontramos, en este año, sino cuatro artículos que aborden directamente la realidad nacional: dos de ellos se refieren a la reforma agraria y al problema rural argentino; el tercero es una nota admonitoria en torno a la novela contemporánea argentina; el cuarto una vibrante contestación de J. Potenze al señor León Bouché, dando detallada cuenta del desastre cinematográfico nacional.

Las crónicas de música y pintura están encaradas con probidad; las de cine y teatro, a cargo de Jaime y Silvia Potenze, atestiguan un indudable y calificado conocimiento de la materia, aliado con un fino sentido del humor, (V. "Un festival "Gout-américain", número 1232) a veces desvirtuado, sin embargo, en el caso de Jaime Potenze, por calificaciones excesivas que apuntan al efectismo. Las crónicas literarias, firmadas por muy diversas manos, imposibilitan un juicio general; las de J. Costa señalan el mismo afán que mueve la línea de los editoriales; las de Basilio Uribe revelan un vasto y fino conocimiento de lo literario (V. nota sobre Borges, número 1228); acertadas también las de Betanzos; dentro de un fatigado tradicionalismo las de Bernárdez.

Es difícil, en suma, dar un juicio total sobre **Criterio**. A considerable distancia de las revistas europeas empeñadas en la misma línea, **Criterio** sostiene la suya con altibajos que amenazan esporádicamente su unidad de intención y trayectoria. Su problema, empero,

sólo alcanza sentido total si se lo integra en el intrincado problema general de la inteligencia católica argentina y los acentos y carencias que ésta comporta. Pero su impacto en este sector arroja un saldo positivo y corrobora una línea de esfuerzo lento pero irrecusable en beneficio de la madurez del pensamiento en la Argentina.

I. Bordelois

DAVAR

Davar significa **palabra** y significa **razonamiento**. Algo así como el **Logos** griego.

Es el término hebreo que sirve de lema a la revista literaria que edita la Sociedad Hebrea Argentina.

El primer número de **Davar** apareció en julio de 1945. El judaísmo volvía de su más terrible experiencia. Había sido finalmente derrotado el régimen que llevó a la muerte a seis millones de israelitas. Por supuesto, esta experiencia no era la primera. Ya Nietzsche había hablado del "pueblo que ha tenido —y no sin culpa de todos nosotros— la historia más dolorosa de todos los pueblos." Pero la magnitud del desastre experimentado no tenía precedentes, e hizo necesario un replanteo de muchas posiciones. Hizo necesario, sobre todo, que fueran desechadas definitivamente ciertas ilusiones que arrastraban su existencia en un mundo de pesadilla.

En ese primer número **Alberto Gerchunoff** señala el enfrentamiento de una generación que iba confiada al encuentro de la utopía y que se valía de la Razón como instrumento de lucha, con una realidad que provoca la crisis de sus convicciones.

"La generación a que yo pertenezco —dice— se había formado en ideas de amplitud humana y so-

cial, extraídas del fondo romántico del siglo XIX. El individuo de inclinación revolucionaria, instruido en su mocedad en "El Capital" de Marx, en Kropotkin o Stirner, o el de tendencia burguesa, como el que integraba la clase adinerada y de raigambre tradicional de Buenos Aires, pero afinado por la cultura y preparado para gobernar el país o influir en su proceso histórico, tenían la misma sensibilidad y se caracterizaban por su confianza sedimentaria en el mejoramiento del mundo".¹ Estos hombres, unidos en su candorosa confianza en el progreso indefinido, se encontraron de pronto con los campos de concentración y con "una nueva física y una nueva química" ensayadas sobre las ciudades japonesas. El interrogante del momento queda estampado en ese número inicial: "¿Qué misterio de terror y de espanto nos reserva el progreso para el futuro?".² La serena confianza en el porvenir se hace así inaceptable para la sensibilidad contemporánea que encuentra motivos para descreer de los mitos en que se formó. La "Inteligentzia" que había confiado en los avances de la cultura para la liquidación de los prejuicios, contempló con estupor como "el hombre moderno fué moldeado por impresiones violentas que lo turbaban y lo embriagaban a la vez, y es la víctima de sus asaltos, sin cesar renovados" mientras se produce "la decadencia y la muerte de las grandes ideas morales como la cultura, el espíritu, el arte, el pensamiento".³ Se hace desde aquí imprescindible echar por la borda todos los restos del racionalismo ingenuo, abrir los ojos y ver.

El romanticismo judío nos muestra dos caras: la mística y ese racionalismo optimista y liberal al que se aferraron con todas sus fuerzas y en el que pusieron todas sus

esperanzas las generaciones educadas en la autonomía espiritual que ansiaban paz para su pueblo a través de una paz conquistada por todos los pueblos.

Los hombres que editan **Davar** no consiguen desligarse de la fe y de la esperanza que nutrieron generosamente a tantos intelectuales judíos. La pregunta que dramáticamente formula Gerchunoff en sus mismas páginas, no hallan eco en los números posteriores de la revista. Verbitsky impone a **Davar** su mensaje de optimismo simple y bueno. **Davar** quiere así ser un tribuna desde la cual se habla en el lenguaje universal de la razón, desde la cual se quiere demostrar que los derechos judíos están inscriptos en los derechos totales. Está impregnada del mismo espíritu que recorre a las social-democracias de todo el mundo.

Davar repite el viejo llamado judío a la razón. El racionalismo liberal parte de un pesimismo circunscripto en el tiempo. Su optimismo, lejos de significar una alegre visión del mundo, denuncia la podredumbre y la miseria, pero no lo hace sin anunciar la victoria final del **Bien por el Progreso**. Es la tradición de los profetas, que testimoniaban una y otra vez la corrupción que los rodeaba para enseñar a conquistar el reinado de la dicha, para acercar el día en que Jehová dijera al fin: "He aquí que yo extiendo... paz como un río, y la gloria de las gentes como un arroyo que sale de madre; y mamaréis, y sobre el lado seréis traídos y sobre las rodillas seréis regalados... y alegraréis vuestro corazón" (Isaías. 66:12/14).

A través de la historia el judaísmo expresó la primacía del espíritu y la vigencia de la conciencia en un mundo donde el cristianismo hecho poder jugaba a la religión o la esterilizaba en la políti-

ca. La judeidad elaboró así el principio de la abstracción "...en tres mil años de angustia como único remedio que encontrara contra el dolor"... , el cual "...no pudo surtir efectos sutiles entre hombres que sobreestimaban el esplendor de la violencia, de las armas, y de la victoria sobre un vencido".⁴ Ese principio es una de las expresiones de esa nacionalidad cultural que testimonia entre nacionalidades limitadas por la geografía. Pero el mismo principio de la abstracción sirvió luego a los nacionalistas judíos para intentar acometer la empresa ingloriosa de la asimilación, es decir, la empresa de renunciar a un tipo de vida y a un mensaje peculiar para diluirse en un mundo que no toleraba un estilo humano llevado al extremo.

Davar recoge — en general — el pensamiento de quienes inbuidos del viejo humanitarismo racionalista y provenientes de un liberalismo desteñido quieren, sin abandonar su antigua visión, proponer a sus hermanos judíos una base de acción concreta y definida. Están advertidos aquellos a los cuales dirigen su mensaje están formados en su mayoría por un internacionalismo abstracto, y que sólo la catástrofe los une, en medio de la cual aún pretenden "derrotar al enemigo de toda la humanidad más que por ser un enemigo a muerte de los pudíos".⁵ Asumen, con esa conciencia, la misión de crear un **sentido de lo judío**, pero fracasan en su propósito debido a la persistencia en utilizar los viejos métodos del intelecto puro. Piterbarg habla por ellos en un artículo titulado "**Ideales positivos para el judaísmo**", publicado en el tercer número de Davar: "... en cierta época de euforia social creíamos — nada menos — en la rápida solución de las contradicciones más dolorosas de toda la humanidad. Hoy, la

madurez que por dignidad debemos pretender, nos proporciona su lección que no es de resignación ni de escepticismo. **Creemos como ayer en el esfuerzo humano y en su progreso hacia una meta ideal** pero no podemos eludir la evidencia de que el ritmo de su paso no guarda justa proporción con la urgencia que ciertos problemas exigen". Se empeña a no renunciar a su fe en el progreso, no obstante lo cual afirma más abajo: "... hoy, hemos llegado a un punto en que el judío ha sido tratado como menos que una cosa; como la antítesis del valor más pequeño; como la negación misma de la realidad". A través de Piterbarg vemos que la generación de judíos que vuelven del limbo asimilacionista no pueden despojarse de la retórica finisecular, y que esa retórica interfiera en sus propósitos de forjar valores positivos con que unir al judaísmo. Por eso terminan repitiendo la apelación a la Humanidad, el ademán de defensa. "Estamos en el derecho, en nombre de **aquella condición humana**, de plantear como exigencia primordial la reparación del daño hecho al judío"... "**su dignidad de hombre** le exige clamar por la pervivencia de lo judío, porque la redención del judío sería la prueba por excelencia de la realidad del progreso humano." Una costumbre en el pensar hace terminar desembocando lo concreto en lo abstracto, hace que una generación entera termine por contestar; "Si me preguntan cuál es la solución del pretendido problema judío, contesto que la única es la elevación del nivel de toda la Humanidad".⁶

Pero Davar ha reproducido también ensayos donde algunos escritores se acercan con un tono más contemporáneo al problema de la esencia de la judeidad. En el número 5 trata el tema Franz Ro-

senzweig, quien propone un tipo especial de intuición como método para "descubrir" el judaísmo: "Es algo que hay dentro del individuo lo que hace de él un judío, algo infinitamente pequeño y sin embargo inconmensurablemente grande, su secreto más impenetrable, pero evidente en cada uno de sus gestos y palabras, particularmente en los más espontáneos. El judaísmo a que aludo no es *literatura*. No puede ser captado por medio de la composición de libros ni por medio de su lectura. Ni siquiera se lo experimenta. Se lo vive, tan solo —y quizá ni eso. **Se lo es.**"⁷ Aquí se parte de la realidad dada, del hecho en sí eludiendo la ingenua construcción histórica.

Davar es, en síntesis un ancho campo de polémica e investigación sobre judaísmo. Cierta candor de algunas páginas no hace sino expresar una forma del judaísmo: aquella que quiere triunfar por la razón. Empresa que, a fin de cuentas, merece respeto.

R. M. P.

¹ Alberto Gerchunoff: **Posición de un hombre ante la contienda.** (*Davar*, N. 1 página 2).

² Alberto Gerchunoff: **Posición de un hombre ante la contienda.** (*Davar*, N. 1, página 14).

³ Thomas Mann: **"Advertencia a Europa"**. (Bs. As. - Sur - 1938). Página 46.

⁴ Máximo José Kahn: **"La contra-inquisición"**. (Bs. As. - Imán - 1946). Pág. 27.

⁵ Elías Piterberg: **Ideales positivos para el judaísmo.** (En *Davar*, N. 3).

⁶ Paul Benichon: **"Los Judíos en Francia"**. (En *Davar*, N. 3. Pág. 47).

⁷ Franz Rosenzweig: **De cómo se es una persona judía.** (En *Davar*, N. 5, página 33).

ESTUDIOS

En mis manos los números 465 y 466. Caracteres externos: fundada en 1911 por la Academia Literaria del Plata; dirigida y redac-

tada en gran parte por padres de la Compañía de Jesús. Se define como "Revista argentina de cultura".

La primera cosa que se observa es la inoperancia concreta de estos factores. Cuando se recorren sus páginas, esperando encontrar, antes que nada, una visión de la cultura argentina problematizada católicamente, se experimenta una decepción opresiva. Sí. **Estudios** tiene algo de opresivo. Poco a poco vamos precisando por qué. Hay un cierto modo general de sus artículos que es varias cosas a un tiempo: estrechez intelectual, irresponsabilidad, ligereza, falta de sinceridad, sobre todo falta de sinceridad en los planteos.

La presencia de los problemas se reduce a los títulos de los artículos. Así: "¿Es posible una sociología religiosa?", "Tiempo y eternidad". Hay dos, firmados por Raúl Guillermo Stocker ("Esquemas existencialistas" y "La novela como expresión existencialista") cuya inclusión bastaría para justificar un juicio definitivo sobre la revista. Se agitan allí los problemas con un desenfado desconcertante. Largos párrafos de retórica cansada. Ni la más mínima intención de hacer frente honradamente a las dificultades, tampoco de formular críticas coherentes. Sólo se evidencia alguna intención que, claro está, nada tiene que ver con la literatura ni con la filosofía.

Anotamos trabajos anodinos: "Atahualpa Yupanqui, el místico de la tierra" que firma Boasso; "Tríptico" que firma Hugo Wast.

En lo polémico, **Estudios** es una revista exasperada. "Otra revisión de Revisión", que firma Gómez Freyreya S. I., es un ejemplo de la polémica violenta, ofensiva e impotente.

La mejor ilustración de la ac-

titud general de **Estudios** en sus planteos, puede ser un párrafo extraído del trabajo "Sobre el concepto de «adversarios»" (Nº 466). Se refiere al modo de hacer frente a aquellos que sostienen ideas contrarias a las propias (los adversarios) y de leer sus obras. Es éste, y sobran comentarios:

"Si la asimilación se puede hacer sin peligro del núcleo y sus capas inmediatas, hay que intentarlas... Abrimos nuestra corteza externa y deglutimos el libro adversario; sólo lo dejamos pasar hasta rozar los internos círculos concéntricos... Pero si el bocado exterior va a filtrarse hasta el núcleo o hasta las capas protectoras, vale más acorazarse con corteza de intransigencias impenetrables."

Hay dos notas del señor Horacio Ignacio Carballal, intituladas nada menos que "El problema literario en la Argentina". La primera es una esquematización, en un tono de desagradable displicencia, de algunos problemas que quedan gratuitamente colgados del vacío; en la segunda, el autor ha olvidado el tema: las más de tres páginas tienen como único objeto hacer notar que Bernárdez, en un artículo de "Criterio" referido a los novelistas argentinos, olvidó nombrar a Hugo Wast.

En fin, ante ciertas cosas es imposible no decir nada. Hay algo, particularmente, que no puedo dejar pasar: aquello de "Revista argentina de cultura". No. No sé lo que sea **Estudios**, pero es preciso, es indispensable subravar que no es lo que pretende. Porque algo inadmisibles en una tarea que se dice intelectual es el engabo. La problematización que se agota en el rótulo. Títulos que llevan y traen problemas que nos tocan profundamente, como el de nuestra literatura por ejemplo. Son manoseos que no podemos presenciar en si-

lencio. Entiéndase en definitiva que la seriedad y el sentido de la tarea de escribir dependen de ello.

Ernesto Veron Thirion

GENTE DE CINE

Ha hecho, no cabe duda, obra desde abajo. Ha ambientado temáticas que entre nosotros eran todavía extranjeras. Ha analizado. Las secciones críticas se han presentado en general con fundamentos: ha sido con frecuencia auténtica crítica de cine. Cumplió ante todo la tarea de fecundar de planteos un terreno virgen. Ha creado **hábitos**, trabajado nombres, insistido. Todo esto es bastante.

Caben críticas y hay una de importancia: **Gente de Cine** no tiene detrás un equipo de trabajo; sólo un comité de redacción y no es lo mismo. De aquí que en el plano teórico, falte la coordinación general de los artículos y los contrastes y paralelos ricos en resultados. De aquí también el sabor un tanto intelectual (con sentido peyorativo) que tienen muchos números. De aquí en fin, que el cine argentino, por ejemplo, no haya sido puesto nunca radicalmente en cuestión, en una ofensiva de largo alcance.

Lo que vale la pena no olvidar, me parece, es su trabajo de avanzada. Es fácil advertir cuánto queda por hacer en este sentido. Basta leer algunas de las entregas de la sección "¿Qué piensa usted del cine?", para comprobar una vez más la ignorancia o los increíbles prejuicios que aun alientan. Claro que vale más iniciar una tarea que cansarnos con razones abstractas. Y así lo entendió **Gente de Cine**.

Ernesto Veron Thirion

"HISTORIA". Revista trimestral de Historia Argentina,

Americana y Española, Año I N° 1, Agosto - Octubre, 1955. Director: Raúl A. Molina.

El solo título de la publicación puede inducir a engaño a quienes ignorando su verdadera orientación, abran por primera vez su portada. No han elegido los redactores humilde denominación para su revista: **Historia** la han titulado, y tal es el amplio contenido que nosotros, como alguien más tal vez, hemos ido a buscar en las flamantes páginas. Mas, sin llegar a la desilusión, hemos descubierto que nuestras esperanzas eran fallidas, y que esa historia que buscábamos no es esta **Historia** que nos dan. Creímos ir al encuentro de lo universal y hallamos tan solo lo particular. No es que veamos falta en el planteo y finalidad de la revista, únicamente nos parece que su título ha sobrepasado, un poco, en vuelo, a su contenido.

Hasta ahora el error ha sido solamente nuestro que, desprevenidos, esperábamos algo tan diferente de lo que hemos obtenido.

Pero si erramos en un principio, ya no lo hemos hecho luego. Su frente-portada, la reseña de los artículos y las palabras de su presentación abrieron a nuestros ojos, definitivamente, el secreto impulsivo, el hálito creador que infunde vida al texto.

Historia —son sus palabras— quiere ser una fuente informativa de la cultura hispana en América, y en ella de la Argentina. Revista histórico-documental que desea proyectar “el haz de luz luminoso de las investigaciones científicas realizadas con método y ecuanimidad a todas las épocas”, sí, mas a todas las épocas de nuestra historia.

En el pequeño párrafo que he-

mos arrancado a las “Dos palabras” con que su dirección la presenta, encontramos claramente definidos las ideas y propósitos puestos en marcha. Es una revista de búsqueda, erudita y científica. Va a brindarnos en su texto las fuentes, casi diríamos externas, de la Historia Argentina en su más amplia acepción, de una historia engendrada en el espíritu hispano, mestizada en las razas autóctonas y madurada en su contacto cultural universal; tal vez sea este último enfoque el que le falte.

Y lo hará por medio de crónicas, ficheros, memorias, documentos inéditos desenterrados de archivos, museos y bibliotecas. Recorriendo sus títulos lo comprobamos; un artículo sobre el derecho provincial, otro sobre la fundación de Buenos Aires, un estudio de la cartografía americana de la Casa de Contratación, otro costumbrista; crónicas, notas de archivo, acumulaciones documentales; una interesante sección bibliográfica con un extenso repertorio de libros y conferencias; una serie de comentarios sobre obras recientes, donde pocos parecen haber trabajado intensamente para dar a conocer lo de muchos.

Es por esto que tal vez nos sintamos un poco cohibidos al penetrar en ese mundo quieto, yerto y silencioso de recatados archivos familiares o vetustos museos al que parecemos introducirnos al leer el material de la revista. Un mundo de una historia estática, necesaria sin duda, pero un poco sobrecogedor y sofocante, con el sofocamiento de lo no tocado aún, de lo que nos lleva al problema de conocer y al mayor todavía del interpretar y vivir.

Historia viene a ocupar también su puesto. Un puesto que necesitaba ser cubierto; porque se necesitaba una revista —algo— que en-

frentara directamente el problema, no bien conocido, de la Historia Argentina. Y para realizarlo quiere contemplar la totalidad de esa historia que tiene "cuatrocientos cincuenta años", y más si se quiere. **Historia** quiere ser una ayuda al estudioso, una "fuente" de fuentes, un trabajo previo para que pueda edificarse sobre él, el otro posterior y definitivo. Así lo creemos. Ojalá lo logre.

Si algo ha de criticársele es su apego al detalle, al documento, al dato, su parcelamiento y limitación en compartimientos cerrados, que si —sucedándose y complementándose— puede que den un lineamiento general o descubran un espíritu constante de la historia patria, lo harán tácitamente y sólo después de mucho tiempo.

Esto hace que sintamos otro vacío —inmenso— que **Historia** no llena, como no lo hacen otras revistas y otros libros y otros profesores: el vacío de la ubicación de nuestra historia en la universal, el de compaginarla con el mundo.

Quisiéramos descubrir cual es la verdadera posición de nuestra patria y de la América toda en el panorama cultural universal. Quisiéramos saber qué ha pesado nuestro acontecer y qué nuestras ideas, qué es lo que pesan hoy. Y con esto, ubicados ya, hacer nuestra historia —no como disciplina cinética— sino como que-hacer diario, como vida, como tarea ineludible que nos presenta ese vivir. Saber quienes hemos sido, para volver a hacernos hoy, haciendo para mañana.

José María González

IMAGO MUNDI: Revista de Historia de la Cultura.*

"...su misión será recoger los aportes de las historias particulares, en la medida que la naturale-

za de los hechos mencionados, o la intención con que se los estudia, contribuya a integrar la imagen del complejo estructural que llamamos cultura". Con estas y otras palabras, por cierto "vagas y descuidadamente escritas", era presentada en septiembre de 1953 la revista que nos ocupa. Han transcurrido dos años y los nueve números aparecidos trimestralmente permiten verificar en qué medida **Imago Mundi** cumple la misión prometida inicialmente. Ya, claro está que indirectamente, las **Reflexiones sobre la Historia de la Cultura**, por J. L. Romero, a la par que justificaban aquella, advertían al lector de la dificultad de su cumplimiento.

Si únicamente consideráramos los **Ensayos** que integran el número nueve, último publicado, denunciaríamos que no sólo se está lejos de los objetivos fijados, sino de espaldas a ellos. En efecto, las seis páginas del primero, **La "España defendida" de Quevedo y la síntesis pagano-cristiana**, por R. Lida, constituyen una hermosa presentación del opúsculo quevediano, pero carecen de la profundidad, de la intensidad exigible a un ensayo (que no olvidamos firma R. Lida) que quiere ser para la Historia de la Cultura. Las muchas páginas que llena el segundo, **El pensamiento histórico en el Antiguo Testamento**, por L. Dujovne, atestiguan la excepcional erudición del autor pero no contienen, creemos, conceptos atribuibles en primer grado a aquél.

Felizmente, en números anteriores —y esperamos que en los sucesivos— figuran ensayos que por "la naturaleza de los hechos mencionados" o por "la intención con que se los estudia" aportan a la integración de la imagen de la cultura. Así, entre tantos otros, y por ambas razones **Espíritu y razón en la España de los Austrias**, por C.

Sánchez Albornoz. (Nº 2).

Las **Notas** aparecidas en **Imago Mundi** son de una seria calidad sobresaliente. Vaya de ejemplo la bien pensada y mejor escrita **Historiografía y política; a propósito de la "Historia de la Argentina"** de **E. Palacio**, por **N. Rodríguez Bustamante**, a la que sigue en el mismo número, el ocho, **A. Castro y su interpretación de España**, por **G. de Torre**. Una y otra, en contraste, ofrecen prueba de qué y cuánto puede decir un no historiador sobre la obra histórica de otro no historiador.

Los **Textos y Documentos** publicados, desde el **Tratado Acadio de diagnósticos y pronósticos** hasta el referente a **Wycliffe y los lardos** (recordamos la muy interesante **Expresión de agravios presentada por el defensor de los asesinos del Tandil (-1/1/1872-)**) lo son, sin lugar a dudas, para la Historia de la Cultura.

Bajo el título de **Crónicas** quedan encuadrados en **Imago Mundi**, número a número, breves y valiosos informes sobre las actividades de distintos Congresos, Institutos y sus publicaciones en cuanto hacen a la Historia de la Cultura, así como también, en los números seis, ocho y nueve, ciertas **acusaciones y defensas** que esperamos, en bien de la revista, se den por concluidas.

Todas y cada una de las **Reseñas** publicadas por la revista que nos ocupa han sido confiadas a quienes, en mayor o menor grado, dominan las disciplinas a que, en cada caso, responden las obras reseñadas. Mérito grande, sin duda, pero que sería mayor si se aunaran criterios para lograr la uniformación crítica de las reseñas que las valorizara como elementos más que informativos, consultivos.

Ajustándose a la advertencia que cierra la sección, se anotan cui-

dadosamente en **Bibliografía para la Historia de la Cultura** gran número de publicaciones, trabajo de gran utilidad, particularmente en lo que respecta a aquellas de las que aún de su aparición es raro tener noticia entre nosotros.

Podríamos multiplicar las objeciones formales a **Imago Mundi**. Preferimos reconocer que por su fondo ha cumplido aquella su misión, que se esfuerza en crearse el ambiente de que nació huérfana y que las dificultades aún no superadas están más en la Historia de la Cultura que en una revista que es, ya, "la expresión de una conciencia vigilante, tensa sobre el pasado y el presente del mundo histórico".

C. F. L.

* Cfr. CENTRO, Nº 7.

MAIRENA

Tres números ha publicado esta revista que dirige Enrique Azcoaga. En las solapas del primero leemos las dos notas fundamentales de su intención: "Quiere **Mairena** contrastar principalmente a los poetas que en España y fuera de ella no han dejado de serlo y remediar en la medida de lo posible un distanciamiento que la poesía no entiende".

Este contacto se hace bajo un signo muy claro, ya que se vive en un momento en que "la poesía pura" concluye su reinado para dar paso a una "poesía positiva", dedicada" desde su raíz a la más alta posibilidad viva y humana".

La primera intención se evidencia en expresiones que revelan la desgarrada calidad del único diálogo a obtener entre los hombres a quienes un diferente sentido del vivir y del sufrir ha separado a ambos lados del Atlántico. Boussoño y Aparicio en el primer número, Pinillos en el tercero, dispu-

tan, cada uno a su manera, sobre una España que sigue siendo signo de contradicción y de vida, llaga de amor y de odio no cerrada, hincada, permanente.

Y los gritos que se cruzan así van testimoniando una ternura embavecida, hispánica, obstinada; pero testimonian también de ese territorio común aún más hondo: la poesía "que no entiende de distanciamientos". La segunda intención es más difícil de lograr: "una poesía positiva", dedicada desde su raíz a la más alta posibilidad viva y humana en contraposición a la poesía que no brota de una fluencia íntima y total sino de una carencia disfrazada y demorada en equilibrios formales. Digo que es difícil de lograr porque si bien no hay poesía auténtica que no sea testimonio de hombre y de sentir auténtico, tampoco se hace poesía con sólo sentir auténtico: hace falta algo más. El algo más puede convertirse en superfluidad sin sentido, puro divagar estilístico, consentimiento a la música, a la manera o a léxicos definitivamente agotados, pero en sí mismo es imprescindible. Y el límite entre autenticidad y "algo más" es difícil de señalar. Límite impreciso porque no hay criterio absoluto de poesía: hay poesía, sola y simplemente.

Pero decir, por ejemplo: "Mi espíritu era apenas una sombra/ la busca de la tierra prometida,/ una fuerza errabunda; un vago sueño/ que algún remoto ser soñara un día/ Y vagaba entre música celeste/ ángeles inefables y suspiros... como dice Horacio Núñez West en el número dos, nos parece que es intentar un retorno a un vocabulario que hoy por hoy los campos de Belsen, Hiroshima, el Dr. Ingallinella y varias otras cosas más han vuelto decididamente imposible.

Pero por otra parte, decir, como

Romualdo Brughetti (número 3): "El pueblo vive en lo obscuro:/ lo obscuro es lo terrible./ Lo terrible es/ El hombre crece" y así sucesivamente, insinuará posiblemente una interesante teoría sociológica del hombre, pero nada más que una teoría sociológica, no poesía.

Quiero decir con esto que Mairena no logra siempre el equilibrio deseable y concede a veces expresiones ya puramente formales, ya auténticas pero en todo caso no poéticas. Sucede con Mairena lo mismo que con las antologías: son un mal necesario; el problema consiste en que los antologizadores corran el acento sobre mal o sobre necesario. Discurso así porque uno inevitablemente acaba preguntándose qué sentido puede tener el colocar en una misma publicación a gente de tan distintas latitudes poéticas como Juan Ramón Jiménez, Pablo Neruda, Paul Valéry, Voces Lescano, Víctor Hugo, Enrique Azcoaga. Irresistiblemente vuelve la voz de Rilke: "Las obras de arte son de una infinita soledad." Pero por otra parte es cierto que sin Mairena yo no habría leído a Montesinos: "Lluvia de mi niñez ¿ya no regresa/ mi corazón al mundo? entre palmeras/ volved llorando, antiguas primaveras;/ venid a mí, lloved en las estrechas/ calles de mi recuerdo, y que mi ausencia/ se copie en el cristal de las aceras".

Las notas bibliográficas finales, a cargo de Horacio Amigorena, revelan amplia información y una crítica enfocada, aquí sí, con firmeza, bajo el signo de la "poesía positiva". Mairena es, hasta ahora, una empresa difícil y generosa; esperamos que los números futuros confirmen su calidad y vayan desplazando definitivamente el acento de "mal" a "necesario".

I. Bordelois

SAGITARIO

Sagitario salió a la calle por primera vez a principios de 1955. Y, como toda nueva voz en militancia, queriendo palpar las cosas desde el enrolamiento activo, aventurando un gesto en inflexión determinada, con el alma extendida entre esos andariveles que se tienden para encauzar subjetivismos desbordados, con una aspiración de contorno alrededor de todo lo que en la vida merece ser confrontado.

Para presentar su fisonomía, su pretensión de fisonomía quizás, creo que, mejor que seguir en ajapajas, es transcribir algunos puntos claves de ese editorial y hacernos cargo así de ese aliento para poder carearlo en el análisis con los resultados concretos. Decían entonces: "**Sagitario** es fruto de una inspiración y de una voluntad juveniles... tal circunstancia no ha sido obstáculo, sin embargo, para que confíen la dirección de la revista a un hombre de la generación anterior... aspira pues, a ser el punto de convergencia y de entendimiento de dos generaciones ligadas por el esfuerzo concurrente de una tarea común... se propone vincular a todos los hombres y mujeres que luchan inequívocamente por la libertad y la justicia, y confía en contribuir a la formación de una conciencia continental... examinar con espíritu sereno y justiciero los actos que afectan los intereses genuinamente nuestros, ya sean espirituales o materiales, y juzgarlos desde nuestros puntos de vista... somos enemigos de cualquier forma de imperialismo: económico, político, financiero y hasta cultural... prestaremos nuestra principal atención a esta última (la cultura) y la defenderemos de los peligros que ofrece una técnica deshumanizada y amoral... nuestra posición es

contraria a la guerra, solución absurda y traicionera de los problemas humanos, generadora de injusticia... defenderemos los derechos de la personalidad individual... estaremos en contra de todos los despotismos, francos o encubiertos, de derecha o de izquierda... **Nuestra revista no se resigna a ser una publicación más, incolora o neutra. "Palestra de ideas, pero con posición definida en la lucha ideológica".** Es decir, una larga declaración de principios y un postulado, que se supone in cuestionable, y base de cualquier razonamiento que desenvuelva el comité editor para apuntalar la validez de la revista.

Han aparecido hasta ahora sólo dos números y en realidad dos no es cantidad que justifique el levantar un juicio; toda afirmación apresurada corre el riesgo de arrastrar ridículas seriedades y apañar en incongruencias a aquello de lo que se afirma algo; sobre todo en este caso, ya que **Sagitario** está recién por llegar; toda por llegar.

Puedo sin embargo aventurar algunas observaciones, ciertas evidencias que surgen en el simple frente entre el deseo y la objetivación. Para eso creo primero necesario señalar a vuelo de pájaro cuál es el contenido de **Sagitario** a través de sus dos números.

Veamos. Una nueva afirmación en los ideales de Mayo, de Carlos Alberto Erró. Tres páginas sabrosamente escritas por Fryda Schultz de Mantovani donde América, imaginación y realidad, se enmaraña entre la trama de un vocabulario dulce, emotivo, riquísimo. Manuel Rojas y Martín Alberto Noel buscan el protagonista del libro americano, el primero después de aclarar que se refiere "al que posee el carácter, el ritmo, el silencio, la oscuridad y la soledad de la naturaleza americana" se interna en

inoperante piélagos de divagaciones; el segundo, resuelve el problema en una esquematización insostenible: Europa, literatura intensiva, el sujeto se explora hasta el meollo de la subconciencia; América, literatura extensiva, el sujeto se proyecta sobre el mundo! José P. Barreiro explica la transición espiritual de Saúl Taborada que pasa del buscar la clave del ideal formativo argentino en Alberdi y Rivadavia a la elaboración de su tesis fecúndica como expresión de la argentinidad. Un artículo de Sánchez Viamonte (director de la revista) donde después de decirnos que "con las mismas razones que fundamos el determinismo en las causas podríamos fundarlo en los efectos, es decir en los fines" y hacernos pensar que va a desarrollar ese argumento, emprende disquisiciones sobre la legitimidad de las denominaciones que separan formalmente las edades históricas. Una sugestiva y personal visión de T. S. di Tella sobre la realidad de la sociedad norteamericana actual, en plena crisis moral atomizada, disueltas sus células de vida tradicionales, creadora de nuevas mistificaciones. Dos interesantes notas, una de Raúl Piérola y la otra, excelente, de J. I. Martins que nos hablan de las tragedias que viven Colombia y Guatemala, respectivamente. Una estampa de Alejandro Korn. La reproducción de un artículo de Sánchez Viamonte a la muerte de Ingenieros. Algunos comentarios de actualidad. Noticias bibliográficas de cuatro libros de autores americanos. Eso en el primer número. En el segundo el tono general no cambia demasiado. Un editorial acerca del problema de la paz. Frases sobre el porvenir americano, redondeadas en juvenil optimismo, de Alfredo Palacios. La ardorosa adhesión de Martí por Bolívar a

través de las grandilocuencias de Félix Lisazo. Más grandilocuencias de Enrique Banchs. El problema del indígena planteado por Pío Jaramillo Alvarado. Pablo Rojas Paz intenta una definición de lo criollo y del criollo. Julio Aramburu frente al revisionismo histórico. Miguel Angel Asturias y Guatemala. Algunas páginas de un político hindú sobre la encrucijada de Asia y la salvación por el socialismo. Otra lírica estampa, esta vez de Enriquez Ureña. Una nota de Piérola sobre la educación en Colombia y otra de Héctor Dieguez analizando la situación de la economía latino-americana. Comentarios sobre Chipre, el derecho de asilo en América y la democracia suiza. Cine, Victorica, libros.

Ahora bien, volvamos al principio. Recordemos esa frase "paleta de ideas pero con **posición definida** en la lucha ideológica". Existe pues, evidentemente, un postulado que implicaría una **toma de posición** determinada e inexcusable; un querer encararse con las cosas y una voluntad de enfrentar la realidad para sacudirla, golpearse, poseerla, de un **determinado modo**, con una **determinada actitud**; en fin, con una **misma actitud**. Hasta aquí, el propósito; una aspiración de unidad; y de una unidad determinada; no de cualquiera.

Me pregunto ahora, ¿hay unidad en **Sagitario**? Y si la hay, ¿es esa propuesta, esa que se enuncia?

Entiendo la condición de unidad (cierto tipo, algún tipo) como el planteo vital previo, y en tanto vital, irrenunciable, que posibilita la objetivación de ese fenómeno del espíritu que llamamos revista; ese plano generador puede darse en la unidad ideológica, en la unidad de problemas (llamo problemas a temas problematizados, a problemas-temas); en la unidad temáti-

ca; en la unidad en la problematización; en la unidad de actitud. Con esta enumeración no descarto las quizá infinitas posibilidades que puedan resultar de la combinatoria de algunas pocas conexiones a priori; sino, quise nombrar solamente los casos que me parecieron más generales.

Descartado en **Sagitario** un mismo enfoque ideológico, veamos si puede hablarse de unidad de problemas. Ahora bien, si por problemas se entiende una circunstancia cuyos postulados fundamentales se ponen en tela de juicio para determinar su validez o no; es decir si se problematiza en tanto un hombre, una actitud asumida, una situación, dejan de ser ese hombre así, esas opiniones que están ahí, que se dicen, que uno sabe, que desde siempre es así, para entrar en el terreno donde las estocadas escarban el corazón de lo vivo y reconstruyen, y ratifican y rectifican la razón de su eficacia; en tanto un hecho salte el abismo de la evidencia gratuita a la denuncia; en tanto todo eso, y salvo excepciones, algunas veces pero no lo suficientemente altas que consigan imponer su tono, no existe en **Sagitario** esa unidad. Y donde no se problematiza no puede hablarse de actitud, de alguna actitud asumida y común; porque, repito, problematizar es algo más que estar eso que se problematiza allí y yo aquí, del otro lado para contemplarlo y testimoniar que permanece, que está, que me parece que es así; sino encararlo desde ciertos aprioris ineludibles, desde una manera, desde una actitud. **Sagitario** había avisado esa manera de hacer; pero se queda en eso, en la frase de editorial. Puede sí hablarse de unidad temática y encarar casi todo lo que allí se dice bajo el rubro de enfoques americanos; hay, efectivamente, un centro de interés que

sobrevive a través de todas las páginas; pero muy otra, creo, era la forma del primer impulso. Claro está, **Sagitario** recién ha aparecido, todavía está por llegar y los números siguientes pueden invalidar todo lo dicho. Hay por supuesto aciertos, notas más agudas (la nota de Martins sobre Guatemala, por ej.); podría también analizarse artículo por artículo como parcelas aisladas y decidir así su bondad o su maldad; pero, no creo que esa bondad o maldad vayan a la bondad o maldad de **Sagitario**, porque el espíritu sería el mismo.

Es necesario, y lo es porque existe el germen de la posibilidad, que **Sagitario** vuelva a considerarse en la estructuración de sus fundamentos; que se reasuma para que así realmente salga a la calle como "el fruto de una inspiración y de un entusiasmo juveniles" y no como el lugar de cita de unas cuantas respetabilidades.

Esther M. Smud

"THE CATHOLIC WORKER" (Nueva York)

Es, como ellos mismos lo declaran en el periódico, el órgano del movimiento Catholic Worker y fué fundado por Peter Maurin hace cerca de 20 años. Actualmente lo dirige Dorothy Day; aparece mensualmente desde septiembre hasta junio y en julio y agosto se hace una sola publicación.

El Movimiento está formado por anarquistas católicos. El grupo no es un cenáculo ni una peña, sino que está integrado principalmente por comunidades en las que viven todos los que así lo deseen y hagan su parte de trabajo para la comunidad. Entiéndase bien que no son comunidades religiosas, sino simplemente casas o granjas

donde vive un determinado número de personas. A través del periódico, que las refleja, se ve que llevan una vida de trabajo, oración y penitencia con un profundo sentido de la liturgia.

El movimiento tiene ideas muy claras (demasiado, tal vez) sobre la organización social y política. En la base de su sistema, si así le podemos llamar, está el personalismo, la valorización del hombre que anima a todo movimiento anarquista. Contrarios a toda violencia, quieren la desaparición "del monopolio de toda violencia", el estado. En consecuencia no se presentan ante ningún tribunal, consideran todo castigo como injusto y no pagan impuestos. Para esto tienen además otra razón importantísima: su país, en la actualidad gasta el 88 por ciento del presupuesto en armamentos; pagar impuestos sería un modo de cooperar a la guerra, a la cual consideran siempre inmoral porque el quinto mandamiento nos prohíbe matar. Como tampoco van a la guerra, sus estadas en la cárcel por esta razón se suman a sus entradas periódicas por la negativa a pagar impuestos.

Propician la ruralización de la vida moderna, por lo que tratan de vivir en el campo, ya sea familias aisladas o granjas colectivas. En sus casas encuentran refugio y ayuda de todo orden aquellas subclases de la sociedad americana: negros pobres, portorriqueños, refugiados republicanos españoles, etc., todo ese mundo que se mueve al margen de la sociedad de más alto nivel de vida del mundo.

El periódico refleja simplemente, sin el más leve matiz ni contaminación de intelectualismo, esta vida sencilla de sus miembros. Si viajan, aparecen sus diarios de viaje, escuetos, simples (sección "On Pilgrimage"), donde los cuáles-

ros, los war resisters, las comunidades de Foucauld, los misioneros de los más remotos lugares, todos "los locos sueltos" del país se encuentran, dialogan, se animan. Otra sección fija, "In the Market Place", relata la venta del periódico en la calle, los comentarios de la gente, la desconfianza alerta pero correcta de la policía, los católicos mackartistas (¡qué parecidos a nuestros nacionalistas), algunos sacerdotes temerosos de estos extravagantes, etc.

Cuando quieren protestar por algo... ayunan y oran. Gandhi anda por allí, ellos lo dicen explícitamente. Y también "piquetean" por las calles principales de Nueva York con carteles colgados a la espalda.

Aquí y allá, algún artículo doctrinario que les gustó o que ellos mismos han hecho, pero siempre con esa claridad y sencillez que los hace asequibles, no lo dudo, hasta al deshollinador de sus casas. Peter Maurin, el fundador del periódico, ya fallecido, ha escrito miles de composiciones que yo llamaría "poemitas doctrinales", en donde, con la característica sencillez de todos ellos, trata temas políticos, económicos o sociales. Por ejemplo: (la traducción lo traiciona, como es de rigor).

"Un político es un artista/ en el arte/ de seguir el viento/ de la opinión pública/. El que sigue el viento/ de la opinión pública/ no sigue su propio criterio/. Y el que no sigue su propio criterio/ no puede guiar al pueblo/ fuera del camino trillado/. Es como/ la cola del perro/ tratando de guiar la cabeza/. Cuando el pueblo sigue a los políticos/ y los políticos/ siguen al pueblo/, el pueblo y los políticos caminan en círculos/ y no llegan a ninguna parte."

Las autoridades civiles y eclesiásticas no molestan a estos des-

terrados en su siglo (al que sin embargo quieren con todo entusiasmo), salvo, claro está, cuando hacen alguna diablura algo mayor, como la del 15 de junio último. Anunciaron con anticipación y públicamente que no obedecerían a la orden de buscar refugio durante el simulacro de ataque aéreo que ese día se llevó a cabo en Nueva York. Se unieron a ellos otros grupos pacifistas y fueron a parar todos a la cárcel.

Una sociedad que tiene estos grupos, tiene salvación, porque tiene futuro; si los deja vivir (salvo esas pequeñas escaramuzas que a nosotros, hic et nunc, nos hacen sonreír) tiene posibilidades de salvarse. El futuro no será tal vez como ellos lo quieren, ¿quién lo sabe? Pero las críticas que ellos le ha-

cen se probarán exactas. ¿Quién no lo sabe?

Una catolicidad que los juzga así está viva: ("Commonweal", semanario católico americano). "El santo y el extremista (y muy a menudo son uno y lo mismo), comparten un destino común, irónico destino! Honrados por la posteridad son generalmente perseguidos durante sus vidas." "Honramos al santo y al extremista... muerto; vivo nos resulta demasiado incómodo para que lo alabemos." "Una sociedad muerta, como una iglesia sin santos es una iglesia aletargada". "Los necesitamos para que nos recuerden las verdades incómodas, para que nos reprochen nuestra indiferencia y **nuestra comodidad**".

H. Burghi